

Editorial

Pastoral

El Sacerdote y el Jubileo.
Mons. Estanislao E. Karlic

Pastoral

La Iglesia y sus pastores piden perdón.

Documento

La estabilidad interior o el crecimiento de una vida de consagrado a Dios.
Mons. Carlos González Cruchaga

Formación Humana

El cansancio en el Ministerio Pastoral
P. Cristián Precht Bañados

Espiritualidad

La vida espiritual del Sacerdote diocesano secular. Rasgos para un perfil.
Pbro. José María Recondo.

Semblanza

Pablo VI: para vivir el concilio.
Pbro. Hugo W. Segovia

Teología

Teología del Sacerdocio en la vida de la iglesia según el Magisterio de Pablo VI.
Julio A. Ramos Guerreira

Recensiones

Noticias

EDITORIAL

En diciembre del año pasado, al presentar el N°7 de «*Pastores*», decíamos que «*Juan Pablo II ha querido que sea la nueva evangelización la manera más apropiada de preparar la llegada del tercer milenio del cristianismo. Nueva evangelización y tercer milenio se constituyen así en el horizonte desde el cual pensamos nuestra publicación. Ambos temas, íntimamente ligados entre sí, nos orientan en la selección de notas y pedido de colaboraciones. Creemos que de esta forma estamos ofreciendo elementos para una formación sacerdotal permanente situada y concreta*». La preparación del Gran Jubileo del año 2000 supone -por tanto- una disposición interior que ha de expresarse en actitudes concretas de conversión y renovado compromiso evangelizador de todos los que formamos la Iglesia. Con este nuevo número de la revista queremos ofrecer a nuestros lectores algunos elementos que les ayuden a avanzar por el camino propuesto.

Por ello es que en primer lugar presentamos una breve reflexión de Mons. Estanislao Karlic, Arzobispo de Paraná y Presidente de la Conferencia Episcopal Argentina. El nos ayuda a los sacerdotes a ponernos en «clima jubilar». Además incluimos material para orientar el examen de conciencia presbiteral. Creemos que a nuestras comunidades les hace bien encontrarse con pastores humildes y conscientes de su propia fragilidad. Alegres porque han experimentado la «buena nueva» de la conversión. Tanto más si esto se expresa de manera sencilla y sincera. Por eso hemos querido dar a conocer el «Pedido de perdón» del clero de la diócesis de Río Cuarto, publicado en la última Semana Santa; también ofrecemos a modo de «subsidio» un examen de conciencia para sacerdotes preparado por el Pbro. Raúl Troncoso, de la diócesis de Azul y miembro de nuestro Equipo de Redacción, a partir de su experiencia como predicador de retiros espirituales para sacerdotes.

En esta misma línea de revisión y conversión publicamos en la sección Documentos una Carta Pastoral de Mons. Carlos González Cruchaga, Obispo de Talca (Chile), a sus sacerdotes y seminaristas. Aunque lejana en el espacio y el tiempo, el lenguaje simple y profundo y los temas abordados la hacen particularmente cercana a la realidad de nuestros presbiterios. Mons. Cristián Precht, sacerdote chileno actualmente Secretario Adjunto del CELAM, ofrece sus reflexiones orientadas al cuidado y la maduración de la dimensión humana de los presbíteros.

La nueva llamada a la santidad, que recibimos con motivo del Gran Jubileo, nos reclama volver una y otra vez sobre el ministerio, encontrando en él nuestro camino de respuesta a esta invitación. El Pbro. José María Recondo, de la diócesis de Morón, ofrece su aporte sobre el perfil de la espiritualidad sacerdotal, a partir de la propia identidad y el ejercicio del ministerio.

Si -como también enseña el Papa- la preparación próxima al Gran Jubileo del año 2000 se ha iniciado con el Concilio Vaticano II (cfr. TMA 18) es indispensable volver a este acontecimiento providencial de la vida de la Iglesia de este siglo. Conocer y vivir su doctrina, profundizar en las muchas iniciativas a las que dio origen y -también- reconocer a quienes fueron sus protagonistas más determinantes. Entre estos se destaca la figura de Pablo VI que -aún sin haberlo convocado inicialmente- es sin duda el «Papa del Concilio». A él le tocó darle continuidad y -sobretudo- poner en marcha la ardua tarea de su

aplicación. La aparición de este número de la revista coincide con el centenario de su nacimiento. Quienes hacemos «*Pastores*» queremos recordar a este «siervo bueno y fiel» que tiene tanto para decirnos a los presbíteros de hoy. Su enseñanza conserva una innegable actualidad, su figura y testimonio personal se agigantan con el paso de los años. Por este motivo hemos incluido en estas páginas dos artículos para recordar -desde lo específico de nuestra publicación- al gran Papa Montini. Una breve semblanza, preparada por el Pbro. Hugo Segovia, de nuestro Equipo de Redacción, y la conferencia del P. Julio A. Ramos Guerreira en la Jornada de Estudio organizada por el Instituto «Paolo VI» de Brescia (Italia) en colaboración con la Universidad de Salamanca, sobre el sacerdocio en la obra y el pensamiento de Pablo VI. El título de dicha conferencia, publicada por el Instituto en 1994, es por demás elocuente: *Teología del sacerdocio en la vida de la Iglesia, según el Magisterio de Pablo VI*.

Las palabras finales de su testamento espiritual («Pensiero alla morte») dirigidas a toda la Iglesia, resuenan de modo particular en nuestros corazones sacerdotales, de cara al tercer milenio. Queremos hacerlas nuestras y compartirlas con todos los lectores de «*Pastores*»: «...*Las bendiciones de Dios vengan sobre ti; ten conciencia de tu naturaleza y de tu misión; ten sentido de las necesidades verdaderas y profundas de la humanidad; y camina pobre, es decir libre, fuerte y amorosa, hacia Cristo...*»

EL SACERDOTE Y EL JUBILEO

Mons. Estanislao E. Karlic¹

La celebración del Gran Jubileo del año 2000 es una confesión de la Encarnación Redentora. Es una fiesta de la historia, de su naturales y de su sentido.

No celebramos sólo un acontecimiento puntual en un tiempo que en su fluir contiene simplemente muchos otros hechos. No. Es la fiesta de un acontecimiento que ha llevado a su plenitud la historia y le ha dado su sentido definitivo.

«En efecto la plenitud de los tiempos significa alcanzar el término del tiempo y salir de sus confines, para encontrar su cumplimiento en la eternidad de Dios... En Jesucristo, Verbo encarnado, el tiempo llega a ser una dimensión de Dios, que en si mismo es eterno» (TMA 9,10). Cristo, pues, «es el Señor del tiempo, su principio y su cumplimiento; cada año, cada día, y cada momento son abarcados por su Encarnación y Resurrección, para de este modo encontrarse de nuevo en la plenitud de los tiempos...» (TMA 10).

Toda la historia, desde la creación, ha sido una espera del Salvador prometido a nuestros primeros padres. Toda la historia posterior al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, es la espera de su Parusía, al final de los tiempos, que se va adelantando en cada momento, por la gracia del Señor que viene y la libertad del creyente que lo acoge.

Este encuentro con cristo se debe verificar en la historia cotidiana, como acontece con los santos, y tiene sus momentos culminantes en la liturgia, sus sacramentos, y en primer lugar, en la eucaristía. Si es verdad que el tiempo culmina en Cristo, y en Cristo pascual, es preciso afirmar que culmina en la eucaristía, sacramento de la pascua de Cristo, y así, fuente y culmen de la vida cristiana.

El tiempo se ha convertido en un advenimiento de Cristo, que tiene su máxima expresión en el Santísimo Sacramento.

Por eso se justifica que la fiesta central del Jubileo será el Congreso Eucarístico del 2000, que debemos soñar como el gran encuentro de Jesucristo con el mundo contemporáneo.

El sacerdote, presidente de la asamblea eucarística, por cuyas palabras se produce la presencia sacramental del sacrificio de Cristo, es la persona que con su libertad sacramentada lleva a plenitud ese momento: ese instante del tiempo contiene a Cristo glorioso que se dispensa para ser plenitud no tanto del tiempo, cuanto de los seres temporales que son los fieles, que al alimentarse de Cristo, pan y vino, participan de la vida eterna que en ese momento le es regalada en el Señor.

Es, pues, el sacerdote quien lleva a plenitud la historia del Pueblo de dios por la eucaristía en su celebración. ¡Qué dignidad y qué responsabilidad!

El momento celebratorio es culminación para el mismo sacerdote como sacramento de Cristo.

El debe prepararse para llevar a su cima el tiempo, que es decir, la sociedad y su historia.

Lo debe hacer por la invitación a compartir el misterio de santidad y gloria que es Cristo, anticipándose con el testimonio de su vida cotidiana a imitación de Cristo. La fiesta es Cristo y en Cristo, los que se encuentran y lo participan por la gracia de su amor.

Los sacerdotes, pues, hemos de prepararnos al Gran Jubileo con la obediencia de cada día al amor primero de Cristo que está llegando y nos llama, para que presidamos la acogida que como Iglesia debemos hacer de Cristo el año 2000. Entonces la fiesta seremos también nosotros.

Seamos conscientes de que la fiesta es Cristo y su amor hasta la muerte, que busca incorporarnos al dinamismo de su amor. Sólo hay razón plena de gozo y de fiesta cuando

habiendo sido amados hasta la muerte por Cristo, somos hechos capaces del mismo amor. Es la fiesta que debemos preparar para nuestra comunidad y toda nuestra Iglesia. Sólo así seremos verdaderos pastores, porque sólo el amor de Cristo es digno de fe.

¹ *El autor es Arzobispo de Paraná, Presidente de la Conferencia Episcopal Argentina. Además preside la Comisión Episcopal especialmente creada para la preparación del Gran Jubileo del año 2000*

LA IGLESIA Y SUS PASTORES PIDEN PERDON

Al invitar a toda la Iglesia a preparar el Gran Jubileo del año 2000, el Papa le propone asumir «*con una conciencia más viva el pecado de sus hijos*» (TMA 33). Este reconocimiento, nos enseña Juan Pablo II, es «*es un acto de lealtad y de valentía que nos ayuda a reforzar nuestra fe, haciéndonos capaces y dispuestos para afrontar las tentaciones y las dificultades de hoy...*» (ib.).

La propuesta del Papa retoma una tónica, un «estilo» de ser Iglesia, que no es nuevo. Ya el Concilio Vaticano II había expresado en varios documentos esta conciencia eclesial: siempre necesitada de conversión al estar formada por pecadores (LG 8), responsabilidad de los creyentes ante ciertas formas de ateísmo (GS 19) o en una inadecuada formulación de la relación entre fe y ciencia (GS 36). Pablo VI en sus encuentros ecuménicos tuvo palabras y gestos que expresaron el sincero reconocimiento de las culpas que también los católicos tenemos en la división de las Iglesias cristianas.

Los Obispos latinoamericanos reunidos en Puebla pidieron perdón por la distancia existente entre lo predicado y lo vivido por ellos y por sus comunidades (cfr. Mensaje a los pueblos de América Latina 2).

En nuestro país tampoco han faltado palabras y gestos de pedido de perdón. Al documento preparatorio del Gran Jubileo (*Caminando hacia el tercer milenio*, CEA, abril 1996) habría que añadir un hecho cargado de significado y -lamentablemente- bastante poco recordado. En el año 1988 los obispos hicieron una amplia *Consulta al Pueblo de Dios* con el objetivo de discernir carencias y necesidades de cara a la nueva evangelización de la Patria. En respuesta a esta consulta se propusieron las *Líneas pastorales para la nueva evangelización*; a lo largo de este documento aparece la conciencia que la Iglesia en la Argentina tiene respecto de sus «deudas» en el cumplimiento de su misión.

Porque somos «comunidad de pecadores perdonados» estamos llamados a incorporar en nuestra vida eclesial, y en nuestra práctica pastoral, este «talante penitencial». No como un hecho esporádico o aislado. Tampoco como actitud meramente exterior, ni mucho menos masoquista. Se trata más bien de reconocer constantemente con San Pablo que «*cuando soy débil, entonces soy fuerte...*» (2 Cor 12,10) y que el poder de Dios triunfa en la debilidad.

La invitación del Papa, por tanto, nos dispone a celebrar el Gran Jubileo con la «alegría de la conversión», y avanzar hacia el tercer milenio por el camino de la nueva evangelización con ánimo sereno y penitente.

Por este motivo nos ha parecido conveniente ofrecer a nuestros lectores dos aportes para favorecer el humilde reconocimiento de las culpas y el pedido de perdón que también los pastores debemos incorporar en nuestra vida y ministerio.

En primer lugar publicamos el «pedido de perdón» hecho por el clero de la diócesis de Río Cuarto (Provincia de Córdoba) el pasado mes de marzo, con motivo de la semana santa. Se trata de un testimonio que orienta y estimula el examen de conciencia de un cuerpo presbiteral. Con las adaptaciones propias de cada realidad puede servir a otros presbiterios que quieran seguir este camino penitencial, tan acorde con el espíritu de preparación al Gran Jubileo.

También ofrecemos el examen de conciencia para presbíteros preparado por el P. Raúl Troncoso, de nuestro Equipo de Redacción, a partir de su experiencia predicando retiros espirituales a los cleros de varias diócesis del país.

PEDIDO DE PERDÓN

Ante la proximidad del Tercer Milenio, los sacerdotes de la Diócesis de Villa de la Concepción del Río Cuarto queremos dejarnos guiar por las palabras dirigidas a todos los miembros de la Iglesia por el Papa Juan Pablo II y por nuestros Obispos. En efecto, se nos ha dicho: «es justo que, mientras el segundo milenio del cristianismo llega a su fin, la Iglesia asuma con una conciencia más viva el pecado de sus hijos recordando todas las circunstancias en las que, a lo largo de la historia, se han alejado del espíritu de Cristo y de su Evangelio, ofreciendo al mundo, en vez del testimonio de una vida inspirada en los valores de la fe, el espectáculo de modos de pensar y actuar que eran verdaderas formas de antitestimonio y de escándalo» (Carta del Papa Juan Pablo II, TMA 33).

En esta Semana Santa, queremos hacer público el fruto del examen de conciencia que hemos hecho en diversos encuentros de sacerdotes realizados en cada una de las Vicarías o Zonas de nuestra Diócesis y que ha sido asumido, en representación de todos, por el Consejo Presbiteral.

Que Dios nos libre de toda forma de fariseísmo y que podamos con la ayuda fraterna arrepentirnos de nuestros «errores, infidelidades, incoherencias y lentitudes» (Carta del Papa Juan Pablo II, TMA 33).

1. En relación con Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, queremos pedirle perdón por nuestra falta de oración, por hacerla sin devoción, por la frialdad con que celebramos la fe y por no atender siempre a la completa verdad del Evangelio de Jesucristo.

Reconocemos nuestra autosuficiencia y no confiar totalmente en el poder y la gracia de Dios.

Pedimos perdón por nuestra falta de penitencia y de confesión frecuente.

Nos arrepentimos de las veces en que nos adueñamos de las cosas de Dios y no tratamos bien a los fieles.

Que Dios nos perdone por no haber sabido reconocer su presencia y sus intervenciones en nuestra historia personal y social.

2. En relación con la sociedad, queremos pedir perdón porque no siempre somos verdaderos servidores de los hermanos.

Asumimos que a veces usamos del poder civil en beneficio propio o nos falta suficiente libertad frente al poder político y económico, y no compartimos con el pueblo sus necesidades y sus luchas.

Pedimos perdón por nuestra insensibilidad y miedo frente a los especiales sufrimientos del pueblo en los momentos de revolución y de particular violencia.

Nos arrepentimos de no tener, frente a los poderosos, palabras y actitudes más claras en defensa de los más pobres, de no utilizar siempre el dinero en favor de las verdaderas necesidades de los que sufren y de no contar con más amigos entre los pobres, por preferir relacionarnos con grupos sociales que, materialmente, no son tan necesitados.

Queremos pedir perdón, también, por quedarnos conformes con una atención espiritual que se olvida de la lucha por la justicia y por la promoción de las personas.

Reconocemos que solemos emplear un lenguaje difícil en nuestras predicaciones y escritos, que, frecuentemente, no somos coherentes con lo que predicamos y que no damos el testimonio de unidad que se espera de nosotros.

3. En relación con los miembros de la Iglesia, somos conscientes de nuestras faltas de humildad y amabilidad en el trato con la gente. Pedimos perdón por no estar siempre disponibles cuando los fieles nos necesitan. En la atención pastoral, reconocemos haber

descuidado material y espiritualmente a sectores más humildes y no haberlos incorporado a la actividad de la Iglesia. También, descubrimos que nos ha faltado misericordia al presentar y aplicar las enseñanzas morales de la Iglesia.

Pedimos perdón por la falta de una pronta y adecuada atención a los enfermos.

Reconocemos que no hemos dado suficiente apoyo o aceptación a instituciones y movimientos de Iglesia.

Nos ha faltado, asimismo, una mayor valoración de la vida consagrada y una mejor comunicación con los religiosos y religiosas.

Deseamos pedir perdón por no haber valorado suficientemente a los hermanos sacerdotes y por el individualismo con el que llevamos a cabo la tarea pastoral. Y también porque nos falta crecer en el reconocimiento de la dignidad y participación de los fieles laicos con sus virtudes y carismas.

Además, hemos carecido de iniciativa para acercarnos a los hermanos cristianos no católicos y a las demás religiones no cristianas.

4. En relación con nosotros mismos, reconocemos la falta de una vida más austera y de una buena administración de los bienes materiales. También pedimos perdón porque no hemos asumido bien en nuestras vidas el celibato y, por ello, hemos buscado falsas compensaciones, muchas veces, en cosas materiales y, otras, en afectos humanos. Estos pecados han privado al Pueblo de Dios de la entrega que habíamos prometido.

Finalmente, reconocemos que solos no podemos cambiar. Confiamos en la oración de los fieles y en Dios «que derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados». Sólo con su perdón y su paz seremos capaces de prepararnos para el Tercer Milenio, reavivando la fe y la búsqueda de la justicia en medio de su Pueblo.

En la Ciudad de la Concepción del Río Cuarto, a los 26 días del mes de marzo de 1997.

EXAMEN DE CONCIENCIA¹

Introducción

El Papa Juan Pablo II en su Carta Apostólica “Mientras se aproxima el Tercer Milenio” nos habla sobre la necesidad de volver al Señor. “El gozo del jubileo es siempre de un modo particular el gozo por la remisión de las culpas, la alegría de la conversión” (nº 32)

“Así es justo que, mientras el segundo milenio del cristianismo llega a su fin, la Iglesia asuma con una conciencia más viva el pecado de sus hijos recordando todas las circunstancias en las que, a lo largo de la historia, se han alejado del espíritu de Cristo y de su Evangelio, ofreciendo al mundo, en vez del testimonio de una vida inspirada en los valores de la fe, el espectáculo de modos de pensar y actuar que eran verdaderas formas de antitestimonio y de escándalo” (nº 33).

“No pueda atravesarse el umbral del nuevo milenio sin animar a sus hijos a purificarse, en el arrepentimiento de errores, infidelidades, incoherencias y lentitudes. Reconocer los fracasos de ayer es un acto de lealtad y valentía que nos ayuda a reforzar nuestra fe, haciéndonos capaces y dispuestos para afrontar las tentaciones y las dificultades de hoy” (nº 33).

¹ El autor es el Delegado diocesano para la Formación Permanente de la diócesis de Annecy, Francia. Artículo publicado en «Prêtres Diocésains», diciembre de 1996.

En nuestra condición de consagrados, de sacerdotes, de pastores, no podemos dejar de responder a este llamado esperanzado de la Iglesia que nuevamente nos urge a tomar conciencia del sentido e identidad de nuestra congregación, para seguir siendo fieles al amor gratuito de Dios que nos ha llamado y al gozo y alegría de seguir creciendo en la fidelidad de nuestra respuesta.

- A) Un examen de conciencia sacerdotal que nos ayude a descubrir el amor de gratuidad y predilección que el Señor tiene para con nosotros,
- B) Actitudes que hicieron crecer su presencia hasta el momento presente y que son necesarias consolidar;
- C) Infidelidades que imposibilitaron vivir totalmente nuestra consagración y que son necesarias extirpar, modificar o transformar, puede ser una manera responsable de dar respuesta al llamado de la Iglesia expresado por Juan Pablo II en su Carta Apostólica “Mientras se aproxima el Tercer Milenio”

De manera simple y sencilla se entregan algunas pautas con la intención de que cada uno las recibamos como aporte a un trabajo personal que responsablemente asumiremos si deseamos ser fieles al Espíritu de la Iglesia.

Queda a elección el poder adecuar, ampliar, modificar según la creatividad o las necesidades personales o grupales

De ninguna manera estos puntos agotan ni abarcan toda nuestra vida de consagrados; intentan ser un punto de partida que indique un camino de revisión hacia el Tercer Milenio.

1) Nuestra relación con el Señor

- *Jn. 15,16: No son ustedes los que me eligieron a mí, sino yo el que los elegí a ustedes y los destiné para que den fruto y ese fruto sea duradero.*

La iniciativa parte de Dios, es totalmente gratuita. La llamada al sacerdocio es un Don de Dios; si perdemos el sentido del Don y la Gracias, no entendemos que nuestra consagración es un llamado a la amistad y al seguimiento de Jesús.

- *Mt. 4,19-22: Entonces les dijo: “Síguenme y yo los haré pescadores de hombres”. Inmediatamente, ellos dejaron las redes y lo siguieron. Continuando con su camino, vio a otros dos hermanos y Jesús los llamó. Inmediatamente ellos dejaron la barca y a su padre y lo siguieron.*
- *Mc 3, 13-14: Después subió a la montaña y llamó a su lado a los que quiso. Ellos fueron hacia él y Jesús instituyó a los doce para que estuvieran con El y para enviarlos a predicar.*

Nos dice Juan Pablo II en Estados Unidos: “En el evangelio de Marcos, el llamamiento al Sacerdocio de los doce apóstoles es como un brote que al florecer desarrolla toda una teología del sacerdocio... Vemos aquí tres aspectos significativos de la vida de Jesús. Llama a sus sacerdotes individualmente y por su nombre; les llama para estar con Él y predicar el Evangelio y los hace compañeros suyos introduciéndolos en la unidad de vida y oración que Él tiene con el Padre en la vida misma de la Trinidad”.

Juan Pablo II en Francia: “Cuando reflexionamos sobre la intimidad entre el Señor y su profeta, su sacerdote, una intimidad que surge como resultado del llamamiento que partió de Él, podemos entender mejor ciertas características del sacerdocio y captar su adecuación a la misión de la Iglesia tanto hoy como en tiempos pasados. El sacerdocio es un don, el llamamiento del Señor sacudió hasta lo más profundo de nuestro ser”.
Quien vive profundamente su consagración nunca pierde su identidad.

- ¿Vivimos el sacerdocio como un don gratuito? ¿Creemos en este amor de predilección que no depende de condiciones o esfuerzos personales?
- ¿Cultivamos una actitud de gratitud a este amor que supera nuestra capacidad de comprensión?
- ¿El motivo o razón de ser de nuestra consagración sigue siendo el Señor? ¿O existen otros motivos que en el transcurso de nuestra vida sacerdotal han reducido y desdibujado la generosidad de nuestra primera entrega?

En sacerdotes con años de consagración:

- ¿Hemos resignado el ideal de santidad?
- Nos sentimos cansados y desgastados para nuevos esfuerzos?
- ¿Estamos atentos ante el peligro de acostumbrarnos a esta labor ministerial?

En los sacerdotes jóvenes:

- ¿Priorizamos la actividad a los encuentros con el Señor?
- ¿Incorporamos criterios pastorales que no son analizados a la luz del Evangelio?
- ¿Estamos atentos para descubrir en lo cotidiano sobre qué ejes gira nuestra vida sacerdotal: sobre nosotros?, instituciones?, personas?, ideas?, y que por lo tanto no nos permiten profundizar nuestra consagración?

Para cultivar y fortalecer la vida y el sentido de la consagración, nuestra madre de la Iglesia nos ofrece y facilita los medios que alimentan y profundizan nuestra pertenencia a Jesucristo, el Buen Pastor. Al utilizarlos, incorporarlos a nuestro vivir sacerdotal cotidiano nos trasmite la sensación de una toma de conciencia de la respuesta que progresivamente vamos dando al amor de gratitud del Señor.

Tanto en *Presbyterorum Ordinis* como en *Pastores Dabo Vobis*, se nos habla abundantemente de la oración, de la vida sacerdotal, de la caridad pastoral. En razón del espacio no entraremos a detallar todos los aspectos y matices, sino algunos elementos útiles para revisar aspectos de nuestra vida de consagrados.

2) Vida de Oración

“Un aspecto, no ciertamente secundario de la misión del sacerdote es ser “maestro de oración”, pero el sacerdote podrá formar a los demás en la escuela de Jesús orante si el mismo se ha formado y continúa formándose en la misma escuela... Esto es lo que piden los hombres a los sacerdotes: “El sacerdote es el hombre de Dios”... Es preciso que el sacerdote esté formado en una profunda intimidad con Dios” (P.D.V. 47)

- ¿Qué lugar ocupa la oración en nuestra vida sacerdotal? ¿Sentimos la necesidad de rezar?

- Cada uno reza como es, con su propia pobreza, sabiendo que Dios lo escucha. Cuando uno sabe rezar así siempre encuentra tiempo, porque el tiempo se encuentra para aquello que se ama. ¿Cuánto tiempo de nuestra vida consagramos a la oración?
- Nuestra oración ¿es un verdadero encuentro? Nuestras crisis, insatisfacciones, desgastes ¿no serán porque no nos encontramos realmente con el Señor?
- En nuestros encuentros con el Señor, ¿vamos notando la incorporación progresiva de criterios evangélicos en nuestras actitudes para con los demás?
- ¿Cómo podemos mejorar nuestra oración

3) Eucaristía

La transcripción de los textos del magisterio quizás actualicen lo que hemos estudiado, leído, reflexionado. Nos hace tomar conciencia de que nuestro sacerdocio está ligado íntimamente a la eucaristía.

La Eucaristía es “fuente y cima de toda la vida cristiana” “Los demás sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras de apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan. La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua” (L.G., P.O.)

“La Eucaristía significa y realiza la comunión de vida con Dios por las que la Iglesia es ella misma. En ella se encuentra a la vez la cumbre de la acción por la que, en Cristo, Dios santifica al mundo, y del culto que en el Espíritu Santo a los hombres dan a Cristo y por Él al Padre” (Eucharisticum mysterium 6).

Una reflexión sobre la Eucaristía nos ayudará a profundizar nuestra identidad. El acostumbrarnos a nuestra celebración diaria, la falta de preparación adecuada a las celebraciones eucarísticas, la poca participación frecuente de los miembros de nuestras comunidades, los apresuramientos provocados por lugares distantes o por no tener tiempo suficiente entre varias celebraciones, sobre todo los días festivos, suelen provocar un desgaste en el aprovechamiento y valorización de la Eucaristía en nuestra vida de consagrados. Es por eso la necesidad de preguntarnos permanentemente:

- ¿Somos conscientes de que no bastan nuestros esfuerzos ni tampoco nuestras propias fuerzas para vivir nuestra consagración?
- ¿Estamos convencidos que la Eucaristía es el corazón de la existencia sacerdotal?
- ¿Creemos que nuestra vida de consagrados se alimenta y crece en la Eucaristía?
- ¿Creemos que construimos la Iglesia en cada celebración eucarística?
- ¿Nos damos tiempo para la adoración Eucarística? ¿Qué lugar ocupa en la vida de nuestra comunidad?

4) Reconciliación

Es un sacramento que progresivamente marca nuestra vida sacerdotal. Es el signo más humano y comprensivo de la presencia misericordiosa del Señor. Quizá nos consume mucho tiempo y es donde más ejercitamos la paciencia. Donde descubrimos las limitaciones más grandes que vivimos los hombres y la experiencia de un amor de Dios que resulta inagotable. Los textos pueden ayudarnos a actualizar su importancia y necesidad y también para revalorizarlo en el crecimiento de nuestra vida de consagrados.

“Los ministros de la gracia sacramental se unen íntimamente a Cristo, Salvador y Pastor, por medio de la fructuosa recepción de los sacramentos, especialmente por el frecuente acto sacramental de la penitencia, como quiera que, preparado por el diario examen de

conciencia, favorece en tanto grado la necesaria conversión al amor del Padre de las misericordias”

“Toda la existencia sacerdotal sufre un inexorable decaimiento si viene a faltarle por negligencia o cualquier otro motivo el recurso periódico, inspirado por auténtica fe y devoción, al sacramento de la penitencia. En un sacerdote que no se confesara más o se confesara mal, su ser sacerdotal y su hacer sacerdotal se resentirán muy rápidamente, y también la comunidad, de la cual es pastor, se daría cuenta” (Juan Pablo II, Exhortación “Reconciliación y Penitencia”).

En muchas cosas los consagrados somos vulnerables. También en reconciliarnos, la postergación por tiempo de nuestras confesiones es bastante común. Sabemos aducir: distancias, falta de disponibilidad de nuestro tiempo, sobrepasados de actividades importantes, no encontrar al confesor adecuado, etc. Quizás sea oportuno ubicar y revalorizar su sentido como medio necesario para nuestro crecimiento sacerdotal.

- ¿Tenemos conciencia de la necesidad de la reconciliación para vivir integralmente nuestra consagración?
- En nuestra vida de consagrados, ¿asumimos el sacramento como una experiencia profunda de su amor misericordioso? ¿Es por eso que le doy el tiempo suficiente de preparación y agradecimiento por haber sido perdonado?
- Nuestro debilitamiento y la falta de fuerzas en una respuesta más generosa al Señor, la falta de vigilancia en la incorporación de criterios y actitudes que no son evangélicas en nuestra vida de consagrados, ¿no será por no priorizar la necesidad y fuerza del sacramento de la reconciliación?
- ¿Cómo podemos ordenar nuestra vida y reservar tiempo que haga posible regularmente vivir el gozo y la alegría de la reconciliación?

5) Nuestra relación con el Obispo

“Todos los presbíteros, a una con los Obispos, de tal forma participan del mismo y único sacerdocio y ministerio de Cristo, que la misma unidad de consagración y misión requiere comunión jerárquica con el orden de los obispos, que de vez en cuando ponen muy bien de manifiesto con la celebración litúrgica, y con ellos unidos, profesan celebrar la sintaxis eucarística” (P.O. 7)

“Dentro de la comunión eclesial, el sacerdote está llamado de modo particular a crecer en y con el propio presbiterio indo al obispo (...) La unidad de los presbíteros con el obispo y entre sí no es algo añadido desde fuera de la naturaleza de su propio servicio, sino que expresa su esencia como solicitud de Cristo Sacerdote por su pueblo congregado por la unidad de la Santísima Trinidad” (P.D.V. 74)

“Todos los sacerdotes –tantos diocesanos como religiosos- están, pues, adscritos al cuerpo episcopal, por razón del orden y del ministerio” (L.G. 28)

“El presbítero tiene una obligación especial de respeto y obediencia al Sumo Pontífice y al propio ordinario. En virtud de la pertenencia a un propio presbiterio, él está dedicado a una Iglesia particular, cuyo principio y fundamento es el obispo” (L.G.23)

Recibimos el don del sacerdocio por la imposición de las manos de los obispos, compartimos nuestra labor pastoral por el pueblo de Dios. Él es parte de nuestra vida e pastores.

Profundizar esta presencia nos ayudará a ir asumiendo progresivamente su paternidad y sus limitaciones. En el ejercicio del diálogo iremos aceptando o disintiendo criterios o líneas pastorales, posibilidades de un conocimiento mutuo en lo que pensamos, somos o hacemos,

comprenderemos nuestros acercamientos o distanciamientos. Pero lo más importante es validar y acrecentar el trabajo por el crecimiento del Reino, que solamente en el lenguaje de la fe madura puede sostenerse.

- ¿Qué gestos y actitudes realizamos para reconocerlo como pastor?
- ¿Cómo lo ayudamos a asumir su responsabilidad de padre?
- ¿Nos resistimos a la tentación de trabajar sin contar con su presencia en las líneas y planes pastorales?
- Aunque tenga diferencias u ópticas pastorales distintas ¿nos sentimos unidos trabajando juntos por el Reino?
- Si por temperamento, carácter, enfermedad u otras limitaciones nos sentimos distintos ¿predomina nuestra vida de fe en nuestra vida de consagrados?

6. Relación con los hermanos del presbiterio

“Los presbíteros, constituidos por la ordenación en el orden del presbiterado, se unen todos entre sí por íntima fraternidad sacramental; pero especialmente en la diócesis a cuyo servicio se consagran bajo el propio obispo, forman un solo colegio presbiteral” (P.O. 8)

Nuestra verdadera familia es el presbiterio. Con nuestros hermanos sacerdotes podemos compartir nuestra vida sacerdotal, vivir nuestra identidad, renovar nuestra fidelidad al llamado. Con ellos aprendemos a evangelizar, a cultivar nuestras vidas de pastores, nos fortalecemos para asumir nuestras cruces y vivir la esperanza. Qué riqueza nos da la vida fraternal: contención, amistad, apoyo, comprensión, fortaleza, alegría, etc.

- Desde nuestra interioridad, ¿nos sentimos hermanos y miembros del presbiterio?
- ¿Cuál es nuestro aporte permanente a la vida de esta comunidad fraternal?
- ¿Qué actitudes no hacen todavía posible vivir la fraternidad pastoral-sacerdotal?
- Cuando los pastores estamos bien, nuestras comunidades normalmente crecen, maduran. ¿Tenemos una preocupación permanente por estos hermanos sacerdotes que tienen la responsabilidad de conducir comunidades?
- ¿Estamos alertas frente a la tentación permanente de arreglarnos solos? ¿Nos creemos autosuficientes?
- ¿Buscamos y creamos espacios para compartir nuestra consagración y cultivar la amistad sacerdotal?

7) El buen pastor es misericordioso

Jesús encarna y expresa todo el contenido bíblico de la misericordia de Dios. El perfil y figura del consagrado de hoy que prolonga y manifiesta la presencia del Buen Pastor deberá poseer un corazón misericordioso, que se exteriorice en una actitud favorable hacia quien se encuentra en la miseria, que se solidarice con el miserable y pecador, alivie el desamparo del hermano.

- *Lc 1,78: Por la misericordia y ternura de nuestro Dios.*
- *Col 3,12: Revístanse de sentimientos de profunda compasión.*
- *Mt 5,7: Felices los misericordiosos porque obtendrán misericordia.*

El perdón, parte esencial de la misericordia:

- *Mt 18,23-25: Parábola de los deudores.*
- *Lc 15,22: Parábola del padre misericordioso.*

Pone acciones para ayudar al afligido, al necesitado: busca a los más abandonados pecadores.

- *Lc 7,34: Llegó el Hijo del hombre... amigo de publicanos y pecadores.*
- *Lc 5,27: Después salió y vio a un publicano llamado Leví... y le dijo: "Sígueme"*

- ¿Qué lugar ocupa la misericordia en nuestra vida sacerdotal?
- ¿Sentimos desde nuestras almas de pastores comprensión, perdón, por nuestros hermanos los hombres?
- ¿Vamos viviendo el ser misericordioso como parte del estilo de Jesús para rezar y realizar nuestros proyectos pastorales?

8) Cercano del hombre y de todos los hombres

"Nuestra actividad pastoral exige que estemos cerca de todos los hombres y de sus problemas, tanto personales y familiares como sociales, pero exige también que estemos cerca de estos problemas "como sacerdotes". Solo entonces, en el ámbito de todos estos problemas, somos nosotros mismos. Si por tanto, servimos verdaderamente a estos problemas humanos, a veces muy difíciles, entonces conservamos nuestra identidad y somos de veras fieles a nuestra vocación" (Juan Pablo II, "Orientaciones eclesiales para los presbíteros" en Polonia, 6/6/79).

Por nuestra consagración, los presbíteros estamos configurados con Jesús Buen Pastor, y llamados a imitar y revivir su caridad pastoral.

El Buen Pastor se hace presente a los hombres de todos los tiempos a través de nosotros, sus consagrados.

La descripción de algunas características y virtudes del Señor en su evangelio pueden facilitarnos una reflexión que nos ayude a vivir más intensamente en nuestra actividad actual el sentido de nuestra consagración en parroquias, capillas, universidades, movimientos, instituciones o cualquier otra labor pastoral que nos relaciones con distintos grupos de personas.

El Buen pastor quiere que todos los hombres se salve.

Una mirada universal, responsable de la historia del Salvación.

Su ideal es congregar a todos:

- *Mt 23,37: Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne bajo sus alas a los pollitos...*

No pierde su visión de conjunto:

- *Jn10,16: Tengo además otras ovejas que no son de este corral y a las que debo también conducir. Ellas oirán mi voz y así habrá un solo rebaño y un solo pastor.*

Su mirada es la de Dios padre:

- *Mt 18,14: De la misma manera, el Padre que está en el cielo no quiere que se pierda ni uno solo de estos pequeños.*
- *Jn 6,39: La voluntad del que me ha enviado es que yo no pierda nada de lo que él me dio, sino que lo revierta en el último día.*

El sentido de los textos bíblicos nos llama a preguntarnos:

¿Nuestra labor pastoral refleja esta visión y actitud de Jesús para con las personas?
¿Tenemos un corazón sacerdotal abierto a todos? ¿A los que están cerca y a los que están lejanos? ¿A los conocidos y a los que no conocemos? ¿A los que frecuentan o no vienen nunca? ¿O inconscientemente somos selectivos? ¿Quizá esté con un sector o trabajo específico, pero sigo teniendo el corazón y el entendimiento abierto a todos?
¿Vivir lo específico me hace perder la universalidad? ¿Vivir la universalidad me hace perder el compromiso diario? ¿Cómo conjugo estos dos aspectos en mi vida de Pastor?
Recordad que estas preguntas tienen carácter indicativo como para ayudar a la reflexión. El esfuerzo y la disponibilidad hacen posible una respuesta de mayor fidelidad.

A manera de conclusión

Con textos evangélicos, conciliares y reflexiones, hemos tratado de iniciar este camino mirando nuestra vida de Pastores en relación a Cristo, a la Iglesia y al mundo de los Hombres.

Es un punto de partida para ir renovando el proceso de conversión pedido por nuestra Madre la Iglesia y preparando nuestros corazones para dejarnos invadir por el amor misericordioso de Dios.

Quedan muchos aspectos de nuestra consagración que no fueron planteados. Nuestra búsqueda fiel posibilitará la continuidad en el trabajo personal.

Illuminados por la fe en el Señor que nos ha llamado, fortalecidos por la certeza y esperanza de que está con nosotros y nos acompaña, dispongámonos ahora a vivir la gracia del Jubileo.

LA ESTABILIDAD INTERIOR O EL CRECIMIENTO DE UNA VIDA DE CONSAGRADO A DIOS

Mons. Carlos González Cruchaga¹

Queridos sacerdotes y seminaristas de teología:

La vida sacerdotal es una vida que siempre está sometida a tensiones y a dificultades. Vivimos en el mundo, a su servicio; pero «no somos del mundo» nos dice el Evangelio; se nos pide tener una opción especial por los pobres sin olvidar a los ricos; luchar por la justicia y la verdad sin caer en el odio o en la desesperanza cuando triunfa la prepotencia y los débiles son afectados. Ser sacerdotes significa sembrar esperanza y alegría de vivir en un país en que la esperanza está amenazada en sus raíces porque no nacen caminos nuevos de creatividad para un pueblo que está desorientado.

El sacerdote vive en el mundo del pecado, en contacto con todo el dolor humano y se le pide ser el hombre de la gracia, del perdón y la misericordia.

Nuestras manos fueron consagradas para bendecir y no para maldecir y debemos construir un Reino de Dios en justicia, santidad y verdad.

La tarea primordial es la evangelización y esta evangelización se refiere al mundo, a la familia, al hombre, a la cultura, a la naturaleza; pero constatamos que el tiempo es escaso y las tareas urgentes nos impiden asumir lo importante. Con alguna frecuencia la evangelización se transforma en un quehacer múltiple, en un servicio de asistencia social, en atender personas que piden dinero, trabajo, o simplemente ser escuchadas.

¿Qué buena noticia, qué Evangelio de Jesús se entrega a quien viene a ver al sacerdote para terminar pidiéndole una ayuda económica para pagar la cuenta de la luz, o el pasaje para el norte o sur del país?

Son tantas las tensiones que la gran tentación de muchos será pensar cómo el sacerdocio es una vocación de ingenuos que pierden su tiempo y que la hermosa vocación que se había pensado es una simple utopía sin destino.

Las tensiones aumentan y los años venideros no parecen ser años de mayor paz. Hay una mayor polarización de fuerzas y de violencia, se ve crecer una lucha política a nivel nacional y es fácil percibir lo difícil que será para la Iglesia 1988, 1989 y los años que seguirán.

En medio de las dificultades estamos llamados a vivir en «la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento». Esa paz traspasa nuestro ser en la medida que estamos entregados a la Voluntad del Señor. Entonces habrá la calma y la serenidad porque lo contrario hace mucho daño. Se nos pide volver a nuestras raíces, a las razones por las cuales escogimos esta vocación. No podemos vivir en una carrera sin sentido cuando hay vacíos en el corazón y termina en un quehacer superficial que no evangeliza ni forma personas. Tampoco es solución dedicarnos a hacer obras que deben ser tarea primordial del laicado. No es sano refugiarnos en el movimiento, en acciones subsidiarias porque, en el fondo, esto es huir de nuestra tarea primordial. Nuestra tarea será actuar de tal manera que Jesús no nos diga que «hablamos como los hombres; pero no seguimos el querer de Dios».

Queridos sacerdotes y seminaristas: Les ruego con todo el corazón que vivan lo que les planteo en esta carta.

¹ El autor, Obispo emérito de Talca (Chile), dirigió esta Carta Pastoral a los sacerdotes y seminaristas de su diócesis. Fue publicada con otras Cartas Pastorales al cumplirse los 25 años de su servicio al frente de esa porción del Pueblo de Dios.

1. Nuestra primera tarea sacerdotal es evangelizar.

La primera tarea sacerdotal es anunciar a Jesucristo explícitamente, en forma directa y comprensible. Se trata de impregnar la realidad con los criterios de Jesús anunciando una Buena Noticia en un mensaje de liberación y esperanza.

Presupone la evangelización una compenetración con Jesucristo, con sus criterios, con su estilo de vida. En la parábola del buen samaritano el sacerdote y el levita «vieron al herido del camino y pasaron de largo»; pero el samaritano que también vio al hombre asaltado por los ladrones «se sintió conmovido en sus entrañas», «se compadeció» y así realizó todo lo que hizo por el hermano sufriente.

Hay una diferencia inmensa entre constatar un hecho y verlo fríamente y en conmoverse con el problema del prójimo. Es diferente repetir predicaciones a comunicar la Palabra viva de Dios. Qué importante es atender a cada persona como si fuera la única y no trabajar como funcionario que cumple una tarea.

La carta de Pablo VI sobre la Evangelización nos muestra a Jesús, el gran evangelizador. Les recomiendo meditarla y tratar de llevarla a la práctica.

Se nos pide valorar la grandeza de nuestra vocación. «Considerad hermanos vuestra vocación» (*ICo 1,26*). Con estas palabras inició el Papa su discurso a los sacerdotes, en la Catedral de Santiago. Es una vocación para vivir en el amor y se trata de un amor vital a Dios y a los hombres. Esa vocación se expresa en un vivir admirados del amor misericordioso del Padre, enamorados de Jesucristo y su Evangelio, impregnados del amor del Espíritu Santo y abnegados en el servicio a la Iglesia y a la humanidad. María, la Madre de Jesús, siempre deberá acompañarnos en nuestra vocación y en nuestra misión de evangelizador del Reino.

Los sacerdotes fuimos ungidos con la fuerza del Espíritu Santo en nuestra ordenación y hay una acción del Espíritu que se va adecuando en la Iglesia en forma permanente.

Pentecostés fue un primer paso en el camino del Espíritu y allí los apóstoles «quedaron plenos del Espíritu Santo» (*Hch 2,4*).

«El Espíritu dará testimonio de mí y les llevará a la verdad plena» dice Jesús y para evangelizar se nos pide una experiencia del amor de Dios. No es algo sensible sino más bien captar la presencia del Espíritu en la vida.

Esa experiencia ayudará a conocer con amor a Jesús, Salvador, maestro y amigo. La experiencia de Dios nos hará entender que Jesús es «El Señor» y que nosotros somos sus siervos. Veremos mejor la fraternidad de Dios y seremos más contemplativos.

«El mundo se salva por la oración» decía Pablo VI y los apóstoles ordenaron a los siete diáconos «para dedicarse a la oración y a la Palabra de Dios» (*Hch 7*).

Qué extraño suena ese texto cuando analizamos nuestro quehacer sacerdotal tan recargado de valores que no están centrados en la oración y el anuncio de la Palabra de Dios.

Para evangelizar y vivir el sacerdocio se nos pide orar, amar la Palabra de Dios, conocerla y llevarla a la vida.

Siento que nuestra misión sacerdotal y la evangelización suele quedar limitada a lo sacramental porque no hemos asimilado haber recibido este «poder del Espíritu».

El Evangelio nos dice que «Jesús fue llevado por el Espíritu», que «lo envió a sanar los enfermos, a abrir las puertas de los encarcelados, a darle vista a los ciegos y la buena noticia a los pobres».

Jesucristo y los apóstoles recibieron el poder del Espíritu para iniciar la vida pastoral. Predicaban «con poder» y así evangelizaban para convertir y sanar las heridas de las personas. Sanaban las llagas del corazón, las heridas del pecado y sanaban a los enfermos.

La evangelización se refiere al Reino de Dios, a sanar del pecado y quitar las consecuencias o secuelas del pecado. El mal que hay en nosotros es el desamor y Jesús lleva a evangelizar con amor. Nos dice que podemos «sanar enfermos y arrojar demonios» y así lo entendieron los primeros evangelizadores.

Hay un ministerio de liberación integral en nuestra vocación sacerdotal, hay un poder de Dios que no sabemos reconocer. De hecho no usamos el poder del espíritu y tal vez pecamos de omisión.

Existe la institución y los carismas. La evangelización presupone no contraponer estas dos realidades sino más bien complementarlas.

Los invito a vivir en plenitud el sacerdocio recibido, sin coartarlo a nuestra medida. Miremos más a Jesús, a María, a los Apóstoles y dejémonos guiar por la acción del Espíritu.

Entonces estaremos centrados en la evangelización total que lleva salvar a todo el hombre y a todos los hombres. Esa liberación integral presupone asumir todas las dimensiones que hemos recibido el día de nuestra ordenación sacerdotal.

Así habrá una evangelización más plena que llegará a las dimensiones personales y sociales, al cambio de los corazones y a la modificación de estructuras. Saldremos de una concepción tal vez demasiado individualista para llegar a la evangelización «en el estilo de Jesús».

2. Respetar los tiempos de contemplación y de maduración.

Sin oración, sin ritmos y tiempos destinados a la oración, la vida de consagrados a Dios se ve inexorablemente desdibujada y se va deslavando el rostro de Dios en nuestras vidas.

Se necesitan tiempos prolongados para Dios y no basta «cumplir» con algunas prácticas religiosas. Se requieren éstos para descubrir las semillas del Reino de Dios en las personas, en las comunidades, en los conflictos, en el mundo, en la Iglesia. Son los tiempos que permitirán descubrir la acción liberadora de la Persona, el paso de la muerte a la vida y a la esperanza.

Necesitamos respetar el valor del silencio, saber escuchar, aprender a observar y así descubrir las bellezas nuevas en las realidades de siempre.

Es posible dominar el tiempo y lograr que no sea un elemento de angustia. Tenemos poco tiempo y la ansiedad por el tiempo suele hacernos perder la paz.

La vocación contemplativa es inherente al ser sacerdotal y cuando esta vocación es descuidada se está arriesgando el sacerdocio y la fidelidad a Jesús.

El Evangelio nos recuerda a Jesús que pasó largas horas de oración con su Padre y la persona de Jesús es un llamado urgente a la oración vigilante.

Las múltiples tensiones que parecen quebrar la serenidad, al estar en el mundo sin serlo, encuentran un equilibrio real, una armonía verdadera cuando hay espíritu contemplativo y una maduración creciente en la interioridad de nuestras vidas. *«El tiempo preguntó al tiempo cuánto tiempo tiene el tiempo. El tiempo respondió al tiempo que el tiempo tiene tanto tiempo, cuanto tiempo tiene el tiempo»*. Este juego de palabras tiene sabiduría y podemos detener el tiempo y vivir en el presente con paz y serenidad.

Pienso en Jesús (Mc 4,35-39) cómo duerme en la barca en pleno temporal y en el temor de los discípulos por la lluvia y la tormenta.

Hay allí dos maneras diferentes de entender la vida y Jesús muestra la verdadera.

Les reconozco que me preocupa la vida de algunos sacerdotes, sacrificados, serviciales; pero no se percibe en ellos a los hombres de Dios. Aparecen abnegados; pero brilla con

ellos más la persona de hombre ejecutivo que el hombre traspasado por el amor de Dios. Quisiera ver más testigos de Jesucristo ya que esa es nuestra tarea primordial. Se nos pide ser hombres que «han palpado al Verbo de la Vida», a Jesucristo.

Veo sacerdotes buenos, de conducta intachable; pero los siento estancados, no buscadores de caminos nuevos. Los veo en una pastoral adecuada para épocas pasadas; pero parece que no se han percatado que estamos frente a desafíos, a una cultura diferente.

Y todo viene de la ausencia de una contemplación en Dios de la vida y del acontecer diario que va modificando la realidad a una velocidad extraordinaria y progresivamente acelerada.

3. La urgente renovación de nuestra pastoral.

Si somos conscientes de que nuestra tarea primordial es evangelizar reafirmando un espíritu contemplativo que hace crecer, se llegará, si hay seriedad en nuestra vida, a la necesidad de renovar nuestra pastoral de una manera adecuada a la evangelización contemplativa.

No creo que tenga gran validez una pastoral que crece en extensión y pierde en profundidad. No se trata de seguir multiplicando actividades con una capacidad desbordante de imaginación. No se trata de vivir modificando planes cada año y vivir motivados por razones exteriores y en ese sentido es peligroso vivir un año centrado en la visita del Santo Padre, y el año siguiente en un congreso eucarístico, y después en un aniversario o lo que sea.

La pastoral necesita partir de las raíces vitales del hombre que son la naturaleza y la cultura. Es lo que debemos evangelizar.

Las comunidades cristianas han crecido porque tienen como principio natural que el hombre necesita vivir en comunión y en diálogo. El éxito y desarrollo de la catequesis familiar radica en el amor de los pobres que desean entregar lo mejor para sus hijos. Los equipos de solidaridad nacen de las necesidades materiales y de la pobreza de quienes no tienen lo suficiente para vivir, etc.

Dios nos pide mirar lo que estamos haciendo y analizar nuestro trabajo pastoral. Es probable que seamos arrieros que van empujando al rebaño y no los pastores que van guiando las ovejas hacia las aguas más puras y los alimentos más apropiados. Es fácil ser patronos y es difícil ser servidor. Puede ser que estemos imponiendo cargas que nosotros no asumimos.

Siempre conviene revisar cada cierto tiempo lo que se hace y la última revisión fue en 1969 en el Sínodo Diocesano.

Estamos en 1987 y es tiempo de revisar el quehacer pastoral.

Percibo que la pastoral que estamos viviendo no ha encontrado un equilibrio sano entre pastoral sacramental y pastoral de evangelización. Los sacerdotes somos buscados, en una proporción demasiado alta, para entregar sacramentos, bautizos, matrimonios o para enterrar difuntos y celebrar aniversarios.

Estamos agobiados o acorralados por situaciones difíciles y hemos vivido por años defendiendo al perseguido, al torturado y presentando recursos de amparo. En estos años se ha modificado la Constitución, se ha publicado un Código del Trabajo, se ha reestructurado el esquema de educación y nosotros los pastores estamos tan preocupados de los casos particulares que no logramos percibir la gravedad de los problemas generales. Las teleseries van modificando los criterios morales de gran parte del país que vive en forma casi fanática cada nueva teleserie. La desproporción del fútbol en los programas informativos hace que una parte importante de la población sea adicta al fútbol y la escala de valores cristianos se

va perdiendo en una maraña de asuntos triviales que impiden percibir dónde están los valores cristianos, etc.

La extraordinaria visita de Juan Pablo II es un hecho histórico que no logramos reflexionar porque la rapidez en que se vive la hizo pasar al olvido y hoy es un buen recuerdo y poco más.

Hay problemas de métodos, a veces falta flexibilidad y otras veces se solucionan problemas delicados en forma superficial quebrando las normas acordadas.

Como Obispo, algunas veces, me veo viviendo en un sistema feudal, en una especie de arca de Noé, en una fauna eclesial muy diversificada a la cual no logro orientar por caminos de unidad. Veo un personal apostólico excelente, recto y sacrificado; pero no siempre se llega a criterios prácticos comunes en el quehacer pastoral.

Se dice que existen diversas teologías y hay bastante verdad en ese juicio; pero es urgente presentar un rostro unificado de pastoral que no signifique un mosaico de tantos colores que cree confusión e inseguridad.

Les pido hacer sugerencias para abordar la renovación pastoral y es necesario insertar en forma mucho más activa las excelentes orientaciones del episcopado que constituyen un aporte muy valioso para la vida pastoral.

Soy partidario de apoyar algunas iniciativas que puedan unificar la pastoral diocesana y evitar una multiplicación de obras e iniciativas que seguramente tienen grandes valores; pero que la Diócesis no está en condiciones de asimilar en forma real.

Les ruego entregar sugerencias para lograr una pastoral posible y realista en las condiciones que vivimos actualmente.

4. Orientaciones prácticas para una mejor vivencia del sacerdocio.

a) El aprovechamiento del tiempo.

El Obispo de Linares, Don Carlos Camus, escribió a dos sacerdotes recién ordenados. «Si no ordenamos a tiempo la oración será la primera en sufrir las consecuencias. No vivan desordenadamente, a merced de los acontecimientos. Acuéstense y levántense temprano. Una reunión después de las 11 de la noche no es reunión, sino convivencia y dificulta la oración de la madrugada»...

Hay tiempos posibles de aprender, hay «migajas de tiempo», en los tiempos que se espera a alguien o algo y suelen ser muchas las migajas del tiempo.

Si Uds. logran organizar el tiempo viviremos muy aliviados, habrían menos quejas sobre el cansancio y se lograría una pastoral mucho más eficiente.

Es impresionante ver cómo algunos no han logrado alcanzar la capacidad de estructurar su tiempo. Tendrán que aprender a detener el tiempo viviendo con paz el presente sin quedarse en el pasado o proyectarse falsamente a un futuro que no tiene destino si no hay una estructura interior sólidamente formada.

b) Humanizar la vida.

Es necesario que nuestra vida sacerdotal sea llevada en forma humana y que haya alegría de vivir. El sacerdote tipo «mula apostólica» que trabaja tarde, mañana y noche en pastoral no es un modelo para imitar. El perfeccionista que todo tiene que hacerlo bien y no deja trabajar a otros tampoco es modelo atrayente porque no deja crecer a nadie y aplasta, por su capacidad extraordinaria, a quienes viven cerca de él.

Jesús quiere hombres de Dios y hombres de los hombres. Sacerdotes capaces de compartir la alegría y la tristeza de quienes les fueron confiados a su misión pastoral.

No basta con el Lunes sacerdotal que es cumplido medianamente por un buen porcentaje de Uds. Se requiere una posición de humanidad, de capacidad de reírse de uno mismo, sentido del humor. Se necesitan espacios libres para descansar y observar la naturaleza y la vida de las plantas y el crecimiento de la hierba, etc.

Personalmente no soy un ejemplo de humanización; pero en buena parte es porque Uds. y el personal apostólico suelen ser implacables.

Nadie es de hierro o de goma. Somos seres humanos y nuestra vida necesita aceptar esa dimensión humanizante con gozo y con paz.

c) Revalorizar el sacramento del perdón.

El Papa ha dicho que para ser buen confesor se necesita ser buen penitente.

Siempre será difícil confesarse y el sacerdote no es la excepción. Les recomiendo la confesión realizada con seriedad. No es suficiente confesarse para las grandes fiestas litúrgicas y ayuda tener un ritmo de confesiones personales. Veo necesario un confesor estable que pueda seguir nuestra historia personal y ayudar en mejor forma en las situaciones difíciles. Sé que es difícil encontrar confesor para los sacerdotes y que con los años el problema se agudiza. Personalmente he tenido dos grandes apoyos sacerdotales en el fuero de la conciencia; pero las personas se mueren y hay que seguir buscando como se puede.

La dirección espiritual requiere una cierta intensidad en los años de Seminario y después requiere otra dimensión más espaciada y esa realidad suele ser la normal. Las personas maduras necesitan otro tipo de apoyo; pero todos necesitamos quien se preocupe de nosotros y a quien podamos acudir con confianza.

Cristo es nuestro perdón y Él pasa a través del sacramento de la reconciliación. Él ha destruido la muerte y Él da vida a los que estaban sepultados. Él es el liberador que limpia y purifica. Él nos dice «reciban el perdón de los pecados porque Yo soy vuestro perdón».

Les pido delicadeza de conciencia y si hay pecados serios acudir al sacramento con humildad y prontitud. Es muy peligroso quedarse con alguna falta grave y continuar recibiendo y dando los sacramentos.

Cristo es nuestro Perdón; pero no se puede abusar de su misericordia y de su amor.

d) Cuidar la consagración en amor de castidad.

El celibato es un regalo de Dios que Él lo da a quien lo pide con humildad. Así lo dice el Vaticano II. Se trata de una renovación permanente para vivir consagrados a Dios, con un corazón no dividido porque está centrado en el Reino de Dios, en Jesucristo y en la evangelización.

Las faltas al amor de castidad, ese amor exclusivo a Dios, no sólo se reducen al terreno sexual. Hay problemas de castidad en el hombre que vive buscando la seguridad en el dinero y termina siendo un comerciante de lo sagrado; hay problema de castidad en el amor posesivo de las personas que impide crecer a quienes están cerca de nosotros; hay problemas de castidad en la preocupación excesiva de sí mismo porque el celibato bien entendido lleva a la libertad, a una plenitud de vida centrada en el amor gratuito, todo por el Reino de los Cielos y por la persona viva de Jesús.

Se requiere prudencia para vivir una castidad real. No podemos ver cualquier película o leer novelas cargadas de pornografía. El trato con la mujer necesita ser llevado con respeto, sabiendo que tiene gran parte de verdad el dicho antiguo «entre santa y santo pared de calicanto».

No seamos ingenuos o vanidosos creyendo que nos podemos expresar en un trato excesivamente familiar con las chiquillas. Les pido revisión seria y honesta en este tema y que el Señor los ayude a ser transparentes y claros en esta materia.

No es sano el chiste de doble sentido y el vocabulario grosero. Hay cierto tipo de conversaciones que no están en armonía con un consagrado a Dios.

Termino esta carta que he tratado de escribir con cariño para ayudarlos a Uds. y a la Diócesis. Recen por mí para que sepa evangelizar y sea un Pastor como el Señor lo quiere.

Que la Virgen María nos ayude y nos bendiga a todos.

Talca, 4 de noviembre de 1987.

EL CANSANCIO EN EL MINISTERIO PASTORAL

P. Cristián Precht Bañados - Secretario Adjunto del Celam.

«Jesús tomó la palabra y dijo: Vengan a mí, los que andan cansados y agobiados y yo los aliviaré. Carguen con mi yugo y aprendan de mí, que soy tolerante y humilde, y se sentirán aliviados. Pues mi yugo es blando y mi carga es ligera». (Mt. 11, 28-30)

1. El cansancio en el ministerio

1.1. Itinerario de un cansancio.

Es frecuente encontrar cansancio en la vida de los sacerdotes. El paso de la vida... el tiempo del año... el exceso de trabajo... el temperamento depresivo... Hay algunos cansados, pero felices. Otros, en cambio, que viven un cansancio crónico que arriesga a caer en el hastío, o simplemente, en un agobio permanente por causa del estilo de vida o por las responsabilidades pastorales.

En los comienzos del ministerio tengo conciencia de haberme extenuado por entregarme sin tregua al servicio ministerial. Era un cansancio físico que se hacía más leve por la gratificación propia del cura nuevo. Bastaba dormir bien una noche, un día de retiro, o un paseo con un par de amigos, para volver a la carga con la misma intensidad. Entonces, me decía, «superar el cansancio es sólo cosa de ordenar mi vida».

Más tarde sufrí el cansancio de la crisis del país: el último año de Allende, las tensiones entre los curas, el tiempo del régimen militar vivido desde el Comité por la Paz y la Vicaría de la Solidaridad. Entonces, al cansancio físico se agregó el agobio de las tensiones, la fatiga de la impotencia, el agotamiento de un ministerio vivido al límite de la resistencia. En un momento de crisis comprendí por dentro la experiencia del profeta Elías: no quería más, me quise morir...era un colapso físico y síquico. Me mantuvo en pie la gracia de Dios, el buen humor y el sentido que tenía la tarea. Pero, terminado ese tiempo, pedí ayuda psicológica para poder poner las cosas en orden y aprender a compaginar la ira con la no violencia, la indignación con el amor por el adversario, la urgencia con la gratuidad.

En esta nueva etapa de mi vida, con casi treinta años de ministerio en el cuerpo, me he vuelto a topar con el cansancio, el mío y el ajeno, y ya no tengo la excusa de mi propensión al activismo ni la tensión de los años difíciles. Incluso más, el cansancio no es sólo asunto mío, ni chileno, ni siquiera latinoamericano. Se ha transformado en un signo de los tiempos....de la vida del sacerdote y del Obispo. Y en una situación vital cuya respuesta hay que buscarla adentro y no afuera de nuestra vocación.

1.2. Cansancios y cansancios.

El sólo hecho de estar cansado no dice nada malo. Un obrero que trabaja ocho horas al día y gasta dos y tres movilizándose desde su hogar al trabajo... una madre de familia que debe cuidar de su hogar y de sus hijos... un joven estudiante exigido por el colegio, la universidad y los otros compromisos de la vida... Es lógico que haya cansancio. Sobre todo con las tensiones que agrega la vida en la ciudad con todos sus apuros.

Así lo vemos en Jesús, que no tiene problema de sentarse junto al pozo a pedir un vaso de agua... ni de invitar a los discípulos a descansar y a orar después de terminada la primera Gran Misión. Se da el tiempo para visitar a unos amigos en Betania, se deja servir por la suegra de Pedro y acoger por esa mujer «que mucho había amado»...

Distinto es cuando el cansancio se transforma en hastío... Jesús también lo experimenta: con los discípulos, «con esta generación», o cuando siente el temor y el tedio de la hora final y un ángel lo reconforta para el combate. El cansancio físico se resuelve con más facilidad. Este último requiere recogerse para dar el salto, buscar en las profundidades, entrar en un diálogo más intenso con el Padre.

2. Las raíces del cansancio

Pero, vamos por parte. Primero veremos las raíces de nuestro cansancio y después procuraremos buscar algunos remedios, alentados por el ejemplo de Jesús y la presencia de su Espíritu.

2.1. Un estilo de vida inadecuado

Lo primero, y lo más obvio, proviene de un estilo de vida inadecuado. Vivir solos, sin nadie con quien compartir lo cotidiano... Creer que todos los espacios de la agenda son para llenarlos con todo tipo de compromisos y sentir mala conciencia si se deja alguno en blanco... Rezar a la carrera entre los recados y tareas por cumplir que zumban en la cabeza... No tener espacios gratuitos para visitar a amigos porque sí... para escuchar música simplemente porque me agrada...para ir alguna vez al cine, al teatro, al estadio... E incluso, vivir en espacios sin belleza, funcionales, sin «hogar»...

Si así vivimos, es obvio que nos vamos a cansar y no sólo de la fatiga del día: nos sobrevendrá la fatiga psicológica y moral propia de una vida estresada. Y el estrés nos hará más vulnerable a la dejación, a la negatividad, a buscar el primer apoyo que pasó o el primer cariño que se ofrece.

2.2. El peso de la misión

Más profundo y más complejo es el cansancio que conlleva el peso de la misión. Ese lo sintieron los grandes santos. El Cura de Ars quiso escapar tres veces de su pequeña parroquia porque lo sobrepasaba la responsabilidad, el peso de los pecados ajenos, la fatiga de la escucha atenta. Antes, mucho antes, lo experimentó Moisés, y el Señor le indicó que compartiera su espíritu con otros setenta y dos y que no se echara sobre sí mismo todo el peso de su pueblo.

Pero, a esta actitud virtuosa, se puede agregar la actitud viciosa de buscar ser amados por lo que hacemos y no por lo que somos... el que nosotros y nuestros superiores nos evalúen por la eficacia, por los números, por los resultados visibles... el que no hayamos descubierto la enorme eficiencia de la gratuidad... el que en la actual figura del sacerdote católico de occidente se espera de nosotros que seamos buenos predicadores, que sepamos celebrar con creatividad, que practiquemos la dirección espiritual, la atención a los enfermos, el consuelo de los tristes, que sepamos de organización y de comunicación social, que a todos acojamos con una sonrisa, siempre y en cualquier momento, y que resolvamos adecuadamente nuestros conflictos afectivos, cosa que se da por descontado.

A veces, el problema viene de que nos come el rol: dejamos de ser personas y nos transformamos en personajes. Se nos desequilibra la vida, en favor de la acción o del ensimismamiento... y terminamos huyendo de nuestra propia sombra...

No. Eso no es virtud. No es tampoco nuestra misión. Hay confusión de planos, sobre-expectativas y hasta un cierto abuso con el sacerdote, cuando no el temor y hasta la abulia

para construir una Iglesia ministerial más conforme al proyecto de Jesús y a los signos de los tiempos.

Pero, sumando y restando, el peso de la misión es otra fuente de agobio y de cansancio.

2.3. El fracaso en el apostolado

No es menor el cansancio producido por el aparente fracaso en el apostolado o por la falta del fruto visible en nuestra acción pastoral. Es la experiencia paradójica de Jonás cuando termina de predicar la conversión... y espera el castigo, pero sobreviene el perdón... y él siente un fracasado.

Es la experiencia de Jesús en su relación con los doce cuando no entendían las parábolas o fueron incapaces de expulsar el espíritu inmundo de un niño, al bajar del monte del Tabor... O cuando, después de la Cena, «con la hostia en la boca», se disputaban los primeros puestos...

Jesús lo sufrió en su persona, en el tedio y la fatiga del Huerto y en la muerte ignominiosa en que sintió el mayor abandono y, humanamente, el mayor fracaso. Pero no claudicó. En esta como en otras oportunidades, el vigor le vino de un diálogo aún más intenso con el Padre, hasta lograr el acto de confianza, la actitud de abandono con que descansó su espíritu como preludio de la Resurrección definitiva. Es el mayor ejemplo de la fuerza en la debilidad que tan claro expone San Pablo: «mi gracia te basta...»

2.4. La conversión aplazada

En fin, una raíz muy seria de nuestra fatiga, unida al escepticismo tan propio de cierto clero, es el aplazamiento de nuestra conversión: ya sea la del corazón, ya sea la conversión de costumbres o la conversión intelectual.

Hay una tremenda pérdida de energía en la creación de escenarios para vivir el propio capricho, un desborde de sensualidad, una apetencia de poder. La misma que posteriormente requerimos para lamentar acremente el vacío que nos dejó el ídolo que tanto acariciamos.

Hay una pérdida muy grande de energía cuando cohabita en nosotros un pecado - o una actitud de pecado - contra el cual dejamos de luchar. ¡Nada peor que la convivencia de la lucidez y la inacción! En su extremo, nos lleva a la culpabilidad enfermiza y al desprecio de nosotros mismos que produce un profundo cansancio del alma. Este rasgo se acentúa aún más en quien, por oficio, debe proclamar la Palabra, explicitar en otros los llamados de Dios, escuchar confidencias de luchas interiores o, simplemente, ser ministro de la confesión sacramental. ¡Imposible hacerse el sordo por mucho tiempo!

Y esto que se da en el campo de la conversión de costumbres, de la purificación de los afectos, también se da a nivel intelectual. El Evangelio postula un cambio de mentalidad, nos invita a plegarnos a los criterios de Dios, a la lógica de Jesucristo, al sentir del Espíritu, y a no dejarnos llevar por los criterios de este mundo que terminan produciendo vacío y hastío. (Cf. Rom 12, 1-2)

Es oportuno preguntarse, por ejemplo: ¿Con qué criterios presido mi Diócesis, mi Parroquia, mi comunidad? ¿Con qué criterios busco colaboradores, confío o no confío responsabilidades?

Una tal conversión supone estudio, contacto asiduo con la Palabra de Dios, acompañamiento espiritual, la práctica frecuente del sacramento de la confesión. Tanto mejor si se tiene una comunidad y si hay amistad suficiente para practicar la fraternidad

apostólica en que hay corrección pero, sobre todo, mutuo estímulo. Y si en nuestras reuniones presbiterales nos damos el tiempo para acogernos en lo que somos y preocuparnos afectuosamente por nuestro crecimiento.

2.5. Una espiritualidad insuficiente

Pero, también en nuestro caso, en la raíz del cansancio está una espiritualidad insuficiente o simplemente defectuosa.

En cuanto a la oración... nos acostumbramos al mínimo, se nos hace rutina la Eucaristía, la Liturgia de las Horas se nos cae de las manos, no tenemos tiempo... para estar con el Señor... En Jesús, en cambio, aprendemos que sus cansancios se resuelven subiendo temprano a la montaña después de la tarde fatigosa, alejándose a un lugar apartado, varias veces, cuando comienzan los conflictos, en la experiencia mística de la Transfiguración, en la oración dolorosa del Huerto... ¡Siempre con el Padre!

Es verdad que el sello del pastor -de la caridad pastoral- es dar la vida. Y darla hasta el último suspiro. Pero a eso habría que añadir que hay que entregar calidad de vida... por respeto a Jesús, a la misión y a la gente que El nos confía. Y para eso es necesario practicar las mínimas normas de higiene espiritual: cuidar el sueño, las comidas, los momentos de silencio, los tiempos de soledad, la amistad...

Y, por otra parte, ser consciente y practicante de los rasgos de la propia espiritualidad. En nuestro caso, de la espiritualidad secular diocesana que, bien vivida, es fuente de consuelo, de energía, de identidad pastoral y personal, de proyección y creatividad en la misión. Con todo respeto, creo que no es necesario tener que hacerse miembro, partícipe o numerario de otras formas de espiritualidad. Con todo respeto y libertad, porque a quien le sirve: ¡bendito sea Dios ! Pero que sea por una opción, por una adhesión interior y no por una fuga de la propia condición o por ignorancia sobre la propia espiritualidad.

Raro, muy raro, sería que el Señor a través de su Iglesia, nos llamara a un estilo de vida insostenible o in viable. Y la vocación al ministerio secular es parte esencial de la vida eclesial: es la vocación apostólica... la de Pedro, Pablo, Juan y Andrés... que han sido columnas de la espiritualidad de la Iglesia.

Eso mismo nos indica que, una raíz del cansancio psicológico y espiritual, se encuentra en la pérdida de sentido de nuestra propia identidad, o una falta de perspectiva con respecto a la misión. Y una fuente de descanso, de alivio, es el volver a descubrir los rasgos esenciales de la propia llamada.

3. Remedios para el cansancio ministerial.

Muchos son los remedios para superar el cansancio. Algunos ya han sido insinuados al hablar de sus raíces, otros son evidentes. Sin embargo, por aquello de lo que por sabido se calla y por callado se olvida... me permito insistir...

Pero antes, una distinción: una cosa es des-cansar, es decir, hacer algo o dejar de hacerlo para que me quite el cansancio. Es lo que podría llamarse el descanso-negativo. Eso es necesario pero no basta. En castellano hay otra palabra que indica la actitud positiva de superar el cansancio, y esa es la de re-posar. Es decir, volver a posar el corazón, la mente, los afectos, en algo, o mejor, en Alguien que me llena de amor, de serenidad, de energía.

3.1. Los remedios psicológicos

Los remedios psicológicos comienzan por hacerse un horario higiénico en que se deje tiempo para el descanso físico y el descanso espiritual. Dormir bien es clave. Darse un día

de descanso a la semana, como Dios lo mandó para toda la creación... No es un lujo: es simple obediencia. Cultivar las buenas amistades, aquellas en que se puede vaciar el alma... No olvidar una buena lectura, alguna experiencia estética, preocuparse por la humanidad del entorno, tanto en la casa, en la oficina, como en la propia habitación...

Pero, más allá, de estos consejos obvios -aunque a veces poco practicados- es importante tener un sano realismo sobre sí mismo: conocer los dones, los talentos, las limitaciones, las incapacidades. De esa manera no nos vamos a sobre exigir ni a infravalorar. Esto, es algo que reposa el alma... pero, algo que no se adquiere de una vez y para siempre. Gracias a Dios, nosotros también somos un misterio que nos vamos develando con el tiempo en admiración y en estupor. Por eso hay que poner los medios adecuados a las etapas de la vida: cuando somos jóvenes sacerdotes, recién ordenados, cuando afrontamos la crisis de los cuarenta, cuando nos empinamos sobre la tercera edad, cuando tenemos la oportunidad de convertirnos plenamente en presbíteros, en años y en sabiduría.

3.2. La oración confiada

En varones y mujeres que hemos sido llamados a la virginidad consagrada, o simplemente al celibato, es muy importante el cultivo de los afectos en presencia del Señor. Pienso tanto en el afecto de la amistad, de la fraternidad, como en la paternidad o la maternidad. Una fuente de cansancios es tanto la represión permanente de nuestra sensibilidad como su desborde incontrolado. El asunto se vuelve apremiante porque nuestra vocación primera es vocación al amor, y ésta no se da en la idea: es una experiencia.

El amor atrae, asusta, se aprende, a veces hiere, es fuente de sufrimiento y de encanto pero, cuando se madura, procura indefectiblemente la quietud del alma.

En las actitudes clandestinas siempre hay campo para el Mal Espíritu. Este nos aleja de la actitud de Jesús que, a la vista de todos, distinguió con su amor a Pedro, Santiago, Judas y Juan... Y nos aleja también del deseo de Dios que sueña con que nos parezcamos a El en su paternidad... para que seamos completos... plenamente hombres... plenamente curas...

Este rasgo tan humano y tan divino... Dios es amor... hay que vivirlo necesariamente en la relación con El. Donde esta el tesoro, ahí está el corazón.

Muchos de nosotros estamos marcados por una oración intelectual. Así nos enseñaron. Y por eso, en muchos hay la sensación de que la oración afectiva es para los adolescentes o, por lo menos, para los recién iniciados. De una u otra manera tememos caer en la censura o en el desprecio que el ambiente clerical procura a los afectivos... y terminamos viviendo a escondidas, lo que Dios nos llama a vivir a plena luz del día.

¿Por qué avergonzarse de sentir? ¿Por qué ocultar la amistad, la predilección? ¿Por qué no confesar la paternidad que nos llena de orgullo y de alegría?

En la vida de los grandes santos uno descubre la fuerza de su oración apasionada: en Teresa, la mística que la lleva a amar con todos sus sentidos -sensualmente- la humanidad del Señor; en Ignacio que, en toda su sobriedad, desata los sentidos cuando se trata de hacer composición de lugar para mejor comprender y amar al Señor, y que nos enseña el interno sentir que produce la oración; en Francisco... el hermano del agua y del sol ...empobrecido por una opción de amor, dueño de cantar y alabar al Señor en cada criatura; en Agustín que cae rendido de amor ante Su belleza tan antigua y siempre nueva...

Y podríamos seguir... o mejor, comenzar con Jesús que, tomado por el Espíritu, rompe en alabanza por lo que Dios revela a los pequeños, que abre el secreto de su corazón y despliega sus afectos en la intimidad de la Cena, que derrama su alma agonizante en la

soledad del Huerto, que clama con lágrimas de angustia, y que ama tan intensamente a cada persona que cruza su camino.

Dios es amor... y no puede sino dar amor. Y por esa simple razón ésta es la actitud y el misterio en que encuentra su mayor reposo el alma. Es el alivio que produce el «yugo suave» de Jesús que quita todo agobio. El alivio no viene del menor peso de la coyunda sino del hecho de ser «enyugados» para siempre con Jesús para recorrer en su compañía los caminos de la vida.

3.3. El primer amor...

Pero, el reposo por excelencia se encuentra cuando volvemos a posarnos con todo el ser en el primer amor. De ahí el llamado urgente y esperanzador del Apocalipsis :
«Escríbele al ángel de la Iglesia de Efeso:

Esto dice el que sujeta en la diestra las siete estrellas,
el que camina entre las siete lámparas de oro:

Conozco tus obras, **tus fatigas**, tu paciencia...

has **soportado y aguantado** por mi causa **sin desfallecer**.

Pero, tengo algo contra ti: que has **abandonado tu amor primero**.

Fíjate de dónde has caído y haz las obras del principio...

Quien tenga oídos, escuche lo que dice el Espíritu a las Iglesias.

Al vencedor le permitiré comer del árbol de la vida

que está en el paraíso de Dios»

(Apoc 2,1-7).

Cuál es para un presbítero el amor primero? ¿Cuáles son las obras del principio?

A menudo, cuando se trata del amor primero, pensamos en el Seminario, en el Noviciado, en el tiempo en que decidimos nuestra vocación. Y está bien. Otras veces, volvemos a la historia de nuestra vocación o a las primicias de nuestro ministerio. Bendito sea Dios. Todo ello nos ayuda. Pero, lo más importante, es regresar al momento en que el mismo Señor decidió nuestro llamado y que es anterior, incluso, al momento en que lo percibimos.

Poner le mirada en nuestra decisión es privilegiar la voluntad, el esfuerzo, la respuesta y, ciertamente, la generosidad del elegido. Poner la mirada en la elección es subrayar la gracia, el don y, ciertamente, la generosidad de Dios que llama a quien El quiere. Ambos producen gozo y paz. Pero el reposo del primer amor llega plenamente cuando se sabe, y se siente, que ese amor es voluntad de Dios, por más débil que sea mi respuesta, y que Dios jamás revoca su elección. A la voluntad le inquieta el *para siempre*. En cambio, el alma encuentra su reposo cuando sabe -¡y cuando experimenta!- que el *amor de Dios es eterno* y que con ese amor hemos sido llamados.

Si volvemos al escenario de nuestra elección, en el capítulo tercero de San Marcos, veremos que a tres cosas hemos sido llamados en una noche de vigilia. A esas tres tenemos que volver en ese mismo espíritu de vigilia: a estar con El, a proclamar su Reinado y a exorcizar con su poder. Y a una cuarta, que encabeza este llamado: a ser doce, a ser comunión...y no solitarios ni evadidos de la fraternidad ministerial. (Ver Mc 3, 13-17).

a. Nos llamó para estar con El...

Y en su compañía se encuentra el mayor descanso. «Inquieto está mi corazón hasta que no repose en ti...»

Volver a ese lugar con la ternura de Juan, con el ímpetu de Pedro, con la inquietud de Agustín... -cada uno con la manera que Dios le dio- es volver al epicentro del primer amor. Es regresar también a la admiración, a la contemplación, como siempre la practican dos personas que se aman.

La vida es lucha y es don. También lo es nuestra vocación. Pero, como enseña lúcidamente San Francisco, hay que aprender a pasar por la vida con la serenidad de los grandes ríos.

Cuenta «La Sabiduría de un Pobre» que el Hermano Rufino había ofendido gravemente a San Francisco. Después de un largo desencuentro llega el momento de la reconciliación. El diálogo fraterno, cálido, hermoso, concluye así:

«Escucha hermano, es preciso que te diga una cosa... dijo Francisco.

- Con la ayuda del Señor has vencido tu voluntad de dominio y de prestigio. Pero no sólo una vez, sino diez, veinte, cien veces más tendrás que vencerla.

- Me das miedo, padre - dijo Rufino. No me siento hecho para sostener una lucha así.

- No llegarás a ello luchando, sino adorando -replicó dulcemente Francisco-. El hombre que adora a Dios reconoce que no hay otro Todopoderoso más que El solo. Lo reconoce y lo acepta. Profundamente, cordialmente. Se goza en que Dios sea Dios. Dios es, eso le basta. Y eso le hace libre. ¿Comprendes?

- Sí, padre, comprendo - respondió Rufino.

- Si supiéramos adorar -dijo Francisco- nada podría verdaderamente turbarnos: atravesaríamos el mundo con la tranquilidad de los grandes ríos».

(Eloy Leclercq, «La Sabiduría de un Pobre», Marova, XII Ed., pág. 113).

La lucha contra nosotros mismos, y contra todo aquello que nos llena de fatiga, se vence con **adoración** más que con la voluntad, con **amor contemplativo** más que con violencia. Y la imitación de Jesús, o su seguimiento, es el fruto maduro de quien pone en El largamente su mirada y no del que vive vuelto hacia sí mismo. Eso es lo que reposa el alma...

b. Nos llamó para enviarnos a predicar... y, ¡ay de mi si no Evangelizare!

Es cierto que el anuncio de la Palabra es vocación y es también tormento. Pero, como toda criatura que se engendra, cuando ponemos nuestro corazón, nuestras entrañas, nuestros sentimientos y nuestra inteligencia al servicio de la Palabra, a los dolores de parto sigue el gozo de la vida nueva que el Espíritu de Dios ha engendrado en nosotros y por nuestro intermedio.

«Cuando encontraba palabras tuyas las devoraba: tus palabras eran mi gozo y la alegría de mi corazón, porque tu Nombre fue pronunciado sobre mí, Señor, Dios de los ejércitos».
(Jer 15,15)

Una manera de encontrar reposo es preparar la Palabra: darle primacía en nuestro ministerio. Así ella será «gozo y alegría de mi corazón». Pero, además, los presbíteros tenemos otro don: la posibilidad de proclamarla y celebrarla con toda el alma en la Liturgia sacramental. Para quien administra rituales esta palabra puede ser desconcertante. Pero para quien se sabe llamado a celebrar el paso del Señor por la vida de los hombres: a reconocerlo, a delatarlo, a proponerlo, a ofrecerlo, la Liturgia se transforma en un tiempo donde impera lo gratuito, lo inesperado, donde vuelve a primar el don sobre el cansancio de la lucha. Este es un espacio propicio para amar, para servir, para sentir, para engendrar y para encontrar el reposo que buscamos.

¡Que Dios nos de la gracia de celebrar con los demás y no sólo para los demás!
¡Que nos haga animadores y concelebrantes, más que Presidentes! Y que nos ayude a ser fieles a la voz de la Iglesia que, así como nos invita a celebrar diariamente, nos prohíbe celebrar más de dos Misas en día laboral y más de tres en día festivo...

Pero, volviendo al llamado, la invitación a proclamar simboliza también la misión en su conjunto. En consecuencia, volver al primer amor es ponernos de cara a la misión que el Señor nos vuelve a confiar. Y hacerlo con inteligencia, con discernimiento, con creatividad - como amigo más que como siervo -en escucha atenta a las opciones pastorales de la Iglesia y a la voz de Dios en nuestros talentos y limitaciones.

No lo podemos hacer todo. Hay que priorizar. Pero, esto último hay que hacerlo desde el Señor y no desde nuestra comodidad o nuestro antojo. Y más que eso, es necesario reconocer que la Misión pertenece al Padre y que nosotros somos sus simples enviados. Es El quien da el fruto, la eficacia, y no nosotros. Esto cuesta más. Pero, una vez hecho el acto de abandono, sin quitar nada a nuestros talentos ni a nuestros desvelos, el espíritu del apóstol encuentra su reposo y una serenidad que, paradójicamente, confiere incluso más eficacia a sus trabajos.

Es curioso, cuando uno le pregunta a la gente -en especial a los jóvenes- qué imagen tienen de los curas, lo primero que hacen es sacar una libreta repleta de compromisos. ¡Somos gente sin tiempo! A mí, ciertamente, me lo han criticado. Y, claro, pocos quieren ser curas para vivir agobiados. Más lo querrían si nos vieran disfrutando del trabajo y también el descanso, al cual todo obrero tiene su derecho...

Si estar con el Señor significa crecer en intimidad a través de la contemplación y la adoración, ser enviados en misión significa buscar tener los **mismos sentimientos de Jesús** (Cf. Fil 2). Es crecer en amistad con El, ser más sensible a sus intereses, a sus puntos de vista, a su mirada sobre la gente y sobre el mundo. La intimidad y la misión son dos caras de una misma moneda. Es amigo el enviado... y es enviado el amigo... Y esto nos hace descubrir la paz aún en medio de las mayores responsabilidades.

c. Nos llamó con poder... para exorcizar...

Los sentimientos de Jesús nos introducen en el tercer aspecto de nuestra llamada que consiste en exorcizar, con su Espíritu, lo diabólico de la vida, de mi vida. Es echar el Ungüento del Espíritu para que sanen las rupturas, los desgarros, las incoherencias, las compensaciones, los apegos que nos quitan libertad y nos lanzan al abismo del cansancio y del hastío. Exorcizar es dar la cara, con el poder del Señor, a nuestras conversiones aplazadas. Entonces, llega la serenidad, se aleja el cansancio.

Esto en el plano personal. Pero, obviamente también, en nuestro ministerio, prodigando ánimo y consuelo, ejerciendo el sacramento del perdón, denunciando la injusticia y ayudando a que el Señorío de Jesucristo sea experimentado en plenitud. Eso es algo que produce gozo y paz - reposo - no exento de fatiga física, pero con el consuelo que produce la coherencia personal y la vida en el Señor. Y con la alegría que nos da ayudar a que los pobres, los mansos, los pacificadores, los hambrientos y sedientos de justicia, los pobres de corazón, los misericordiosos y los que padecen persecución por causa de la justicia experimenten la Bienaventuranza del Señor.

Es cosa de ver qué es lo que sucede cada vez que Jesús impone su autoridad por sobre los demonios... A quienes son sanados les cambia el rostro, les renace la alegría, dejan de echar espumarajos para encontrar el reposo, la quietud y el deseo incontenible de confesar Su Nombre y de seguir a Jesús a donde quiera que vaya.

Si estar con El significa volver a la contemplación y ser enviados por El implica redescubrir la amistad y los sentimientos de Jesús, el mejor exorcismo se encuentra en el corazón y los labios que saben bendecir. Ahí esta Job: «Dios me lo dio, Dios me lo quitó, ¡bendito sea Dios!» Y ahí esta María, la del Magníficat, que exorciza con su canto agradecido las miserias más profundas de la humanidad.

d. Nos llamó y ... nos hizo doce...

Este programa no se puede realizar en soledad, como tampoco se puede evangelizar aisladamente ni en forma sectaria. El texto de Marcos dice que el Señor los llamó por su nombre y «los hizo doce». Eso quiere decir que nuestra identidad ministerial nos vincula sacramentalmente a los copresbíteros y al Obispo de quien somos hermanos y colaboradores.

Parte del cansancio nos viene precisamente por querer asumir en nuestra persona todos los roles que ejerce un sacerdote y por querer ejercerlos en forma aislada... para marcarlo todo con nuestra impronta... o, por lo menos, para no tener problemas... ¡Fatal! Es el síndrome del individualismo que resta apoyo al ministro del Señor, eficacia a nuestro ministerio, y se convierte en una de las mayores fuentes de tensión, de fatiga y de agobio en la vida de los sacerdotes.

Otra fuente de agobio es la falta de comunión con el Obispo. Su figura forma parte de nuestro ser sacramental. Es la imagen del Padre, por la autoridad que ejerce, por el lugar que tiene en la Iglesia, y porque nuestro sacerdocio ministerial depende del suyo, como lo dice la Oración Consagratória de la ordenación sacerdotal. Es comprensible, entonces, que muchos presbíteros sufran una tremenda frustración al no sentirse acogidos o valorados por el propio Pastor.

En cambio, el descanso psicológico y espiritual que necesitamos se encuentra en la relación madura -fraterna y filial- con el Obispo, en la fraternidad vivida, en las cargas compartidas, en el discernimiento comunitario, en la emulación fraterna... Todo ello va formando un corazón maduro en el amor y aleja de nuestros labios y de nuestro corazón la crítica hiriente, la envidia disfrazada de virtud, los celos posesivos que privan de libertad a quienes ayudamos a engendrar y son fuente de enemistad entre sacerdotes.

Es curioso: las mismas competencias desleales que criticamos al modelo neoliberal, las solemos practicar nosotros entre parroquias, movimientos, grupos de espiritualidad o, simplemente, disputándonos el acompañamiento y la estima de las mismas personas. Nos importa mucho saber si son de Pablo o de Apolo y se nos olvida que lo importante es que sean de Cristo. Que Pablo siembre, que Apolo riegue y que la Iglesia recoja los frutos...

Dejarnos amar, por Jesús y por la gente, dejarnos llevar, renunciar a los celos y entronizar la admiración, la alabanza, la gratitud, es inaugurar una hermosa manera de ser Iglesia de Dios y renunciar a vivir sectariamente.

No es bueno que el hombre esté solo, dijo el Señor el sexto día de la Creación. Y también el sexto día Jesús entregó su vida para romper la enemistad y recrear el vínculo de amor. Es El quien nos envía de dos en dos y a vivir el proyecto del Reino que exorciza el individualismo y propone la comunión. Esta es la actitud de fondo en que va a encontrar reposo nuestro corazón. Y así, como los discípulos más cercanos, podremos encontrar un gran gozo en el testimonio de su Nombre y nuestro reposo al dejarnos lavar por El nuestros pies cansados y reclinar el peso de nuestras preocupaciones sobre el corazón del que nos ha llamado.

En ese momento eucarístico por excelencia se experimenta la intimidad, se recrea la misión y se exorcizan las distancias y las dudas que producen sobresalto en el corazón del ministro consagrado.

Esa es la gracia que pedimos, invocando el amparo de María, quien nos introduce complacida a la experiencia del salmista: «Gustad y ved qué bueno es el Señor, dichoso el que se acoge a El».

PARA LA ORACION PERSONAL:

Leer : Mt 11, 28-30; Apoc. 2, 1-7;

2 Tim 1, 3 - 2, 26; 1 Cor 6, 1 - 13.

Hacerse las siguientes preguntas:

¿Cómo he experimentado el cansancio ministerial o el cansancio en mi vida espiritual?

¿Qué reacciones tengo cuando me siento cansado de servir, o cansado en mi vida espiritual?

¿Cuáles son los remedios que aplico en mi vida, para salir del cansancio espiritual y/o ministerial?

Nota: Es importante buscar las constantes en las preguntas a y b. A partir de esas constantes podremos comprender mejor nuestra manera habitual de ser, el estilo de nuestra personalidad. Con este realismo básico podemos ver, delante del Señor, qué y cómo mejorar, cambiar o potenciar.

1. El autor es sacerdote chileno, religioso de los Sagrados Corazones.

LA VIDA ESPIRITUAL DEL SACERDOTE DIOCESANO SECULAR. RASGOS PARA UN PERFIL

*Pbro. José María Recondo*¹

No hace mucho, Juan Pablo II alentó «especialmente a los sacerdotes diocesanos, a que afirmen y renueven *la espiritualidad del sacerdocio diocesano*. Mediante su vida espiritual -decía-, en el ejercicio de la verdadera caridad pastoral, descubrirán un camino de santidad personal, un dinamismo en el ministerio y una fuerza para proponer a los jóvenes que dudan en comprometerse en el sacerdocio»².

El presente trabajo, sin pretensión alguna de ser exhaustivo, quiere contribuir, sin embargo, a identificar y consolidar un perfil propio para la espiritualidad del sacerdote diocesano secular. Para ello nos hemos dejado guiar por la rica iluminación que proporciona «Pastores dabo vobis», para poner la mirada de fe en Cristo Buen Pastor, y sumar a ello la reflexión que a menudo ha suscitado en nosotros la misma experiencia del ministerio.

1.- LA VIDA ESPIRITUAL

Cuando Juan Pablo II nos habla en «Pastores dabo vobis» de la vida espiritual del sacerdote, afirma que toda existencia cristiana es «vida espiritual», es decir, una «vida animada y dirigida por el Espíritu hacia la santidad o perfección de la caridad» (n.19). Es importante destacar que no refiere aquí «espiritual» al espíritu humano -como tantas veces se lo ha entendido- sino al Espíritu de Dios³. Entendiendo así la «vida espiritual», PDV va más allá de ciertas pretendidas aporías del pasado (cuerpo-espíritu, vida interior-compromiso histórico, tiempo-eternidad, acción-contemplación, etc.), y se aparta, a su vez, del abordaje subjetivista de lo espiritual que conduce al ensimismamiento o a la búsqueda de la *experiencia* espiritual como fin en sí misma -reiterada tentación a lo largo de la historia, que vemos reeditada en la cultura postmoderna con el auge de las técnicas orientales o de libros de autoayuda occidentales dirigidos a sentirse o estar *uno* bien-. El camino *espiritual* cristiano no conduce al ensimismamiento sino -como podemos ver en Cristo, animado por el Espíritu- a una disponible escucha de la voluntad del Padre y a la entrega de la vida por los hermanos.

Es preciso, pues, distinguir bien *interioridad* (la cual todo «hombre espiritual» ha de cultivar) de *ensimismamiento* (del cual todo «hombre espiritual» ha de ir liberándose). Porque no es raro que lo uno se confunda con lo otro, y se termine haciendo del defecto, virtud. De la misma manera, hay que poder distinguir entre saber *verse* y *vivir mirándose*. Porque el ensimismamiento no ayuda a que nos veamos. Todo lo contrario. Sólo cuando comenzamos a autotranscendernos somos capaces de vernos. La verdadera interioridad implica (y provoca) autotranscendencia, *nos saca* de nosotros mismos por medio del amor - la señal más auténtica de madurez en la vida espiritual-.

Las personalidades afectivamente ensimismadas fácilmente desembocan en una espiritualidad y en una pastoral marcadas por el subjetivismo: en una vida espiritual diseñada no ya en contacto con la *objetividad* del misterio -según Dios se nos ha revelado y quiere dársenos-, sino a partir de las propias *necesidades*, inclinaciones, y apegos. Y en una vida pastoral adecuada no ya a las posibilidades, a las necesidades y a la historia de una comunidad concreta en la que el Pueblo de Dios se hace presente, sino a las fantasías, los humores, el capricho o la arbitrariedad del mismo sacerdote.

Cuando el ensimismamiento se concentra, en cambio, en el plano intelectual, aparecen, tanto en el orden espiritual como en el pastoral, esas construcciones perfectas en sí mismas pero de espaldas a la vida y a la realidad, que suelen ofrecer las ideologías, cualquiera sea el signo que las caracterice.

No sería raro, por otra parte, que más de un joven llegado a nuestros Seminarios traiga en su espiritualidad cierta influencia de la llamada «nueva religiosidad». Actualmente, los medios de comunicación suelen crear, en torno a la *espiritualidad*, un mundo bastante «promiscuo». Es por ello importante poder orientar un discernimiento en el que se distinga la espiritualidad cristiana de esa «espiritualidad sin religión» que caracteriza a la «New Age». Pues ésta -siendo de algún modo una *hija no deseada* del secularismo- es fruto de una humanidad sin Padre, a través de una cultura en la que Dios está ausente: prescinde, por ello, de la realidad objetiva de lo divino, llegando a hacer de la misma búsqueda espiritual un objeto de consumo para el propio e individual «bienestar». Y al perseguirse, de este modo, una experiencia que rehúye todo lo que altere esa «armonía» interior buscada, se cultiva una *espiritualidad* que difícilmente se compadezca con los avatares propios de un compromiso solidario. Puede llegar a suscitar, más bien, una cierta *resignación* frente a la injusticia, y un preferir *no ver* la situación del hermano (pues «ojos que no ven, corazón que no siente» -ni se *altera*- (cf. Mt 25,31-46)).

No hay vida espiritual cristiana sin ir más allá de uno mismo por el amor (cf. Mt 22,34-40; Lc 10,25-28). La *vida espiritual*, si es cristiana, ha de llevarnos a abrir ventanas -desde Cristo, hacia Dios y hacia el prójimo- antes que a llenarnos de espejos.

2.- UNA VIDA ANIMADA POR EL ESPIRITU HACIA A LA SANTIDAD

Así como el Espíritu Santo llena, penetra, invade al Mesías en su ser y en su obrar (cf. Lc 4,18-19), ese mismo Espíritu está sobre todo el Pueblo de Dios, que es constituido como pueblo consagrado por Él y enviado por Él. De este modo, el Espíritu del Señor se manifiesta como fuente de santidad y llamada a la santificación: «En efecto, *el Espíritu nos revela y comunica la vocación fundamental* que el Padre dirige a todos desde la eternidad: la vocación *a ser santos* [...], y se hace en nosotros principio y fuente de su realización» (PDV, 19). Esta vocación universal a la santidad encuentra una particular aplicación referida a los presbíteros, pues ellos «están obligados de manera especial a alcanzar esa perfección» (PO, 12): «Puesto que todo sacerdote, a su manera, representa la persona del mismo Cristo, es también enriquecido de gracia particular para que pueda alcanzar mejor, por el servicio de los fieles que se le han confiado y de todo el Pueblo de Dios, la perfección de aquel a quien representa» (*ibid.*).

Convendría preguntarse hasta qué punto no se ha dejado de hablar entre nosotros de santidad, a fuerza de existir todavía una imagen demasiado estereotipada respecto de lo que significa. Porque cierta hagiografía ha presentado de tal manera la vida de los santos -al poner de relieve siempre lo extraordinario y lo inimitable- que, en lugar de encender en los bautizados el deseo de imitarlos, ha logrado convencerlos de que *eso no era para ellos*; o sea, ha llevado a todo lo contrario de aquello para lo cual los santos han sido canonizados...

Por eso, con frecuencia, se ha preferido hablar de *seguimiento* de Cristo, de *compromiso* por el Reino, de ser *discípulo* de Jesús, conforme a los términos con que la Biblia suele presentar la santidad. En la enseñanza evangélica, discipulado y santidad coinciden. La llamada de Jesús a sus discípulos, en cualquiera de sus modalidades, implica siempre la llamada a la santidad. ¿Acaso no fue ésta la experiencia en la que se acuñó

nuestro llamado a la vida sacerdotal: vivir sólo para Dios y para los demás, e ir tan lejos como el Padre nos lo pidiera? ¿Y acaso no somos testigos de más de una vida consagrada que arrastra su mediocridad o su decadencia desde el momento en que este ideal se fue desvaneciendo? Quizá se trabaje mucho y se lleve una vida honesta, pero se ha perdido lo que el Apocalipsis llama «el amor del inicio»: «Conozco tus obras, tus trabajos y tu constancia. [...] Sé que tienes constancia y que has sufrido mucho por mi Nombre sin desfallecer. Pero debo reprocharte que hayas dejado enfriar el amor que tenías al comienzo. Fíjate bien desde dónde has caído, conviértete y observa tu conducta anterior» (2,2-5; cf. 3,15ss).

El Vaticano II ha querido convocarnos a una santidad a la que todos los fieles, de cualquier estado y condición, están llamados (cf. LG, 40). Realizar la santidad -esto es, tender a la perfección por los caminos de la espiritualidad evangélica- «es vivir en la sencillez de lo cotidiano la fe, la esperanza y la caridad. Ahí está todo. En definitiva, los santos serán los que «han manifestado su fe con obras, su amor con fatigas y su esperanza en nuestro Señor Jesucristo con una firme constancia» (1 Tes 1,3)»⁴. Pero esta santidad implica un camino cuyo punto de partida está en el deseo mismo de ser santos: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados» (Mt 5,6). La justicia de la que aquí se habla es la justicia del Reino, que la Biblia identifica con la santidad. Y la promesa contenida en la bienaventuranza es para aquellos que tienen un vivo deseo («hambre y sed») de ser santos. El Evangelio, cuando nos encuentra disponibles, «provoca» y «excita» en la esperanza nuestro deseo de santidad, arrancándonos de horizontes modestos y de un conformismo que acaba despojándonos de nuestros sueños primeros - o, más precisamente, del sueño que Dios tiene desde un comienzo sobre nosotros-; nos hace sentir el llamado a no atrincherarnos en lo limitado, a no engañar el hambre, a no adulterar la esperanza, cuya medida -si tiene como objeto aquello que Dios ha reservado de sí para nosotros- ha de ser siempre lo desmesurado⁵.

3.- LA VIDA ESPIRITUAL DEL SACERDOTE

De una única y fundamental santidad cristiana nacen los diversos modos de vivir la vida según el Espíritu. Y la espiritualidad presbiteral no es sino una forma específica de vivir en la caridad esta vida según el Espíritu. Podríamos decir, en este sentido, que «cuando se trata de presbíteros, la caridad toma el rostro de Cristo Pastor»⁶.

3.1.- La configuración con Cristo y la caridad pastoral: Gracias a la «consagración obrada por el Espíritu Santo en la efusión sacramental del Orden, la vida espiritual del sacerdote queda caracterizada, plasmada y definida por aquellas actitudes y comportamientos que son propios de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia y que se compendian en su caridad pastoral» (PDV, 21).

Aparece aquí, en la determinación del lugar que **la caridad pastoral** tiene en la vida del presbítero, una de las aportaciones más valiosas de «Pastores dabo vobis». Porque el Papa avanza en la explicitación de un concepto que el Vaticano II había ya presentado pero no desarrollado (cf. LG,41; PO,14). Juan Pablo II profundiza, en cambio, en su significado, describiendo asimismo sus principales rasgos:

* La caridad pastoral es «el principio interior, la virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero» (n.23), siendo su contenido esencial «la *donación de sí*, la *total* donación de sí a la Iglesia, compartiendo el don de Cristo y a su imagen. [...] No es sólo aquello que hacemos, sino la *donación de nosotros mismos* lo que muestra el amor de Cristo por su

grey. La caridad pastoral determina nuestro modo de pensar y de actuar, nuestro modo de comportarnos con la gente» (*ibid.*).

* Y la donación de nosotros mismos tiene como destinataria la Iglesia. Con la caridad pastoral, el sacerdote se hace capaz de amar a la Iglesia con toda la entrega de un esposo hacia su esposa (cf. *ibid.*).

* Pero el don de sí a la Iglesia «se refiere a ella como cuerpo y *esposa de Jesucristo*. Por esto la caridad del sacerdote se refiere primariamente a Jesucristo: solamente si ama y sirve a Cristo Cabeza y Esposo, la caridad se hace fuente, criterio, medida, impulso del amor y del servicio del sacerdote a la Iglesia, cuerpo y esposa de Cristo» (*ibid.*).

* Es preciso recordar, además, que la caridad pastoral «le pide y exige [al sacerdote] de manera particular y específica una relación personal con el presbiterio, unido en y con el obispo» (*ibid.*).

* Por otra parte, es en la Eucaristía «donde se representa, es decir, se hace de nuevo presente el sacrificio de la cruz, el don total de Cristo a su Iglesia. [...] Precisamente por esto la caridad pastoral del sacerdote no sólo fluye de la Eucaristía, sino que encuentra su más alta realización en su celebración, así como también recibe de ella la gracia y la responsabilidad de impregnar de manera «sacrificial» toda su existencia» (*ibid.*).

* Por último, frente a un contexto sociocultural y eclesial marcado por la complejidad, la fragmentación y la dispersión, el Papa afirma que «esta misma caridad pastoral constituye el *principio interior y dinámico capaz de unificar las múltiples y diversas actividades del sacerdote*. [...] Solamente la concentración de cada instante y de cada gesto en torno a la opción fundamental y determinante de «dar la vida por la grey» puede garantizar esta unidad vital, indispensable para la armonía y el equilibrio espiritual del sacerdote» (*ibid.*). Con todo, no será sino progresivamente que el sacerdote irá alcanzando la unidad interior que la caridad pastoral garantiza (cf. n.72), constituyéndose, ésta, a su vez, en «alma y forma de [su] formación permanente» (n.70).

Hemos de valorar que, después de haber vivido los sacerdotes, durante tanto tiempo, dependiendo de espiritualidades «prestadas» o de ensayos sin suficiente articulación y unidad, podamos vislumbrar, a partir de *Presbyterorum ordinis* y *Pastores dabo vobis*, y del desarrollo de la teología de la caridad pastoral, una espiritualidad rica en matices y adecuada «desde adentro» a una identidad y un perfil propios. Por eso entendemos que Juan Pablo II pida que *toda* la formación de los candidatos al sacerdocio esté «orientada a prepararlos de una manera específica para comunicar la caridad de Cristo, buen Pastor» (n.57).

3.2.- Rasgos espirituales expresivos de la caridad pastoral:

3.2.1.- Caridad pastoral y ejercicio evangélico de la autoridad: La primera actitud que Juan Pablo II señala como fruto de la caridad pastoral es la de ejercer la autoridad *para el servicio*, recordando que este tipo concreto de autoridad «debe animar y vivificar la existencia espiritual de todo sacerdote, precisamente como exigencia de su configuración con Jesucristo, Cabeza y Siervo de la Iglesia. San Agustín exhortaba de esta forma a un obispo en el día de su ordenación: «El que es cabeza del pueblo debe, antes que nada, darse cuenta de que es servidor de muchos...»» (PDV, 21). De este modo, «la vida espiritual de los ministros del Nuevo Testamento deberá estar caracterizada, pues, por esta actitud esencial de servicio al Pueblo de Dios (cf. Mt 20,24ss; Mc 10,43-44), ajena a toda presunción y a todo deseo de «tiranizar» la grey confiada (cf. 1 Pe 5,2-3)» (*ibid.*). Por eso la

vida pastoral ha de educar al futuro sacerdote «a vivir como «servicio» la propia misión de «autoridad» en la comunidad, alejándose de toda actitud de superioridad o ejercicio de un poder que no esté siempre y exclusivamente justificado por la caridad pastoral» (PDV, 58).

Que Jesús se presentara como *servidor* y exigiera que sus discípulos hicieran otro tanto en medio de los hombres resultaba revulsivo para la cultura de su época. Porque el hecho de ser siervo no era considerado un valor, sino todo lo contrario. Entre los romanos, la esclavitud solía tener rasgos inhumanos. Y entre los griegos, la valoración que tenían por la libertad individual y la propia autonomía hacía que experimentaran un rechazo instintivo hacia toda forma de servidumbre. Incluso en su vida religiosa el gesto de postración -que realizaba el esclavo delante de su señor- estaba excluido de las celebraciones paganas. Ese era, pues, el contexto de la predicación evangélica. El de hoy, en este sentido, no está muy lejos de aquél: el hombre moderno ha ido haciéndose cada vez más celoso de su autonomía, de su libertad, y más consciente de sus posibilidades y de su dignidad, con todo lo bueno que esto implica. Pero también es real que se le ha ido haciendo cada vez más difícil arrodillarse ante Dios, y ponerse al servicio del otro -al menos en las culturas que se atribuyen mayor grado de «desarrollo»-. Por ello, para un contexto tanto como para el otro, las enseñanzas y el testimonio de Jesucristo resultan de una particular originalidad. Y el hecho de convertirnos nosotros en *servidores* -servidores de Dios y de los hombres- puede, por esto mismo, resultar particularmente elocuente y perturbador para los hombres de nuestro tiempo. Pero para que esto ocurra deben poder vernos como servidores, y no sé si es ésta la imagen que ellos tienen de la Iglesia y de sus ministros... Y el servicio no sólo es una manera de revelarles a los hombres cómo es un cristiano, sino también, de algún modo, cómo es Dios.

En el presbiterio «no deberían existir puestos de mayor o menor prestigio, carreras más o menos obligadas, promociones anheladas o retrocesos temidos. El modelo es la presidencia de la caridad de Jesús, que está entre nosotros «como el que sirve»⁷. Por eso, el Seminario debiera ser como un largo catecumenado para esta misión de servidores que recibimos sacramentalmente en el diaconado, purificando toda tendencia al poder, a los honores o privilegios, a la dominación, o al autoritarismo; a toda esa clase de actitudes que nos llevan, en más de una ocasión, a preguntarnos quién está, en última instancia, al servicio de quién... Se nos dice que no es raro encontrar actualmente, en sacerdotes jóvenes, cierto autoritarismo o maltrato de los fieles, que no eran tan previsibles cuando ellos eran seminaristas. ¿No hubo omisiones, al respecto, en su formación, dándose por supuesta una madurez que no existía? Más allá de la inmadurez humana que siempre subyace a este tipo de comportamiento -e, incluso, el papel que a veces juega un cierto *modelo* teológico-pastoral que da lugar a ese *estilo* sacerdotal-, no podemos soslayar la responsabilidad que la formación espiritual tiene a este respecto.

Por otra parte -y como para considerar el riesgo opuesto al ya señalado-, de la misma manera que hemos de ejercer la autoridad *para el servicio*, hemos de entender también que *es un servicio ejercer autoridad*. Y que uno deja de ofrecer el debido servicio cuando, por respeto humano u otra razón cualquiera, no se atreve a ejercerla. El buen ejercicio de la autoridad es un don para la vida de una comunidad, desde donde se favorece la comunión y la participación, el diálogo y la reconciliación, la animación y la iluminación. Por eso el evadirse del ejercicio de la autoridad puede encubrir, tras una máscara de humildad o de exquisito respeto, el temor a comprometerse con un servicio que tiene no poco de cruz, en la medida que es bien vivido. Lo que se presenta a veces como

una actitud evangélica puede estar disfrazando comodidad, timidez y, en definitiva, una *omisión* frente a las exigencias concretas de una *misión*: «El mal no consiste solamente en el exceso de autoridad, sino también en la falta de mandato. No atreverse a mandar es tanta cobardía como abusar del poder»⁸.

3.2.2.- Saber *estar*: Si bien la vida pastoral hace que se viva «en un clima de constante disponibilidad a dejarse absorber, y casi «devorar», por las necesidades y exigencias de la grey» (PDV, 28), es preciso aprender a conjugar, en nuestro ministerio, la capacidad de *hacer* con la capacidad de *estar*: no basta con hacer mucho por la gente, para ser un buen pastor; es preciso *saber estar* con ella. Cuando lo primero se disocia de lo segundo es fácil acabar en una forma despersonalizada de trato pastoral⁹. Por ello, es necesario integrar al ejercicio del ministerio -como el mismo Jesús lo hizo- esta dimensión *femenina* de la vida pastoral; esto es, esa capacidad que la mujer posee por naturaleza, de no circunscribirse a la eficiencia de lo que puede producir con su trabajo -como fácilmente tiende a hacerlo el varón-, donándose en la gratuidad de un «estar», que tan característico es de toda maternidad -tan claro en la Virgen en Belén, en Caná, en la vida pública de Jesús, en el Gólgota, o en el Cenáculo: ella *estaba...*¹⁰-. Dimensión *femenina* que se expresa, además, entre otras cosas, en la capacidad para la acogida, en una mirada comprensiva sobre la debilidad ajena, en la capacidad de escucha, en la calidez y cercanía del trato, etc.

Mucho tiene que ver en esto la oración, como una instancia fundante del saber «estar». Y aquí es difícil no evocar la escena evangélica que tiene lugar en Betania, cuando Jesús es recibido en casa de Marta y María (cf. Lc 10,38-42). Porque la vida sacerdotal *bien vivida* tiene mucho de la agitación de Marta, quien, en la mirada de Jesús, no había resuelto aún *cómo servirlo sin dejar de escucharlo*; y esto presenta un desafío permanente para nuestra vida espiritual. O dicho de otro modo, cómo no convertirnos en meros siervos, después de haber sido amigos... (cf. Jn 15,15).

Sabemos por experiencia que, a menudo, la caridad pastoral nos impulsa a una abundante actividad. Pero no necesariamente la mucha actividad es fruto de la caridad pastoral. Hay que cuidarse, por ello, de no confundir ésta con el activismo o el eficientismo pastoral, que no son sino su caricatura. El activismo, por lo demás, no tiene en realidad su origen en una excesiva demanda de la gente sino más bien en una demanda *interna*. Cuando experimentamos un cierto desbordamiento y éste se debe realmente a la demanda de la gente, es más fácil que uno pueda reconocer con serenidad sus propios límites, en la consciencia de que *Dios nos llamó para servirlo y no para reemplazarlo*. Pero si el origen de la demanda está en uno, ésta no tiene fin; el hacer adquiere las características de una adicción. Sólo encuentra freno cuando el cuerpo dice *basta...* Es importante, por ello, ser honestos a la hora de preguntarnos si la hiperactividad responde a las necesidades de la gente o a nuestras propias necesidades. Y habrá que iniciar a quienes se preparan a la vida sacerdotal en este discernimiento, para que lleguen a vivir el ministerio no ya sin tensiones, pero sí en la búsqueda honesta de purificar su entrega desde la caridad pastoral, conscientes de que el Señor los llamó «*para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar...*» (Mc 3, 14)¹¹.

3.2.3.- Caridad pastoral y apertura al diálogo evangelizador: Los obispos argentinos nos recuerdan que una de las grandes tareas que ha de enfrentar hoy la evangelización es la de conjugar la obligación de anunciar la verdad con el respeto a la libertad. Esto supone «un estilo nuevo, despojado de toda arrogancia, prepotencia e ironía,

en el modo de buscar y comunicar la verdad», para proclamarla «en toda su integridad pero con la sencillez y actitud de servicio características de la santidad de vida evangélica. Estilo que nos exige una generosa apertura al diálogo, como camino para que el Evangelio llegue a iluminar toda la realidad y cautive el corazón de todos los hombres» (LPNE, 36).

Es preciso superar, pues, esa actitud de talante preconiliar -todavía demasiado presente en más de un sacerdote y también en muchos agentes de pastoral-, de situarse «a priori» a la defensiva respecto de quienes no son «de Iglesia», mirándolos con desconfianza y hasta con agresividad; prontos a la discusión, si no a la descalificación, antes que al diálogo; viéndolos como enemigos y no como aquellos a quienes estamos llamados a comunicarles la Buena Noticia, como aquellos que no han tenido hasta hoy la gracia -como nosotros la hemos tenido- de conocer «el amor que Dios nos tiene» y haber «creído en él» (1 Jn 4,16). Y esta *actitud pastoral* -que ha de condicionar toda la orientación del empeño evangelizador- si bien puede estar revelando toda una cosmovisión teológica subyacente, responde también a una *disposición espiritual* en la que quizá no hemos sabido formar adecuadamente. Se trata entonces de que la caridad pastoral, que está llamada a determinar «nuestro modo de pensar y de actuar, nuestro modo de comportarnos con la gente» (PDV, 23), vaya *formando* a quienes se preparan para el sacerdocio en las actitudes propias del buen Pastor, ya que, como ésta, son numerosas las disposiciones espirituales (y humanas) que arrastran tras de sí una manera característica y no siempre evangélica de *situarse* en la pastoral.

La caridad pastoral debe impulsar y estimular así «al sacerdote a conocer cada vez mejor la situación real de los hombres a quien es ha sido enviado; a discernir la voz del Espíritu en las circunstancias históricas en las que se encuentra; a buscar los métodos más adecuados y las formas más útiles para ejercer hoy su ministerio. De este modo, la caridad pastoral animará y sostendrá los esfuerzos humanos del sacerdote para que su actividad pastoral sea actual, creíble y eficaz» (PDV, 72).

3.2.4.- Sufrimiento humano y caridad pastoral: Siguiendo la mirada que sobre Cristo tiene la carta a los Hebreos, afirma C.M. Martini que «Jesús «llegó a ser» sacerdote *en el hecho de compartir el sufrimiento*. El tenía desde el principio la capacidad de ser sumo sacerdote misericordioso y fiel, pero Dios ha querido que el Hijo integrara esa capacidad en su propio cuerpo al compartir el sufrimiento de los demás. Es un tema importante ya sea como ideal del obispo, ya sea como ideal del sacerdote: estar tan cercanos a la gente y a sus dolores, que se compartan y por consiguiente lleguemos gradualmente a ser «misericordiosos y fieles»¹².

Si estamos animados, pues, por la caridad pastoral, nuestra alma ha de llegar a ser enteramente receptiva de las preocupaciones, las angustias y las miserias de los otros. Lejos de encerrar nuestra vida interior en un oasis de indiferencia, nuestro encuentro personal con Jesús debe sensibilizarnos cada vez más para experimentar dolorosamente todo aquello que hace mal a nuestros hermanos; e, inversamente, toda esta pena experimentada en nosotros a causa del sufrimiento de los demás debe conducirnos a comprender mejor el abismo misterioso del corazón pastoral de Jesús. «Del sacerdote cada vez más maduro en su sensibilidad humana, ha de poder decir el Pueblo de Dios algo parecido a lo que de Jesús dice la Carta a los Hebreos: «No tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado» (Heb 4,15)» (PDV, 72).

El peligro que ha de evitarse es el de llevar esta compasión a una sensibilidad malsana, replegándonos sobre este sufrimiento, o dejándonos aplastar por él. Nuestra alma ha de estar en comunión con el misterio mismo de Cristo, pues el riesgo principal de estos contactos es que ellos no repercutan en nosotros sino de un modo sensible y humano. De allí la necesidad de saber integrar todo esto en nuestra vida eucarística; sólo ella podrá elevar poco a poco a la participación en el misterio de la Cruz de Jesús, aquellas preocupaciones, fatigas y sufrimientos que nos alcancen nuestros contactos con los hombres¹³: «La Eucaristía es como el lazo que une a cada uno de nosotros y a nuestras jornadas con su lote de pobres miserias y pequeños sufrimientos, con lo que sucedió en la hora del sufrimiento humano de Jesús»¹⁴.

Por otra parte, la caridad pastoral implica *una cierta manera* de «estar ante el otro» y de relacionarnos con él. Por eso, aquello que Simone Weil afirma respecto de la relación con el *desdichado*, puede ayudarnos a descubrir el tipo de relación que, desde la caridad pastoral, hemos de establecer -a imagen de Cristo Pastor- con el que sufre: «Los desdichados no tienen en este mundo mayor necesidad que la presencia de alguien que les preste atención. La capacidad de prestar atención a un desdichado es cosa muy rara, muy difícil; es casi -o sin casi- un milagro. Casi todos los que creen tener esta capacidad, en realidad no la tienen. El ardor, el impulso del corazón, la piedad, no son suficientes. [...] La plenitud del amor al prójimo estriba simplemente en ser capaz de preguntar: «¿Cuál es tu tormento?». Es saber que el desdichado existe, no como una unidad más en una serie, no como ejemplar de una categoría social que porta la etiqueta «desdichados», sino como hombre, semejante en todo a nosotros, que fue un día golpeado y marcado con la marca inimitable de la desdicha. Para ello es suficiente, pero indispensable, saber dirigirle una cierta mirada. Esta mirada es, ante todo, atenta; una mirada en la que el alma se vacía de todo contenido propio para recibir al ser al que está mirando tal cual es, en toda su verdad. Sólo es capaz de ello quien es capaz de atención»¹⁵.

3.2.5.- Caridad pastoral y amor misericordioso por los pecadores: El sacerdote está llamado a ser «testigo de la misericordia de Dios por los pecadores» (PDV, 26). Se espera de él, que sepa «inclinarse ante los pecadores, ante los marginados de cualquier clase, según el modelo ofrecido por Jesús en su ministerio profético y sacerdotal» (PDV, 30)¹⁶. Esto implica, por tanto, un modo de «mirar» al pecador o, mejor, de hacerle sentirse mirado, que se comunica antes con el trato que con las palabras. En este sentido, hay «una serie de cualidades del amor de Jesús como Buen Pastor, tales como el respeto, la humildad, la paciencia y la misericordia por los pecadores, que ninguna enseñanza por medio de la palabra podría expresar ni transmitir plenamente»¹⁷. Por eso Jesús no se contentó con instruirnos con enseñanzas orales. El juzgó necesario manifestarnos los sentimientos de su corazón y ciertas actitudes del amor misericordioso de Dios, a través de su propia manera de vivir, y en su forma de tratar al pecador (cf. Mc 2,17; Mt 11,19; Jn 8,1-11). Se trata, en nuestro caso, de afirmar la insolidaridad con el pecado, mostrándonos solidarios con el pecador; esto es, como aquellos que pueden comprender a los extraviados y a los ignorantes, porque ellos mismos están envueltos en debilidades (cf. Hb 5,2). Dicho de otro modo, haciéndonos conocer como discípulos de quien fuera «amigo de publicanos y pecadores» (Mt 11,19).

De aquí que Juan Pablo II nos recuerde que, por estar llamado el pastor a ser el hombre de la caridad, es necesario «que él mismo se deje educar continuamente por el Espíritu en la caridad del Señor. En este sentido, la preparación al sacerdocio tiene que

incluir una seria formación de la caridad, en particular del amor preferencial por los «pobres», en los cuales, mediante la fe, descubre la presencia de Jesús (cf. Mt 25, 40) y al amor misericordioso por los pecadores» (PDV, 49).

3.3.- La vida espiritual en el ejercicio del ministerio: En Cristo, porque «la consagración es para la misión» (PDV, 24), una y otra se encuentran bajo el signo del Espíritu y bajo su influjo santificador. Otro tanto ocurre en sus discípulos: los presbíteros reciben el Espíritu «como don y llamada a la santificación en el cumplimiento de la misión y a través de ella» (*ibid.*). Existe por ello una relación íntima entre la vida espiritual del presbítero y el ejercicio de su ministerio, porque éste «expresa y revive su caridad pastoral» (*ibid.*).

Mucho se ha avanzado, en este sentido, en los últimos tiempos, en favor de una espiritualidad sacerdotal que sepa integrar y, más precisamente, *nacer* de la misma vida ministerial. Inquietud que vemos ya presente en los debates conciliares que llevaron a *Presbyterorum Ordinis*, cuando el cardenal Léger, insatisfecho con uno de los esquemas preparatorios, formulaba la siguiente advertencia: «Se llega a pintar el ministerio de los sacerdotes como una fuente de peligros. Y parece proponerse una santidad al margen de su acción, como si por un lado debieran trabajar y por otro ser santos. Y así es como [se] deja sin describir la santidad «propia» de los sacerdotes»¹⁸. Y, por eso, reclamaba: «¡No se separe la santidad de los sacerdotes de su ministerio! [...] Y sobre este eje constrúyase todo lo demás: ¿Cuáles son las virtudes propias del sacerdote? Las virtudes del buen Pastor. [...] ¿Cómo han de vivir los sacerdotes los consejos evangélicos? Como lo pide su ministerio. [...] ¿Y sus medios de santificación? Los que su ministerio exige. [...] Sólo planteando así las cosas ofreceremos a los sacerdotes una santidad que no les haga hombres divididos»¹⁹.

No es posible, por tanto, abordar adecuadamente la espiritualidad del sacerdote prescindiendo de su vida ministerial, pues el presbítero es llamado (e impulsado por el Espíritu) a conformar su vida a las exigencias de su servicio pastoral. El ministerio es, así, el lugar donde se configura su modo característico de seguir al Señor y servir a los hermanos, su modo propio de vivir «la vida según el Espíritu»; es decir, su espiritualidad.

3.3.1.: Ungidos y enviados para anunciar a todos los hombres el Evangelio del Reino, los sacerdotes somos, ante todo, **ministros de la palabra**. Esto exigirá siempre de nosotros una doble fidelidad (cf. EN, 4): por una parte, estamos llamados a preservar el mensaje intacto y vivo, distinguiendo en su presentación lo esencial de lo mudable, para poder discernir lo que ha de ser cambiado, en orden a que permanezca en su frescura y autenticidad lo perenne del mismo. Pero evangelizar exige más que esto, ya que hemos recibido el mensaje en orden a *trasmitirlo*; por lo que uno ha de procurar también la fidelidad a las personas que son sus destinatarios: atender a su situación, a sus búsquedas, a sus necesidades, a su cultura, a su lenguaje -en el sentido más hondo del término-. Pues Dios ha hablado a los hombres *para ser escuchado*. Así, quien quiera ser fiel al mensaje, deberá ser fiel a los hombres, pues aquél nos es dado *para ser transmitido*. Y quien quiera ser fiel a los hombres, deberá ser fiel al mensaje: ellos *tienen derecho* a escuchar lo que Dios quiere decirles²⁰. De aquí que Juan Pablo II recuerde al sacerdote que «las palabras de su ministerio no son «suyas», sino de Aquel que lo ha enviado. El no es el dueño de esta Palabra: es su servidor. El no es el único poseedor de esta Palabra: es deudor ante el Pueblo de Dios» (PDV, 26).

Este ministerio supondrá en el sacerdote una gran familiaridad con la Palabra de Dios, en orden a que acercándose a ella con corazón orante y disponible, «penetre a fondo en sus pensamientos y sentimientos y engendre dentro de sí una mentalidad nueva: «la mente de Cristo» (1 Cor 2,16), de modo que sus palabras, sus opciones y sus actitudes sean cada vez más una transparencia, un anuncio y un testimonio del Evangelio» (PDV, 26). «Alcánzanos del Padre celestial -reza Juan Pablo II- los guías espirituales que necesitan nuestras comunidades: verdaderos sacerdotes del Dios vivo que, *iluminados por tu palabra, sepan hablar de tí y enseñar a hablar contigo*»²¹.

La oración del sacerdote tiene ciertos rasgos que le son propios, tanto por la peculiar situación existencial a la que es introducido por el ministerio, como por las condiciones concretas en las que habitualmente tiene lugar su vida de oración.

Por una parte, la oración del sacerdote suele estar *atravesada* por la vida que le da marco. Esto afecta la oración misma «desde dentro», confiriéndole una manera propia, a partir no sólo del *ser* sacerdotal, sino de la «huella» dejada en el alma por *el ejercicio del ministerio*, esto es, por el trato con la gente, por los dolores que van produciendo en nuestro corazón las heridas de los otros, por tantas miradas en busca de descanso, por los sentimientos que van anudando la historia de los demás a la nuestra propia, haciendo que desde allí, *desde todo eso* miremos a Dios en nuestra oración; desde un corazón que lleva en sí la vida de muchos otros. Vamos a la oración sintiendo -si no es osado decirlo así- *nuestros miembros...* (cf. 1 Cor 12, 27). ¿Acaso el tiempo no va haciendo que -a imagen de la experiencia que Cristo, por su encarnación, tiene en relación con la Iglesia- uno vaya sintiendo a la comunidad como «hueso de sus huesos y carne de su carne» (cf. Gn 2,23)? Del mismo modo que uno lleva a la oración su cuerpo, sin tener por ello, necesariamente, conciencia actual al respecto, así también podríamos decir que uno va a la oración *con sus miembros*, aunque no piense ni repare en ello.

En muchas oportunidades, además, nuestra oración de pastores recibirá la marca de situaciones o experiencias por las que estamos atravesando junto a nuestra comunidad: bajo circunstancias de particular fecundidad y gozo que nos alegramos de compartir con el Señor («... movido por el Espíritu, se estremeció de alegría y dijo: Te alabo, Padre...» Lc 10,21), cuando aparecen momentos de cruz que es preciso saber sobrellevar («Hijos míos, por quienes estoy sufriendo nuevamente los dolores del parto...» Gal 4,19), o momentos de oscuridad en los que estamos invadidos por la perplejidad («no se haga mi voluntad...» Mt 26,40) o nos sentimos consolados por la certeza de la cercanía del Padre («El que me envió está conmigo y no me ha dejado solo...» Jn 8,29); también cuando sólo nos es clara nuestra impotencia («El mismo Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, porque no sabemos orar como es debido; pero el Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables» Rm 8,26).

Por otra parte, la vida de oración de un sacerdote no cuenta con la estructura y ritmo de la vida del monje, donde la posibilidad de disponer siempre del tiempo necesario para rezar está asegurada y protegida por un ordenamiento de horarios inamovibles. En la agitación propia del ministerio sacerdotal, el equilibrio de la vida espiritual se alcanza más bien de modo *dinámico*: no es el equilibrio de quien se ha situado sobre una roca, sino más bien del que camina o está de pie sobre una barca: allí el equilibrio ha de estar conquistándose constantemente... Así también, en la vida espiritual del presbítero, el equilibrio no es algo que se encuentre *dado* por el ritmo de vida al que su ministerio le obliga, sino algo que habrá de ser *conquistado* una y otra vez, de manera renovada.

En este sentido, la vida del Seminario, puede dar lugar a un cierto engaño. Porque en cuanto a las facilidades que ofrece para la oración, se parece más a la vida del monasterio que a la vida sacerdotal. Por eso, no obstante el valor de iniciación que la estructura del Seminario tiene para la vida espiritual de los seminaristas, no será allí donde en definitiva *fragüe* su vida de oración, sino más bien *fuera de él*, esto es, durante las vacaciones, las experiencias de misión, las prácticas pastorales del fin de semana, en la visita a sus familias, y, muy particularmente -donde existe-, en la experiencia de un año en parroquia. Allí se verá si, con realismo, encontrando dificultades similares a las que habrá de enfrentar en el futuro ministerio, el seminarista madura su perseverancia en la búsqueda de Dios. Porque, como reflexionaba un joven sacerdote, «del Seminario, estructura relativamente organizada, fuimos los presbíteros lanzados al ministerio [...] y tuvimos que habérnosla de repente con nuestra propia libertad. La estructuración de la mayor parte de nuestro día y de nuestra vida pasó a depender casi exclusivamente de nosotros mismos y del peso de nuestra conciencia frente a Dios»²².

Por todo ello, podemos decir que el Seminario, en este sentido, es *un buen vivero*: toca allí ir desarrollando las raíces; pero la verdad se pondrá de manifiesto cuando el árbol, fuera de él, quede a la intemperie, sin nada que lo proteja ya.

3.3.2.- «Es sobre todo en **la celebración de los Sacramentos**, y en la celebración de la Liturgia de las Horas, donde el sacerdote está llamado a vivir y testimoniar la unidad profunda entre el ejercicio de su ministerio y su vida espiritual» (PDV, 26)

Podemos observar, sin embargo, que en la vida y el ministerio de los presbíteros, existe a menudo el riesgo de vivir la Liturgia como *algo que se hace* y no tanto como algo que se *celebra*, y donde se *hace* y alimenta *la propia vida*...

Se trata entonces de descubrir la Liturgia como «lugar espiritual» de la vida sacerdotal (en un sentido análogo al del «lugar teológico», es decir, donde se *hace* la vida espiritual). Para ello es necesaria una iniciación tal a la vida litúrgica, que permita a los futuros sacerdotes «una inserción vital en el misterio pascual de Jesucristo muerto y resucitado, presente y operante en los sacramentos de la Iglesia» (PDV, 48a).

Si bien la vida litúrgica «tiene su momento culminante en las celebraciones, [...] *se prepara* por la formación, iniciación e interiorización previa y *se amplía* en la profundización y desarrollo posterior a la celebración»²³.

El lugar verdaderamente central, tanto del ministerio como de la vida espiritual del sacerdote, es **la Eucaristía** (cf. PDV, 26). Mediante la ordenación, «nosotros estamos unidos de manera singular y excepcional a la Eucaristía. Somos, en cierto sentido, «por ella» y «para ella»²⁴. Y para que nuestro sacerdocio sea creíble, es preciso que entremos con nuestra vida en el camino de la Eucaristía que celebramos: darse en sacrificio por los demás, para el perdón de sus pecados, como alimento de vida nueva.

Jesucristo se presentó a los suyos como Vida. Él vino a *dar vida*, para que la tuviéramos en abundancia (cf. Jn 10,10). Lo que los suyos no pudieron prever fue que para que esto sucediera él debía *dar la vida*. En la Eucaristía se reflejan (y realizan) perfectamente estas dos dimensiones: Allí Cristo nos revela que, al dar la vida *por* nosotros, él nos da la vida *a* nosotros. Este doble aspecto de sacrificio y comida que el misterio eucarístico extrae del misterio de Cristo, está llamado a reflejarse (y realizarse), también, en nuestra vida sacerdotal. Dar la vida («me gastaré y me desgastaré...» 2 Cor 12,15) para que los hombres tengan Vida. Sólo así llegaremos a ser, también, *sacramento*. Es la cruz la

única levadura capaz de hacernos alimento (pan) para la vida de nuestros hermanos. Quizá por ello Jesús no se dio a sí mismo como alimento, sino entrando ya en el drama de su Pasión («Sabido Jesús que le había llegado la hora...» Jn 13,1).

Vivir *una vida eucarística* conduce, pues, a ser configurado a Cristo tal como se nos manifiesta en dicho misterio, participando de su oblación al Padre y de su ofrecimiento a los hombres como pan *nuevo*. «Cuando el presbítero se abre a los demás con comprensión y misericordia, evitando las tentaciones de la insensibilidad y la indiferencia, verifica en su propia humanidad el misterio de Cristo que es *sacerdote y víctima* a la vez. Sólo una personalidad dura o endurecida, impermeable por la autodefensa y la negación de su inseguridad, cree que puede salir ilesa de tal embate cotidiano. [...] El mismo deterioro humano del sacerdote expresa el peso de quien soporta muchas vidas y contiene muchos corazones. Su mismo llanto -normalmente solitario- expresa la impotencia del hombre que debe representar al Todopoderoso en la paradoja de la debilidad. La sicología aparentemente floja de muchos es el precio de un ministerio más solidario con un pueblo sufriente, que supera la lejanía y la frialdad para compartir con cercanía y calidez. No se trata de pasar de un hombre seguro e intocable a otro perplejo y frágil sino del misterio de un ser que, siendo débil, sea capaz de fortalecer, y siendo pecador, sea capaz de perdonar, por el poder de Cristo. Esta experiencia permanente de todo presbítero es y debe ser fuente de espiritualidad. La cruz sacerdotal contiene y sintetiza miles de cruces, llevando a participar del misterio cristológico de la *sustitución*. [...] En la Eucaristía el ministro celebra el sacrificio de Cristo incorporando la historia crucificada del Pueblo de Dios. Al decir en primera persona la palabra sacramental *Esto es mi Cuerpo* sabe -saborea y sufre- que de un modo u otro va a expresar en su propia humanidad doliente tanto dolor visto y tanto pecado escuchado. [...] Al presbítero le corresponde de un modo peculiar actualizar la Eucaristía colaborando en la salvación no sólo con palabras y obras, sino también bebiendo el cáliz del propio sufrimiento y dándose como pan a ser comido por su pueblo»²⁵.

Quedan así expresados los rasgos sacerdotales de *una existencia eucarística* en la que todos los presbíteros estamos ineludiblemente llamados a madurar a lo largo de nuestra vida sacerdotal. Pero ésta comienza a prepararse y, de algún modo, a vivirse, ya en el Seminario. Por eso el Papa, al referirse a la Eucaristía, señala «con gran sencillez y buscando la máxima concreción», que «es necesario que los seminaristas participen *diariamente* en la celebración eucarística, de forma que luego tomen como regla de su vida sacerdotal la celebración diaria. Además -dice-, han de ser educados a considerar la celebración eucarística como *el momento esencial de su jornada*, al que participarán activamente, sin contentarse nunca con una asistencia meramente habitual» (PDV, 48).

Por último, conviene recordar el lugar que le cabe al **sacramento de la reconciliación** en la vida espiritual del presbítero. Tanto cuando lo administra como cuando recurre a él para celebrarlo como penitente.

En el primer caso, nos recuerda Juan Pablo II que «el ministerio de la reconciliación es sin duda el más difícil y el más delicado, el más agotador y el más exigente, sobre todo cuando los sacerdotes son pocos»²⁶. Pero -añade- «estad siempre seguros, queridos hermanos sacerdotes, que el ministerio de la misericordia es uno de los más hermosos y consoladores»²⁷. «Conozco vuestras dificultades; tenéis que cumplir muchas tareas pastorales y os falta siempre el tiempo. Pero cada cristiano tiene un derecho, sí, un derecho al encuentro personal con Cristo crucificado que perdona. Y como he dicho en mi primera encíclica, «es al mismo tiempo un derecho de Cristo mismo hacia cada hombre redimido

por Él» (*Redemptor hominis*, 20)»²⁸. Difícilmente podríamos, por lo demás, predicar con coherencia el Evangelio de la misericordia, si no estamos disponibles para dispensarla en el sacramento.

En cuanto a la confesión personal del sacerdote, dice el Papa: «La vida espiritual y pastoral del sacerdote, como la de sus hermanos laicos y religiosos, depende, para su calidad y fervor, de la asidua y consciente práctica personal del Sacramento de la Penitencia. [...] Toda la existencia sacerdotal sufre un inevitable decaimiento, si le falta, por negligencia o cualquier otro motivo, el recurso periódico e inspirado en una auténtica fe y devoción al Sacramento de la Penitencia. En un sacerdote que no se confesase o se confesase mal, su ser como sacerdote y su ministerio se resentirían muy pronto, y se daría cuenta también la Comunidad de la que es Pastor»²⁹. Por eso el Papa invita a redescubrir, en la formación espiritual de los seminaristas, *la belleza y la alegría del Sacramento de la Penitencia*, en medio de una cultura «en la que, con nuevas y sutiles formas de autojustificación, se corre el riesgo de perder el «sentido del pecado» y, en consecuencia, la alegría consoladora del perdón y del encuentro con Dios «rico en misericordia»» (PDV, 48).

Unido a esto, es preciso redescubrir el significado de la ascesis, de la disciplina interior, del espíritu de sacrificio y de renuncia, y de la aceptación de la fatiga y de la cruz, que «con frecuencia se presentan particularmente difíciles para muchos candidatos al sacerdocio [...] dentro de la actual cultura imbuida de secularismo, codicia y hedonismo» (*ibid.*): La madurez afectiva supone no sólo el desarrollo armónico del «concupiscible» sino también del «irascible». En los muchachos de hoy no es difícil encontrar una cierta **atrofia de la agresividad**, entendida como capacidad para enfrentar lo arduo, para resistir frente a lo adverso, para asumir la renuncia y el sacrificio; esto, propiciado por esa cultura consumista a la que el Papa alude, que invita a evitar todo lo que resulte incómodo, exigente, sacrificado. Todo lo que no lleve, de manera actual, a *sentirse bien*. Pero todo amor bien vivido requiere un desarrollo importante del irascible, pide un compromiso de la agresividad en favor de aquello que se ama.

Me pregunto cuántas crisis sacerdotales no tienen quizá su origen más en la falta de agresividad que en problemas afectivo-sexuales -que a veces no son sino derivados de aquélla-...

Optatam Totius pide que quienes se preparan para la vida sacerdotal se habitúen «a dominar bien el propio carácter», y que se formen «en la reciedumbre de espíritu» (n. 11). Pues bien, hay jóvenes que no son constantes, perseverantes, que se presentan lábiles y carentes de entereza, quizá *porque nadie les ayudó a desarrollar la agresividad*. Y la vida sacerdotal les pedirá fortaleza: estar al frente de una comunidad exige reciedumbre, capacidad para afrontar los conflictos, para resistir los temporales, para sobrellevar los malos momentos, para asimilar sin resentimiento las contradicciones y desengaños a que dará lugar la vida eclesial, consistencia interior -en definitiva- en orden a no *quebrarse*³⁰. Es sumamente importante el desafío que la formación ha de enfrentar, en este sentido, en nuestros días.

3.3.3.- El sacerdote está llamado, finalmente, a **ser pastor**. Esto significa revivir la autoridad y el servicio de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia, animando, acompañando y guiando la comunidad eclesial. Se trata de «una misión muy delicada y compleja, que incluye, además de la atención a cada una de las personas y a las diversas vocaciones, la

capacidad de coordinar todos los dones y carismas que el Espíritu suscita en la comunidad, examinándolos y valorándolos para la edificación de la Iglesia, siempre en unión con los Obispos. Se trata de un ministerio que pide al sacerdote una vida espiritual intensa, rica de aquellas cualidades y virtudes que son típicas de la persona que preside y «guía» una comunidad; del «anciano» en el sentido más noble y rico de la palabra» (PDV, 26)³¹.

Podríamos señalar un rasgo específico de la vida y espiritualidad del sacerdote diocesano secular, en el hecho de contribuir de manera peculiar al desarrollo de la evangelización no tanto al llevar adelante una *pastoral de grupos* (como es más frecuente entre los religiosos o en los sacerdotes de los movimientos) sino siendo un *pastor de comunidad*.

Esto significa, en su quehacer pastoral, estar siempre *asomado* -por encima de cada grupo o persona- a la vida de la comunidad, para velar por ella y vivir para ella. Como una madre que, a la vez que conoce y atiende a lo que cada hijo vive, *piensa la familia*, percibe su pulso, lo que se vive entre todos, reparando en *el aire que se respira*, auscultando, promoviendo y preservando esa suerte de espacio espiritual que define, por encima de los lazos de sangre, la vida familiar. Se trata, entonces, a su imagen, de que el cura diocesano sepa *pensar la comunidad*: cómo está, qué momento está atravesando, hacia dónde va, de qué modo contenerla, qué es oportuno predicar, por qué inmadureces evangélicas o flaquezas está pasando, etc. De todo esto, San Pablo nos deja testimonios preciosos, conmovedores, luminosos. ¡Qué bien está expresada en Pablo la peculiar *psicología de pastor* del cura diocesano! Uno se imagina su vida *pensando* cada comunidad, la de Corinto, la de Efeso, la de Tesalónica, etc., lo cual puede verse en cada una de sus cartas: consideremos que él quería presentarles a todos, sin distinción, *la misma Buena Noticia* y, sin embargo, ¡a cada comunidad le escribe cosas distintas...! Junto a contenidos comunes -imprescindibles para que todos recibieran la misma fe-, hay un sinnúmero de recomendaciones que señalan que, al escribirles, *se situaba* en cada comunidad, para decirle *lo que cada una necesitaba recibir* y no lo último que él estaba entusiasmado en comunicar. Así debiéramos preparar nuestras predicaciones...

Esta actitud o, mejor, esta «psicología» es determinante en nuestro ministerio, porque señala sobre quién está centrada y orientada nuestra acción pastoral: si sobre nosotros mismos o sobre la comunidad, si sobre nuestras propias necesidades (o las de *algunos*) o sobre las de la comunidad en su conjunto, pensada y amada como *nuestra esposa*.

En Pablo, por otra parte, se ve claro que la vida pastoral entendida o vivida como un *hacer cosas*, es muy distinta de cuando la experimentamos como un *llevar en uno* la vida de la gente (a modo de «cuerpo místico» del que nosotros somos la «cabeza»), resonando en nosotros todo lo bueno, lo malo, lo gozoso y lo doloroso, la gracia y el pecado de su existencia cotidiana. Acompañando para iluminar desde la fe, para com-padecer, para com-partir y con-vivir. El testimonio de Pablo, en este sentido, dista mucho de un mero *ir a hacer*, en el que *la vida* de uno pasara por un lado, y la «actividad pastoral» o *función* por otro.

Cabe agregar, finalmente, que el vivir entre la gente incluso físicamente, a través de una inserción real y efectiva, pareciera que realiza más perfectamente -si consideramos lo que contiene esta imagen- nuestra vocación de *pastores*.

Hay que evitar pensar, por todo lo expuesto, que mientras ejercemos el ministerio vivimos como de algo adquirido fuera de él, consumiendo energías espirituales almacenadas durante nuestros momentos de recogimiento y soledad. Este concepto

responde a una visión reduccionista de la vida espiritual que es necesario superar. Si no, correríamos el riesgo de acabar pensando que ella se constituye exclusivamente sobre las «huídas» a la soledad -por lo demás, siempre necesarias-.

Vemos, por el contrario, cómo *la vida espiritual* del sacerdote no encuentra su fuente al margen de su fatiga pastoral sino que, por el contrario, se va vertebrando y ha de madurar en contacto y a través del ejercicio mismo de *su ministerio*.

3.4.- Existencia sacerdotal y radicalismo evangélico: Si para todos los cristianos el radicalismo evangélico es una exigencia irrenunciable que brota de la llamada de Cristo a seguirlo, el sacerdote ha de vivir esa expresión privilegiada del radicalismo que son los consejos de obediencia, castidad y pobreza, según el estilo y el significado original que nacen de su identidad propia y que la caridad pastoral expresa (cf. PDV, 27).

3.4.1.- «Entre las virtudes que mayormente se requieren para el ministerio de los presbíteros hay que contar aquella disposición de ánimo por la que están siempre prontos a buscar no su propia voluntad, sino la voluntad de Aquel que los ha enviado» (PO, 15). Según PDV, **la obediencia** presenta, en la vida espiritual del sacerdote, ciertas características particulares: es «apostólica» -por ser relativa al Sumo Pontífice, al Colegio Episcopal, y particularmente al Obispo diocesano-, «comunitaria» -por ser relativa a la comunión con el presbiterio-, y posee «carácter de pastoralidad» -por ser relativa a la disponibilidad frente a las necesidades de la grey-. La dimensión *apostólica* de la obediencia nace «de la libertad responsable del presbítero que acoge no sólo las exigencias de una vida eclesial orgánica y organizada, sino también aquella gracia de discernimiento y de responsabilidad en las decisiones eclesiales, que Jesús ha garantizado a sus apóstoles y a sus sucesores, para que sea guardado fielmente el misterio de la Iglesia...» (PDV, 27). La dimensión *comunitaria* exige del sacerdote «una gran ascesis, tanto en el sentido de capacidad a no dejarse atar demasiado a las propias preferencias o a los propios puntos de vista, como en el sentido de permitir a los hermanos que puedan desarrollar sus talentos y sus aptitudes, más allá de todo celo, envidia o rivalidad» (*ibid.*). Y el carácter de *pastoralidad* de la obediencia se vive en un clima de constante disponibilidad a dejarse absorber, y casi «devorar», por las necesidades y exigencias de la grey» (*ibid.*).

Quisiera decir que echo de menos, en PDV, algún tipo de referencia al *diálogo*. En este sentido, el Vaticano II (cf. PO 15) era más explícito. Y el ejercicio de la obediencia que no está acompañado por el diálogo, fácilmente deriva hacia el servilismo -cosa que el Papa expresamente señala como riesgo-, o hacia la doblez. Se trata de entender el diálogo no como algo opuesto a la obediencia sino al servicio de la misma: al servicio de que tanto quien ejerce la autoridad como quien es destinatario de ella puedan ayudarse mutuamente a encontrar los caminos de Dios y a obedecer su voluntad. La autosuficiencia, tanto de un lado como del otro, puede hacer estéril el servicio que el diálogo está llamado a ofrecer a la obediencia, llevándonos a pensar que ésta es incompatible con aquél, o viceversa. Al respecto, es importante lo que el Cardenal Pío Laghi, expresaba a los obispos encargados de Seminarios y Vocaciones del CELAM, en Bogotá, a fines de 1992, al señalar que «la propuesta del diálogo formadores-formandos por la cercanía mutua y el acompañamiento fraternal y amistoso pone la base segura para una espiritualidad de una obediencia que sea activa y entregada, y para un arte del mando que sea respetuoso de los valores profundos de la persona y contemporáneamente de las inderogables exigencias de la disciplina. Por eso, la pedagogía de la obediencia de hoy varía considerablemente de la del pasado que era

simple y marcada imposición autoritaria, y se fundamenta en el diálogo respetuoso y motivador, pero presupone la sincera voluntad en el formando de hacer la voluntad de Dios tal cual se manifiesta en el mandato de la legítima autoridad, sin desconfianzas y sin el horizontalismo que sugiere la mera racionalidad»³².

Es importante hacer notar que -como lo señalaba el card. Garrone, siendo Prefecto de la Congregación para la Educación Católica- «han podido producirse confusiones y contaminaciones, y por ello la obediencia en los Seminarios ha tomado algunas de las características de la obediencia propiamente «religiosa», con sus exigencias específicas, pero sin los medios sobrenaturales correspondientes, y de ahí el malestar y las dificultades innecesarias»³³. De aquí que Garrone, en busca de clarificar los principios fundamentales sobre los que se apoya una doctrina de la obediencia, afirme: 1º) No hay obediencia posible si no dice relación a Dios: toda obediencia, si es cristiana, ha de dirigirse finalmente a Dios y a su voluntad. «Esta es la razón de porqué se encuentra en el Evangelio y en la vida de los Santos, cargada de un extraordinario potencial espiritual. [...] En la medida en que tal obediencia es real, tiene el gusto de Dios, da el gusto de Dios y, creciendo en profundidad, profundiza en ese mismo gusto divino»³⁴. 2º) «No existe autoridad alguna sino en dependencia de Dios. Solamente Dios puede exigir la obediencia a una conciencia humana. Nadie tiene derecho sobre la conciencia de otro. [...] Jamás estamos subordinados a otra persona, sino solamente a Dios a través de otro. Si el que ejerce la autoridad no tiene conciencia de esto, falsifica todo». Con todo, «afirmar que en último término es a Dios a quien se obedece, no quiere decir que se esté dispensado de obedecer a aquellos puestos por él para hablarnos en su nombre, pero, sobre todo y ante todo, éstos deben saber que están encargados de unir las almas a Dios y no de separarlas de Él». En este sentido, «el que no siente la dependencia de Dios en la autoridad que ejerce, es incapaz de ejercerla. Y, ciertamente, es más difícil obedecer a través del ejercicio del mandato que someterse al mandato, pues los peligros interiores acechan más en el primer caso. El que obedece debe caer en la cuenta de que el que manda obedece más que él»³⁵. 3º) La autoridad no existe sino en la medida en que Dios organiza a los hombres entre sí, y «quiere pasar a través de unos lo que debe llegar a los otros». Cuando los que detentan autoridad se preguntan qué es lo que Dios quiere de la comunidad a ellos encomendada, entonces empiezan a ver claro y a comprender lo que deben exigir a los otros. La norma de la autoridad es el deseo de buscar el bien común y el de conseguir que sea buscado por todos. Cuando la autoridad intenta exigir algo que no es el bien común, se convierte en abuso de poder. Por eso, es necesario que este bien común se exprese claramente y por encima de toda discusión: entonces la autoridad recobra todo su sentido y descubre su verdad y su única razón de ser»³⁶. 4º) La obediencia debe ser humana. La voluntad que tiene que responder al querer de Dios es una voluntad de hombre. Por consiguiente, una voluntad con toda la lucidez que supone un acto voluntario iluminado por la inteligencia. Se llega a proponer la obediencia «ciega» como un ápice de la perfección. Habría que decir, por el contrario, que aquí hay, de alguna manera, una contradicción. Esto va contra el honor de Dios que no ha creado a los hombres racionales para que después obedezcan como irracionales. Es necesario que el superior sea capaz, en la medida de lo posible, de decir el porqué de lo que manda. Y, en todo caso, al menos siempre será necesario que él lo sepa perfectamente y que permita a los otros discernirlo, de manera que, si no da sus razones, los demás estén bien seguros de que las tiene, y seguros igualmente de la finalidad que las inspira»³⁷.

Ejercer bien la autoridad es, indudablemente, un difícil arte, y no debemos pensar que lo poseemos, sin más, por el solo hecho de ver claro las deficiencias que otros tienen a la hora de mandar... Hay que pedir la gracia de *aprender a hacerlo*, antes de dar por descontado que, en el ejercicio del ministerio, lo hacemos bien.

La obediencia, por su parte, siempre ha sido difícil, y lo seguirá siendo (cf. Hb 5,8). En la obediencia «probamos todo aquello que nuestra humanidad presenta de ingrato y doloroso. Pero es, al mismo tiempo, el punto donde se opera más profunda y realmente nuestro encuentro con Dios. El que se esfuerza en practicar esta virtud, obedeciendo a un humilde intermediario, llega a Dios. Y esto hace patente, por otra parte, la responsabilidad de esos intermediarios: deben dejar al descubierto el manantial, y no utilizarle para su propio provecho, reduciendo así la obediencia a lo que tiene de doloroso, y privando a los demás de gustar ese manantial»³⁸.

3.4.2.- Reafirma el Papa, en PDV, «la decisión multiseccular que la Iglesia de Occidente tomó y sigue manteniendo -a pesar de todas las dificultades y objeciones surgidas a través de los siglos-, de conferir el orden presbiteral sólo a hombres que den pruebas de ser llamados por Dios al don de la castidad en **el celibato** absoluto y perpetuo» (PDV, 29). Por eso ha de dedicarse «una atención particular a preparar al futuro sacerdote para conocer, *estimar, amar y vivir el celibato en su verdadera naturaleza*» (PDV, 50). Y no ha de ser considerado simplemente como «una norma jurídica, ni como una condición totalmente extrínseca para ser admitidos a la ordenación, sino como un valor profundamente ligado con la sagrada Ordenación, que configura a Jesucristo buen Pastor y Esposo de la Iglesia» (*ibid.*). Afirma igualmente que «este carisma del Espíritu lleva consigo también la gracia para que el que lo recibe permanezca fiel durante toda su vida» (*ibid.*), recordándonos que «será la oración, unida a los sacramentos de la Iglesia y al esfuerzo ascético, los que infundan esperanza en las dificultades, perdón en las faltas, confianza y ánimo en el volver a comenzar» (n.29).

A la luz de lo que PDV pretende, habrá que preguntarse si en los Seminarios acompañamos adecuadamente la formación en el celibato. Pues para ser bien vivido, éste supone toda una elaboración a lo largo del proceso formativo, es decir, un «aprender a vivir como célibe» -lo cual no ha de ser confundido sin más con el hecho de ser casto, pues si bien el celibato supone castidad, no necesariamente la castidad asegura el saber vivir como célibe por el Reino-. El Seminario puede terminar dejando claro lo que uno *no* debe hacer -aspecto de la continencia-, pero no tanto cómo tiene uno que ir madurando el celibato para *vivirlo bien* -esto es, con alegría, sin *acidez*, de modo viril pero sin misoginias ni machismo, permitiéndonos delicadezas pero sin afectación ni amaneramientos, sin solterías ni búsqueda de compensaciones económicas, sin ensimismamientos ni egocentrismos, sabiendo amar y dejarse amar, etc.-. Y esto supone todo un proceso de elaboración afectiva e integración espiritual que es preciso saber acompañar. Porque un muchacho puede ya ser casto al ingresar al Seminario, pero tiene que *hacerse* célibe, siendo la maduración en el celibato una dimensión integrante de su maduración vocacional. Y aquello en vistas de lo cual esta maduración ha de realizarse, no es otra cosa que la caridad pastoral.

Por lo pronto, hay que aprender a *querer bien* a la mujer. Sobre todo si caemos en la cuenta de que la mayor parte de nuestro ministerio se desarrolla entre mujeres. Es preciso aprender a *caminar junto a la mujer* sin llevar a una reducción erótica nuestras relaciones con ella. Esto último se pone de manifiesto en la visión y abordaje *genitalizados* del otro (que dispone por igual a un juego de conquista sexual, o a la retracción o endurecimiento de

la actitud), así como también en la búsqueda sutil de *poseer* afectivamente al otro o de seducirlo.

Evidentemente, porque estos elementos son parte integrante de toda relación varón-mujer, sería ingenuo (e ineficaz) pretender ignorarlos o suprimirlos. En quien madura afectivamente, todos ellos buscan su lugar y su servicio respecto del amor, siendo *con* estas tendencias -no siempre dóciles-, y no *a pesar de* ellas, como se camina hacia la madurez del corazón.

Esta manera de situarse frente a la mujer no ha de ser, sin embargo, presupuesta ingenuamente como algo *dado*, sin más. Es, por el contrario, fruto de todo un *cultivo* que implica tiempo, «riegos», cuidados, «tormentas» y «podas». Porque «las justas y sanas relaciones con la mujer no se improvisan, sino que se entablan a través de una larga y delicada educación»³⁹. De aquí que se diga que para establecer -el seminarista o el sacerdote- una relación de amistad con la mujer, sean necesarios «una perspicaz atención y un equilibrio no común». Porque «es muy difícil conocer, desde un principio, el carácter de las relaciones, juzgando quizá espiritual lo que no lo es; y luego, aun en la hipótesis de una gran rectitud de intención, hay que tener en cuenta la fuerza idealizadora de las relaciones afectivas, que induce a despreciar y a ignorar los peligros reales que dichas relaciones envuelven. En efecto, el amor sensible, por su naturaleza ambivalente, fácilmente inclina a la concupiscencia, con el peligro de comprometer el pleno desarrollo de la persona, que, en cambio, debería favorecer. [...] En este campo, un justo realismo llevará a tener presente que la naturaleza engaña fácilmente, haciendo creer necesarias ciertas relaciones, y coloreando con motivaciones sobrenaturales lo que solamente es instinto de la naturaleza»⁴⁰.

Por ello, para llegar a vivir *bien* la amistad con una mujer será preciso que se den ciertas condiciones: que lo que anime esta relación sea un movimiento de recíproca *donación* -manifestado en la libertad con que se vive el vínculo- y no de *necesidad* -habitualmente expresada en la dependencia o el deseo de posesión del otro-. Esto implica, pues, de las dos partes, personalidades maduras e integradas (pues la inmadurez del comportamiento de uno puede acabar desestabilizando la quizá frágil madurez del otro): Que cada uno pueda amarse adecuadamente a sí mismo, que ame auténticamente aquello a lo que está llamado, y que sepa, también, reconocer sin engañarse la evolución de sus propios sentimientos, advirtiendo, asimismo, lo que uno pueda estar produciendo en el otro (pues no basta, en este sentido, experimentar que uno tiene lo propio bajo control; hemos de tener en cuenta, aquí, entre otras cosas, que la sensibilidad del varón es diferente a la sensibilidad de la mujer). Y que haya conciencia de que los límites, en la relación, nunca están definitivamente establecidos ni, mucho menos, resueltos. Por eso, existirá siempre *la tarea* de velar por el equilibrio, y la necesidad de constante discernimiento para custodiar -o recuperar- el mismo.

Finalmente, por tratarse de la maduración afectiva *del sacerdote* -o del que se prepara a serlo-, el cultivo del celibato no ha de concebirse como una empresa aislada, sino -insistimos- en el marco y como *parte del proceso de maduración vocacional*. Pues lo propio del corazón célibe no consiste en *poder vivir sin mujer*: sería perverso definirlo por *lo que no ha de amar...* Aquello que caracteriza el corazón del célibe no es la simple represión de ciertos afectos, sino, positivamente, *una nueva manera de amar*, que se configura y consolida por el trato que aquél tiene con Dios y con su pueblo *desde* su vocación pastoral.

Por ello, también al célibe pueden aplicarse las palabras del Génesis: «No es bueno que el hombre esté solo» (2,18): «el sacerdote está llamado a ser imagen viva de Jesucristo Esposo de la Iglesia» (PDV, 22). Por ello, podemos afirmar que no es posible vivir bien el celibato, si uno no *se casa*... De este modo, nos relacionaremos con la mujer como *célibes*, y no como solteros.

Es, pues, en el marco de la *maduración del afecto* como *caridad pastoral*, donde la mujer adquiere un nuevo significado en relación a nosotros. Y desde aquí se hace posible (y necesario) que tenga un lugar en el proceso de nuestra maduración afectiva⁴¹.

3.4.3.- Al atribuirle a **la pobreza** del sacerdote connotaciones «pastorales» bien precisas, señala PDV que «sólo la pobreza asegura al sacerdote su disponibilidad a ser enviado allí donde su trabajo sea más útil y urgente, aunque comporte sacrificio personal», y lo prepara «para estar al lado de los más débiles, para hacerse solidario con sus esfuerzos por una sociedad más justa, para ser más sensible y más capaz de comprensión y de discernimiento de los fenómenos relativos a los aspectos económicos y sociales de la vida, para promover la opción preferencial por los pobres, ésta, sin excluir a nadie del anuncio y del don de la salvación, sabe inclinarse ante los pequeños, ante los pecadores, ante los marginados de cualquier clase, según el modelo ofrecido por Jesús...» (n.30). Se nota aquí, en relación con lo que el Vaticano II expresaba respecto de la pobreza en la vida de los sacerdotes, la incorporación de una dimensión nueva, que se agrega a la exigencia evangélica de pobreza *personal*, y que es -relativa ya a su misma caridad pastoral-, *la opción preferencial por los pobres*: ya no se habla sólo de la relación que el sacerdote ha de tener con los bienes materiales en el ejercicio de su ministerio, sino del lugar que los pobres han de ocupar en su corazón de pastor. Se reclama, por otra parte, transparencia en la administración de los bienes, una distribución más justa de los mismos en el presbiterio -así como un cierto uso en común-, y se recuerda el significado profético que posee la pobreza sacerdotal para nuestro tiempo (cf. *ibid.*).

Es importante advertir que «el proceso de conversión hacia los pobres de la Iglesia latinoamericana es, sin duda alguna, la experiencia más sensible de la acción del Espíritu Santo en nuestro medio. Después de tantos años de alineamiento de la Iglesia con el poder, se va operando, por la acción del Espíritu, una verdadera conversión, una mudanza de ubicación social que va llevando a nuestra Iglesia al espíritu del Evangelio. [...] Trátase, por lo tanto, y sin sombra de duda, de una inmensa ola levantada por el Espíritu, cuya acción consiste fundamentalmente en configurarnos siempre cada vez más con Jesucristo, con sus preferencias, sus valores, sus actitudes y sus criterios para juzgar la realidad.»⁴². Con todo, también hemos de tener en cuenta que, como señalaban los obispos en Puebla, «no todos en la Iglesia de América Latina nos hemos comprometido suficientemente con los pobres; no siempre nos preocupamos por ellos y somos solidarios con ellos. Su servicio exige, en efecto, una conversión y purificación constantes, en todos los cristianos, para el logro de una identificación cada día más plena con Cristo pobre y con los pobres» (DP, 1140). Porque «el hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros; cree más en la experiencia que en la doctrina, en la vida y los hechos que en las teorías. [...] El testimonio evangélico al que el mundo es más sensible, es el de la atención a las personas y el de la caridad para con los pobres y los pequeños, con los que sufren. La gratuidad de esta actitud y de estas acciones, que contrastan profundamente con el egoísmo presente en el hombre, hace surgir unas preguntas precisas que orientan hacia Dios y el Evangelio»⁴³.

En relación a la pobreza personal a la que el presbítero está llamado, el reciente *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* nos ofrece sugestivas orientaciones: «Difícilmente el sacerdote podrá ser verdadero servidor y ministro de sus hermanos si está excesivamente preocupado por su comodidad y por un bienestar excesivo. [...] Recordando que el don que ha recibido es gratuito, ha de estar dispuesto a dar gratuitamente (Mt 10,8; Hch 8,18-25); y a emplear para el bien de la Iglesia y para obras de caridad todo lo que recibe por ejercer su oficio, después de haber satisfecho su honesto sustento y de haber cumplido los deberes del propio estado. El presbítero -si bien no asume la pobreza con una promesa pública- está obligado a llevar una vida sencilla; por tanto, se abstendrá de todo lo que huelga a vanidad; abrazará, pues, la pobreza voluntaria, con el fin de seguir a Jesucristo más de cerca. En todo (habitación, medios de transporte, vacaciones, etc.), el presbítero elimine todo tipo de afectación y de lujo» (n. 67).

Hemos de tener presente, en esto, que sin pobreza de espíritu, las diversas formas de pobreza exterior, aun las más radicales, pueden carecer de una verdadera motivación evangélica. Como que, a su vez, sin pobreza efectiva, la pobreza de espíritu es una ilusión. La pobreza evangélica «une la actitud de la apertura confiada a Dios con una vida sencilla, sobria y austera» (DP, 1149). Para ello, ha de estar animada por un gran acto de fe: no hay motivación humana que lleve a asumir tal opción de modo definitivo, y a vivirla bien. Sin experiencia de Dios, tanto la pobreza personal como la opción por los pobres se convierten en una nueva expresión de moralismo. Es asumir una «conducta» determinada y no una «vida nueva»... Y no olvidemos que en todos los moralismos hay, encubierto, un cierto pelagianismo. Un recto discernimiento evangélico ha de garantizar que la forma de pobreza que practicamos es la que Dios quiere para nosotros. Pues podemos apegarnos a nuestra definida forma de pobreza, haciendo de ella un plan propio. El discernimiento nos permite no quedar atados a ello, y estar disponibles ante nuevas formas de pobreza, sin instalarnos en ninguna. El mismo Cristo vivió la pobreza de esa manera: aceptó una forma de pobreza en Belén, otra en Nazaret, un nuevo estilo en su vida apostólica, y la pobreza radical de su pasión y su cruz⁴⁴.

Por lo demás, debemos reconocer que «el solo hecho de ser sacerdotes diocesanos configura en nosotros un «status» que nos marca ya desde un punto de vista cultural y socioeconómico. Incluso cuando optemos a nivel personal y comunitario por vivir entre los pobres, continuaremos siendo «privilegiados», a no ser que realicemos una ruptura radical. Pero éstos son carismas extraordinarios (Francisco de Asís, Charles de Foucauld...). Es preciso advertir esto, no para suscitar sentimientos de conformismo o tranquilidad, sino para motivar sentimientos de sano realismo que evitarán posiciones neuróticas de resentimiento y amargura que pronto se convierten en actitudes de «rico» y están en abierta contradicción con el evangelio»⁴⁵.

El camino espiritual que hemos de recorrer para integrar **los consejos evangélicos** en nuestra vida ha de ir siempre de lo teologal a lo moral. Tiene cortas raíces cuando el punto de partida está puesto en la sola decisión de nuestra voluntad, de vivir «algo» que vemos virtuoso, noble, heroico quizá. Cuando queremos ser pobres antes de haber encontrado en Jesús nuestro tesoro; cuando buscamos ser célibes antes de estar dispuestos a vivir «casados» para siempre con Dios y con su pueblo, dándole a Jesús nuestro corazón y nuestra vida; cuando nos decidimos a la obediencia sin estar plenamente convencidos de vivir haciendo la voluntad de Dios, y de que en ella estará «nuestro alimento»... No se

puede entrar por la puerta de salida, no se puede pretender la cosecha si no ha sido puesta la semilla.

3.5.- Dimensión eclesial de la espiritualidad sacerdotal: Subraya Juan Pablo II que, «como toda vida espiritual auténticamente cristiana, también la del sacerdote posee una *esencial e irrenunciable dimensión eclesial*». Es, pues, necesario que el sacerdote «tenga la conciencia de que su «estar en una Iglesia particular» constituye, por su propia naturaleza, un elemento calificativo para vivir una espiritualidad cristiana. Por ello, el presbítero encuentra, precisamente en su pertenencia y dedicación a la Iglesia particular, una fuente de significados, de criterios de discernimiento y de acción, que configuran tanto su misión pastoral, como su vida espiritual» (PDV, 31; cf n.74).

La diócesis, el presbiterio, y el obispo son, pues, realidades que *determinan* la vida y la espiritualidad del sacerdote diocesano, y de las que no puede abstraerse caprichosamente: El participa su sacerdocio del del obispo, compartiendo o condividiendo la preocupación y solicitud por toda la Iglesia diocesana, con todo el presbiterio. Es más, «el ministerio ordenado tiene una radical *«forma comunitaria»* y puede ser ejercido sólo como «una tarea colectiva»» (PDV, 17). Es éste, pues, un elemento *constitutivo* de la vida sacerdotal. No es para la sola adhesión de quienes se sienten atraídos a ello; no es objeto de *devoción*, sino que hace a la madurez de esa vida.

La eclesialidad es mucho más que un concepto al que el sacerdote adhiere; para él significa *un modo concreto de vivir*. Es preciso evitar, pues, la tentación de «privatizar» el ministerio, ya sea encerrándose en la propia huerta, como si a uno le dieran un lote para sí, y fuera, en él, señor feudal; ya sea «adueñándose» de su sacerdocio a partir de un proyecto puramente personal, sin ponerse al servicio in-condicional de la Iglesia diocesana, ni reparar en sus necesidades. Es todo lo contrario, igualmente, de la tentación sectaria que conduce a tener trato, en el presbiterio, sólo con los que piensan igual a uno o hemos incluido afectivamente. En este sentido, puede haber quien crea tener muy bien entendida y vivida la fraternidad sacerdotal, cuando en realidad no se vincula sino por motivos afectivos, y con las personas que elige. Y en el presbiterio, «los vínculos no proceden de la carne o de la sangre, sino de la gracia del Orden»⁴⁶. Por esto mismo, a todos se pide «un sincero esfuerzo de estima recíproca, de respeto mutuo y de valoración coordinada de todas las diferencias positivas y justificadas, presentes en el presbiterio. Todo esto forma parte también de la vida espiritual y de la constante ascesis del sacerdote» (PDV, 31).

Los seminaristas han de adquirir, a lo largo de su proceso formativo, un vivo sentido de pertenencia y dedicación a la Iglesia particular en la que se incardinarán para el servicio pastoral. Deberán, por ello, comprender que la «incardinación» no se agota en un vínculo puramente jurídico, sino que comporta también una serie de actitudes y de opciones espirituales y pastorales que contribuyen a dar una fisonomía específica al perfil vocacional y espiritual del presbítero (cf. PDV, 31). Esto significa concretamente aprender a «compartir la historia o experiencia de vida de esta Iglesia particular en sus valores y debilidades, en sus dificultades y esperanzas, y a trabajar en ella para su crecimiento» (PDV, 74). Significa también desarrollar una relación estrecha y filial con el Obispo y un vínculo sincero y fraterno con los sacerdotes para llegar a formar un mismo presbiterio con ellos, disponiéndose al servicio pastoral de todo el Pueblo de Dios. Este compromiso con la Iglesia particular ha de vivirse, con todo, de tal manera, que promueva, al mismo tiempo, una generosa disponibilidad misionera, de cara a la Iglesia universal⁴⁷. Se trata, en este sentido, de estar abiertos y disponibles «para todas las posibilidades ofrecidas hoy para el

anuncio del Evangelio, sin olvidar la valiosa ayuda que pueden y deben dar al respecto los medios de comunicación social; y a prepararse para un ministerio que podrá exigirle la disponibilidad concreta al Espíritu Santo y al Obispo para ser enviado a predicar el Evangelio fuera de su país» (PDV, 59).

Un párrafo aparte merece el papel que juegan, durante el proceso formativo en el Seminario, las asociaciones y los movimientos de los que a veces provienen las vocaciones. El Papa afirma que resulta beneficiosa la participación del seminarista en espiritualidades particulares o instituciones eclesiales para su crecimiento y la fraternidad sacerdotal, «pero esta participación no debe obstaculizar sino ayudar el ejercicio del ministerio y la vida espiritual que son propios del sacerdote diocesano, el cual sigue siendo siempre pastor de todo el conjunto» (PDV, 68). Pide por ello a los jóvenes provenientes de asociaciones y movimientos eclesiales «que se atengan con coherencia y cordialidad a las indicaciones formativas del Obispo y de los educadores del Seminario, confiándose con actitud sincera a su dirección y valoraciones. Dicha actitud prepara y, de algún modo anticipa la genuina opción presbiteral de servicio a todo el Pueblo de Dios, en la comunión fraterna del presbiterio y en la obediencia al Obispo» (*ibid.*). Por su parte, el cardenal Pío Laghi, Prefecto de la Congregación para la Educación Católica, decía a los rectores de los Seminarios mayores españoles -al presentar PDV- que los rasgos de los candidatos al sacerdocio que provienen de movimientos y asociaciones «deberán integrarse armónicamente en el camino de formación al sacerdocio y en la espiritualidad ministerial, evitando el peligro de la yuxtaposición o de la alternativa. Esto significa que los jóvenes que provienen de estas nuevas realidades agregativas deben acoger plenamente el proyecto educativo del Seminario y, en perspectiva, hacerse plenamente disponibles al servicio de la diócesis y a la coparticipación en el presbiterio. Me doy cuenta de que estas indicaciones -dijo- exigen una auténtica conversión en la postura de muchos seminaristas y también de algún que otro rector. Me doy cuenta también de que, en la situación concreta, es difícil armonizar juntamente historias y exigencias diversas. Pero la tarea del educador es un arte y un desafío. El arte y el desafío de estos tiempos son los de formar hombres de comunión, capaces de respeto, de espíritu de diálogo y de cooperación y, más aún, capaces de construir unidad»⁴⁸.

Se trata, pues, de acompañar estas vocaciones, para que lleguen a integrar la experiencia espiritual con que llegan al Seminario *en y desde* la identidad y espiritualidad que la vocación al sacerdocio diocesano secular posee. Para ello, la disponibilidad del seminarista es de suma importancia, en orden a que *el eje* de su formación (y de su vida espiritual) no pase por «fuera» de la vida del Seminario -llevándolo a «filtrar» lo que en él recibe, conforme se adecue o no a las categorías de su experiencia precedente-, sino que pueda caminar con la riqueza de lo vivido hacia una nueva síntesis, hecha desde la específica vocación al sacerdocio diocesano, y no a la inversa.

3.6.- Espiritualidad sacerdotal y secularidad: Dice Kasper que «el sacerdote, como hombre espiritual, también ha de ser un hombre mundano. Esta afirmación puede sorprender. Pero según la Biblia el Espíritu de Dios es más vasto y mayor que la Iglesia; [...] sopla donde y como quiere; actúa en todas partes, en toda la creación y en toda la historia». Por eso, «un hombre espiritual está obligado a no replegarse sencillamente en su silencioso camarín y a atender a los *signos del tiempo*, a escuchar la lejana profecía del mundo, para que a partir de las cuestiones del tiempo pueda comprender de forma nueva y profunda el evangelio y lo predique adaptadamente a las situaciones concretas. La misión

del sacerdote no es, pues, sólo una misión en la Iglesia, sino una misión en, con y desde la Iglesia hacia el mundo. Entenderíamos mal la misión del sacerdote si pensáramos que basta con mantener a duras penas las posesiones. Debemos dejarnos desafiar por las cuestiones de la juventud y de los llamados marginados. Desde su propio cimiento, el compromiso por un orden digno del hombre y por la justicia social forma parte de la misión del sacerdote»⁴⁹.

La eclesiología del Vaticano II ha presentado a la Iglesia como Pueblo de Dios en el mundo, que camina por la historia. Eclesialidad y secularidad son, de esta manera, dimensiones que afectan a todos los cristianos. Todos estamos llamados a realizar nuestra eclesialidad en la secularidad, aunque cada uno según su propia vocación⁵⁰. Se trata, pues, para nosotros, de que, sin ser complacientes con el secularismo, *aprendamos a amar al hombre secularizado*; y como fruto de esto, sepamos *encontrarnos* con él. La Iglesia está llamada a guardar su identidad, a la vez que busca el diálogo con el mundo. Consciente de *no ser* del mundo debe, a su vez, saber *estar* en él. Suprimir esta tensión por la reducción de uno de los términos en el otro es la tentación recurrente de integrismos y progresismos, que no hacen sino retrasar la obra evangelizadora de la Iglesia. Y en esto se encuentra, a mi juicio, uno de los principales desafíos en la formación de los sacerdotes del siglo XXI: que posean una clara identidad en la fe y una gran apertura al mundo, inspirada, ésta última, por amor a los hombres pero, sobre todo, por amor a Cristo: «¿Me amas? Apacienta mis ovejas» (Jn 21,16). Es decir, por la caridad pastoral.

No es posible vivir adecuadamente el ministerio sacerdotal diocesano secular sin atención al hombre y a su tiempo. Su identidad está marcada por la secularidad, por lo que «este mismo rasgo ha de marcar y conformar esencialmente su espiritualidad. Integrar la cultura de hoy en su vida no es cuestión de moda o de modernidad; es cuestión de fidelidad a su vocación»⁵¹. No puede, por ello, el pastor, carecer de *preocupación política*, en su sentido más amplio (cf. DP, 521); es ésta una dimensión constitutiva del hombre (cf. DP, 513), y la Iglesia está llamada, en este campo, a «iluminar las conciencias y anunciar una palabra transformadora de la sociedad» (DP, 518). La madurez del «hombre espiritual» supone esta atención a la realidad, haciéndose solidario de «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren», pues «nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón» (GS, 1).

Conviene preguntarse si en nuestros seminaristas encontramos siempre esta inquietud por informarse, formarse una opinión e involucrarse en lo que la realidad muestra a diario. «Se dijo alguna vez que un teólogo había de tener en una mano la Biblia y en la otra el periódico; ciertamente sería un mal párroco quien no tuviera ninguna noción de las necesidades de los hombres, de sus problemas, cuidados y angustias y que no participara de su vida en el sentido amplio de la palabra»⁵².

3.7.- Caridad pastoral y unidad de vida: Es éste, quizá, uno de los temas que ofrecen mayor reto a la existencia sacerdotal, y es parte fundamental de nuestra formación permanente madurar en procura de una vida unificada. Porque «el camino hacia la madurez no requiere sólo que el sacerdote continúe profundizando los diversos aspectos de su formación sino que exige también, y sobre todo, que sepa integrar cada vez más armónicamente estos mismos aspectos entre sí alcanzando progresivamente la unidad interior, que la caridad pastoral garantiza» (PDV, 72).

En los últimos años, al hablar del sacerdocio, la atención se ha concentrado no tanto en el problema de su identidad -como ocurriera en décadas anteriores- sino más bien en *la*

manera concreta de vivir el ministerio: Puede verse, en este sentido, que los sacerdotes sufren hoy «una excesiva dispersión en las crecientes actividades pastorales y, frente a la problemática de la sociedad y de la cultura contemporánea, se sienten impulsados a replantearse su estilo de vida y las prioridades de los trabajos pastorales, a la vez que notan, cada vez más, la necesidad de una formación permanente» (PDV, 3). Ya el Concilio expresaba esta preocupación, señalando que «en el mundo moderno, en que los hombres deben cumplir tan múltiples deberes y es tanta la variedad de los problemas que los angustian y que deben ser a menudo rápidamente resueltos, corren no raras veces peligro de dispersarse en diversidad de cosas. En cuanto a los presbíteros, envueltos y distraídos en las muchísimas obligaciones de su ministerio, no sin ansiedad buscan cómo puedan reducir a unidad su vida interior con el tráfago de la acción externa» (PO, 14).

Efectivamente, la multiplicidad de actividades en la que se desarrolla nuestro ministerio no ocasiona tan sólo en nosotros dispersión en el hacer sino también un cierto sentimiento de disociación en el ser: «La experiencia interior del sacerdote disperso o falto de unidad, es la de tener que «multiplicarse» en muchas cosas, en muchos quehaceres. El mismo sujeto se vive como «muchos». En la ausencia de una unidad de vida la conciencia se vive disgregada, se experimenta en un estado de disociación; uno se vive como múltiples fragmentos; la vida no es vivida como una continuidad, sino constantemente interrumpida, rota, «a trozos». Es obvio que semejante estado, cansa. Porque las fuerzas psíquicas y espirituales, al desparramarse, se desconcentran y debilitan. Por eso precisamente, en el recogimiento, que es lo contrario de la disipación, uno busca recoger las fuerzas y reunir las. Quien no logra recogerse, y sigue en múltiples acciones pero sin recogimiento, actúa de manera disociada. El sujeto se disocia de sus propias actividades y, al realizarlas, no habita en ellas. Lo que se disocia es el sujeto de su propia acción, o bien, la acción, de la interioridad del sujeto. Se hacen las tareas pastorales pero no «desde dentro», y, por lo tanto sin «autenticidad», desde otro origen, esto es, espúreas. La interioridad está paralizada, no otorga sentido, valor, en una palabra, «espíritu» a las acciones que realiza, no les otorga novedad, en último término, la novedad del amor, que siempre hace nuevas las cosas viejas, repetidas, y reúne las acciones dispersas. Por eso las acciones brotan voluntarísticamente, esto es, mecánicamente, embargadas por la rutina, el tedio, el fastidio. Al cansancio exterior, orgánico y psicológico, comienza a añadirse la fatiga espiritual, con tintes de la clásica «acedia».

«Se trata de un problema crucial para el sacerdote, porque atañe al centro unificador de su personalidad, a la unidad de su conciencia, de la que le brotan el sentido y el valor - por eso la unidad- que damos a nuestra vida»⁵³.

A juicio del padre Gera, autor de esta esclarecedora descripción, la respuesta a esta situación de dispersión en la vida sacerdotal no puede ser buscada en la sola supresión de la multiplicidad de tareas. La organización externa de las tareas pastorales es sin duda necesaria, y puede convenir, evidentemente, una disminución de las mismas, pero «aun cuando éstas disminuyeran, subsiste el problema de darles una unidad a partir de un elemento positivo y subjetivo que las apropie o articule⁵⁴». Señala, en este sentido, el Concilio, que la unidad de vida «pueden [...] construirla los presbíteros si en el cumplimiento de su ministerio siguieren el ejemplo de Cristo, cuya comida era hacer la voluntad de Aquel que lo envió para que llevara a cabo su obra (cf. Jn 4,34)» (PO, 14)⁵⁵.

Comentando precisamente este texto, afirma Gera que ««voluntad de Dios» ha de ser entendida en dos aspectos muy implicados entre sí. Para el sacerdote la voluntad de Dios es ante todo su vocación, su sacerdocio como proyecto global y decisión asumida para

la vida. Es la intención, fundada y mantenida por la caridad pastoral, intención que, como horizonte vital y permanentemente renovado unifica nuestra vida sacerdotal. Pero además, la referencia del texto conciliar a Jn 4,34, en la que Jesús expresa que su comida es hacer la voluntad del Padre, nos lleva a pensar en algo puntual, lo cotidiano (porque del alimento cotidiano se trata). Lo cotidiano, lo que cada día puede sobrevenir es lo no previsto, lo desconcertante, y también, en la vida sacerdotal, lo múltiple, el riesgo de fragmentación interior. Si pudiéramos caer en la cuenta que toda esa multiplicación y dispersión cotidiana constituye el acontecer de la historia -de nuestra pequeña historia-; acontecer, que no nos sobreviene anónimamente, sino al que Dios nos envía y en el que nos mete y nos «inserta», es decir, nos compromete cotidianamente, entonces podríamos tal vez convertirlo en vivencia personal de la voluntad de Dios, que, recogida por nuestro amor a El, nos sostuviera y nos unificara en las profundas raíces de nuestra vida interior, en el cruce profundo de nuestro vivir, aun cuando en la superficie, el viento de la multiplicidad siguiera dispersando las olas en todo sentido y aparente contrasentido»⁵⁶.

Me atrevería a agregar, a lo ya afirmado por el padre Gera, que es preciso integrar un tercer aspecto relativo a la voluntad de Dios, que tiene que ver con la necesidad de discernir, en lo concreto y cotidiano de nuestras vidas, lo que Él quiere que vivamos. Porque podemos *vivir haciendo cosas buenas*, sin que esto signifique, necesariamente, *vivir haciendo la voluntad de Dios*. No sólo pecando escapa uno a la voluntad de Dios: podemos construir nuestras vidas a partir de opciones que responden más a necesidades subjetivas que a valores o llamados objetivos; y justificarlas, incluso, con argumentos «evangélicos», «canónicos», «pastorales», psicológicos, etc.

En el seguimiento de Cristo tiene lugar un progreso, una evolución que ya los antiguos trataban de identificar en un itinerario. Viéndolo a grandes rasgos, podemos decir que hay como un primer estadio que consiste en abandonar el estado de pecado, en renunciar a todo aquello que nos separa de Dios, despojándonos del hombre viejo para ir revistiéndonos del nuevo. Esto es seguido (y no señalo aquí un proceso necesariamente cronológico y sucesivo, ya que por momentos estos estadios conviven en nosotros), esto es seguido por el desarrollo del bien en nosotros, por el cultivo de las virtudes: no sólo abandonamos los vicios, sino que fortalecemos y afianzamos la búsqueda del bien, y crece en nosotros el conocimiento y el gusto por las cosas de Dios. Pero esto está llamado a desembocar en una unidad creciente de nuestra voluntad con la de Dios, hecha en el amor, para consumir así este proceso de comunión con Él. Por eso afirmamos que puede uno hacer cosas buenas, hacer el bien, sin que ello signifique hacer la voluntad del Padre. Se puede haber llegado a lo primero y no acabar de estar dispuesto a esto último. Porque ello significaría estar enteramente disponibles para hacer más de una vez lo que no queremos, y para dejar muchas veces de hacer lo que queremos (por bueno que sea...). La diferencia entre *hacer cosas buenas* y *hacer la voluntad del Padre* traza la sutil frontera entre lo que es *una vida honesta* y lo que es *una vida evangélica*, una vida santa. Y mucha dispersión, disociación, fragmentación, en nuestras vidas, hemos de reconocerlo, tiene que ver *también* con esto.

CONCLUSION

La vida espiritual del sacerdote diocesano secular ha de estar configurada e inspirada por la identidad de su ser presbiteral y por el ejercicio concreto de su ministerio pastoral. De aquí ha de recibir su *forma*; desde aquí hemos de extraer los rasgos que definan su perfil propio y característico. Si abordamos la vida espiritual del sacerdote sin

tomar como referencia permanente la *personalidad sacerdotal y pastoral* en la que está llamado a madurar, corremos el riesgo de que su espiritualidad se reduzca a un conjunto de *prácticas* que, por otra parte, tendrán vida precaria en la agitación propia del ministerio⁵⁷.

Es, pues, desde el misterio del que somos portadores, y en el ejercicio concreto de la caridad pastoral, como habrá de formularse lo que estamos llamados a *vivir*.

A modo de cierre, quisiéramos decir con Juan Pablo II que el «ven y sígueme» de Jesús sobre nuestras vidas encuentra su proclamación plena y definitiva en la celebración del sacramento del Orden. Desde ese momento, comienza a darse aquella respuesta que, como opción fundamental, deberá renovarse y reafirmarse continuamente durante los años de vida ministerial en otras numerosísimas respuestas, enraizadas todas ellas y vivificadas por el «sí» del Orden sagrado (cf. PDV,70). Hay, pues, un «sígueme» que acompaña toda nuestra vida. Esto explica que los Padres sinodales entendieran **la formación permanente** como «fidelidad» al ministerio sacerdotal y como «proceso de continua conversión» (cf. *Propositio* 31). Siendo la caridad pastoral «alma y forma», en el sacerdote, de esta formación permanente, es el Espíritu Santo, infundido en el sacramento, el que sostiene al presbítero en esta fidelidad y el que lo acompaña y estimula en este camino de conversión constante (cf. PDV,70) para que crezca en «una comunión de vida y amor cada vez más rica, [y en] una participación cada vez más amplia y radical de los sentimientos y actitudes de Jesucristo» (PDV,72).

Notas

¹Sacerdote de la diócesis de Morón. Este artículo, con las necesarias adaptaciones, reproduce básicamente el trabajo expuesto por el autor en el curso de la OSLAM para formadores de Seminarios que tuvo lugar en Vitoria (Brasil), en julio de 1996. Las siglas empleadas en él son las siguientes: Del CONCILIO VATICANO II, **LG**=»Lumen Gentium», **GS**=»Gaudium et Spes», **PO**=»Presbiterorum Ordinis». Y también: **EN**=PABLO VI, «Evangelii Nuntiandi» (1975); **DP**=CONF.EPISC. LATINOAM., Documento de Puebla (1979); **LPNE**=CONF.EPISC.ARGENTINA, «Líneas Pastorales para la Nueva Evangelización» (1990); **PDV**=JUAN PABLO II, «Pastores dabo vobis» (1992); **CATIC**=»Catecismo de la Iglesia Católica» (1992).

²*Discurso a los obispos franceses en visita «ad limina»*, 18-1-97: «L'Osservatore Romano» 29 (1997) p.42.

³En esta misma línea, Walter Kasper afirma: «¿Qué es un hombre espiritual? No simplemente un hombre interior. Pues en la Biblia no existe la diferencia platónica entre dentro y fuera, entre cuerpo y alma. Para la Biblia la línea fronteriza no pasa entre dentro y fuera, sino entre Dios y el hombre, creador y creatura. Un hombre espiritual es, por tanto, quien no considera lo visible, lo factible, lo planificable como la única realidad, sino que hace sitio para la acción indisponible del Espíritu de Dios y vive de lo indisponible del Espíritu de Dios. Esta vida por el Espíritu significa concretamente vivir por la fe, la esperanza y el amor, vivir por la confianza en el poder de la oración, en la fuerza de la palabra de Dios, en la fuerza que viene de la celebración de los sacramentos y, no en último término, vivir por la fe en el significado del sacrificio, de la renuncia, del dolor» (W. KASPER, *El futuro desde la fe*, Salamanca 1980, 115-116). Para ver el concepto de «hombre espiritual» en los Padres de la Iglesia, cf. J. RIVERA-J.M. IRABURU, *Espiritualidad católica*, Madrid 1982, 398-400.

⁴E. PIRONIO, *Escritos pastorales*, Madrid 1975, 143-144.

⁵Tras su primera visita a León Bloy, Jacques Maritain recordaba que «después de transponer el umbral de su casa, todos los valores quedaban fuera de lugar, como por un resorte invisible. Se sabía, o se adivinaba, que no hay sino una tristeza, la de no ser santos. Y todo el resto se volvía crepuscular» (J. MARITAIN en prefacio a L. BLOY, *Cartas a Maritain y Van der Meer*, Buenos Aires 1948, 14).

⁶J. GARCIA VELASCO, *La caridad pastoral en la teología y espiritualidad del ministerio*, «Seminarios» 30 (1993), 482.

⁷C.M. MARTINI, *Al servicio del Pueblo de Dios*, Bogotá 1991, 154-155.

⁸G.M. GARRONE, *La obediencia y la formación en la obediencia*, «Seminarios» 15 (1969) 57.

⁹Señalan los obispos argentinos que «será necesario educar a los jóvenes candidatos en un estilo de relación y trato sencillo, cordial y respetuoso, donde prevalezca el **sentido pastoral de los vínculos humanos**, propio de

quién está llamado a vivir en medio de los hombres como consagrado» (CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, *La formación para el sacerdocio ministerial. Plan para los Seminarios de la República Argentina*, 1994, n. 174).

¹⁰ Afirma PDV que, como testigos del amor de Cristo, los sacerdotes son capaces de amar a la gente con un corazón nuevo, «con una ternura que incluso asume matices del cariño materno» (n. 22).

¹¹ Será importante tener en cuenta, asimismo, que dada «la multiplicidad y complejidad de las tareas apostólicas, que en ocasiones son fuente de tensión y agotamiento en el ejercicio del ministerio, se ha de educar en los futuros sacerdotes la virtud de la **prudencia pastoral** que les permita discernir desde la fe cuáles son las auténticas prioridades, de manera que, al tiempo que respondan a las urgencias pastorales, preserven en ellos la necesaria unidad de vida» (CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, *o.c.*, n. 175).

¹² C.M. MARTINI, *o.c.*, 235-236. Decía, no hace mucho, el recientemente fallecido **Krzysztof Kieslowski**: «No estoy seguro sobre si no es mejor sufrir que no sufrir. Pienso que a veces es mejor sufrir. Todos deberían pasar por eso. El sufrimiento es lo que constituye la naturaleza humana. Si uno tiene una vida fácil, no hay razón alguna para preocuparse por los demás. Pienso que para preocuparse realmente de uno mismo, y sobre todo de los otros, es necesario experimentar el sufrimiento y entender lo que es sufrir, de modo que cuando lastima a otro sabe exactamente qué es lastimar.» (De un reportaje publicado en «Página 12», 26-5-94, p. 29). Ampliando aún más esto, afirmaba **Léon Bloy**: «El hombre posee rincones en su corazón que aún no existen, y donde el dolor entra a fin de que existan» (Citado por J.I. TELLECHEA IDÍGORAS en *Ignacio de Loyola. Solo y a pie*, Salamanca 1990, 89).

¹³ Cf. R. VOILLAUME, *Au coeur des masses*, París 1950, 202.

¹⁴ ID., *L'Eucharistie et le prêtre dans les Fraternités*, en *Lettres aux Fraternités*, I, París 1960, 63.

¹⁵ S. WEIL, *A la espera de Dios*, Madrid 1993, 72-73.

¹⁶ Se trata de entender que «el pecador ocupa el centro mismo de la cristiandad... Nadie es más competente que él en materia de cristianismo. Nadie, salvo el santo.» (Ch. PÉGUY: Epígrafe puesto por G. GREENE al comienzo de *El revés de la trama*, Barcelona 1985, 9).

¹⁷ R. VOILLAUME, *Règle de vie des Petits Frères de Jésus*, ed. policopiada, s.l. 1962, 24.

¹⁸ J.L. MARTIN DESCALZO, *Un periodista en el Concilio*, vol. 4, Madrid 1966, 349.

¹⁹ *Ibid.*, 349-350.

²⁰ «El hombre actual es, pues, la meta de la predicación del evangelio, pero no es su medida. El Evangelio, por el contrario, tiene «algo» que decirle, y algo ciertamente decisivo, único, insustituible e insuperable; tiene su contenido previo en Jesucristo. Por tanto no nos es permitido ir recortando el mensaje de Jesucristo a la medida de lo actualmente plausible; debemos más bien hacer saltar en pedazos las habituales plausibilidades, por el bien del hombre, en pos de una mayor esperanza, una mayor realización y una mayor alegría del hombre» (W. KASPER, *o.c.*, 107-108); Cf. PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, n. 4.

²¹ JUAN PABLO II, *Mensaje para la Jornada mundial de oración por las vocaciones (1996)*, «L'Osservatore Romano» ed.cast. 27 (1995), p. 686. El subrayado es nuestro.

²² A. SALVO, *Afectividad y disciplina espiritual*, «Pastores» 1 (1994) n° 1, 11.

²³ R. GONZALEZ CONGIL, *La vida y la formación litúrgica de los candidatos al sacerdocio*, «Seminarios» 39 (1993), 436.

²⁴ JUAN PABLO II, *Carta a todos los obispos de la Iglesia sobre el misterio y el culto de la Eucaristía* (1980), 2c.

²⁵ C. GALLI, *Hacia un nuevo humanismo sacerdotal (I)*, «Criterio» 62 (1990) n° 2049, 230-231.

²⁶ *Carta a los sacerdotes para el Jueves Santo de 1986*, n.7, «L'Osservatore Romano» 18 (1986), p. 172.

²⁷ *Ibid.*

²⁸ *Discurso a los sacerdotes y religiosos* (Kinshasa, 4-5-80), n.6, «L'Osservatore Romano» 12 (1980), p.261.

²⁹ JUAN PABLO II, *Reconciliatio et paenitentia*, 31.

³⁰ Es muy rica la descripción que Segundo Galilea realiza sobre la tentación de **falta de reciedumbre** que a menudo asalta la vida del apóstol -diríamos, aquí, del pastor-. Comienza describiendo la carencia de reciedumbre física: «Blandura y comodidad en la comida: uno se pone exigente en la calidad y cantidad; en el horario; se apega a ciertos hábitos; uno se hace incapaz de dar un sentido evangélico a comer poco o nada cuando lo requiere el servicio pastoral. Lo mismo sucede con el sueño y el descanso, que el mismo servicio pide a menudo sacrificar. Se convierte en dificultad habitual viajar en medios pobres, a pie, en transporte colectivo. Se busca sistemáticamente lo más rápido y cómodo, con la excusa de la eficacia apostólica, sin discernir, pues la excusa en muchos casos puede ser válida. El cuidado excesivo de la salud, y el adoptar todas las formas de prevención a que recurren los más privilegiados, puede agudizar esta falta de austeridad y reciedumbre. [...] La tentación afecta igualmente a la reciedumbre psicológica, tanto o más necesaria que la

anterior para el verdadero apóstol. En este campo, hay que educarse en un alto grado de resistencia psicológica, lo cual no excluye ser emocionalmente vulnerable como todo ser humano normal. La reciedumbre consiste en asimilar los golpes psicológicos sin desanimarse ni menos quebrarse. Esa debe ser la actitud ante las críticas injustas o parciales, ante las calumnias, las acusaciones... Y por supuesto ante las persecuciones y diversas formas de sufrimiento, que pueden llegar al martirio, a causa del Reino. La aspiración de muchos apóstoles a la última bienaventuranza, «bienaventurados los perseguidos por mi causa y la justicia del Reino», no se improvisa, y es vana si no se prepara y acompaña con la aceptación de las pruebas y crisis psicológicas con reciedumbre evangélica» (S. GALILEA, *Tentación y discernimiento*, Madrid 1991, 61-62).

³¹ «En él se esperan ver virtudes como la fidelidad, la coherencia, la sabiduría, la acogida de todos, la afabilidad, la firmeza doctrinal en las cosas esenciales. La libertad sobre los puntos de vista subjetivos, el desprendimiento personal, la paciencia, el gusto por el esfuerzo diario, la confianza en la acción escondida de la gracia que se manifiesta en los sencillos y en los pobres (cf. Tit 1, 7-8)» (PDV, 26). Cf. PO, 13.

³² Boletín OSLAM, dic. 1992, 8-9. Cuando en el texto original aparece la palabra *subdito*, nos hemos tomado la libertad de cambiarla por *formando*.

³³ G.M. GARRONE, *o.c.*, 47.

³⁴ *Ibid.*, 51.

³⁵ *Ibid.*, 52-53.

³⁶ *Ibid.*, 53.

³⁷ *Ibid.*, 53-54.

³⁸ *Ibid.*, 51-52.

³⁹ S.C. EDUC. CAT., *Orientaciones...*, n. 60.

⁴⁰ *Ibid.*, n. 61.

⁴¹ Algunas de estas reflexiones relativas al celibato fueron ya recogidas por Mons. Justo Laguna y publicadas en su reciente libro M. AGUINIS - J.O. LAGUNA, *Diálogos sobre la Argentina y el fin del milenio*, Buenos Aires 1996, pp. 142-148.

⁴² J. NETTO DE OLIVEIRA, *Opción evangélica y opción ideológica por los pobres*, «Vida espiritual» n.95 (1989), 62.

⁴³ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris Missio* (1990), n. 42.

⁴⁴ Cf. S. GALILEA, *Ascenso a la libertad*, Buenos Aires 1991, 91-92.

⁴⁵ Del testimonio de un sacerdote del Prado, recogido en R. GUERRE, *Espiritualidade do sacerdote diocesano*, Sao Paulo 1987, 66.

⁴⁶ CONGREGACION PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, n. 25.

⁴⁷ Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, *o.c.*, 1994, n. 101. Como recuerda el Concilio, «el don espiritual que los presbíteros recibieron en la ordenación no los prepara a una misión limitada y restringida, sino a la misión universal y amplísima de salvación hasta los confines del mundo, pues cualquier ministerio sacerdotal participa de la misma amplitud universal de la misión confiada por Cristo a los Apóstoles» (PO, 10).

⁴⁸ «Vida Nueva» n.1861 (26-9-92), 13.

⁴⁹ W. KASPER, *o.c.*, 118-119. Me pregunto si en el texto original dirá *cuestiones* o *cuestionamientos*...

⁵⁰ Cf. C. GALLI, *Hacia un nuevo humanismo sacerdotal (II)*, «Criterio» 62 (1990) n° 2050, 266.

⁵¹ J.L. MORENO MARTINEZ, *La cultura de hoy y la espiritualidad del sacerdote*, «Seminarios» 39 (1993) 35. Cf. A. LORENZO, *La secularidad en la vida y en la misión del sacerdote*, «Seminarios» 35 (1989) 195-214.

⁵² W. KASPER, *o.c.*, 119.

⁵³ L. GERA, *Caridad pastoral y unidad de vida*, «Pastores» 2 (1995) n. 4, 15.

⁵⁴ *Ibid.*, 16. Ya *Presbyterorum Ordinis* advertía que «la unidad de vida no pueden lograrla ni la mera ordenación exterior de las obras del ministerio, ni, por mucho que contribuya a fomentarla, la sola práctica de los ejercicios de piedad» (n. 14).

⁵⁵ Agrega, más adelante, asimismo, el Concilio, que «los presbíteros conseguirán la unidad de su vida uniéndose a Cristo en el conocimiento de la voluntad del Padre, y en el don de sí mismos por el rebaño que les ha sido confiado. Así, desempeñando el oficio de buen pastor, en el ejercicio de la caridad pastoral hallarán el vínculo de la perfección sacerdotal, que reduzca a unidad su vida y acción» (PO, 14).

⁵⁶ *Ibid.*, 16-18.

⁵⁷ En la tabulación de la encuesta que el CELAM realizara en 1994 a los Obispos y Superiores mayores de América Latina sobre las causas del abandono del ministerio sacerdotal, se hacía notar que, en un número

considerable de respuestas, «se tiene la impresión de que, durante todo el período del Seminario, no se logra un encuentro personal con Cristo capaz de invadir todos los ámbitos de la persona del futuro sacerdote; que la espiritualidad se hace consistir en prácticas religiosas externas, desconectadas del seguimiento radical de Jesús; que hay mucha apariencia, pero poco convencimiento interior» (F. ARIZMENDI ESQUIVEL, *Causas del abandono del ministerio presbiteral en América Latina*, «Boletín OSLAM» (1995) n. 28, 6).

PABLO VI: PARA VIVIR EL CONCILIO

Pbro. Hugo W. Segovia¹

El 26 de septiembre se cumplen cien años del nacimiento de quien desde el 21 de junio de 1963, durante quince años, fue el Papa Pablo VI. No pueden faltar algunas pinceladas sobre un hombre a quien, entre tantas cosas, debemos lo que ha sido llamado el documento más importante de este siglo: «*Evangelii nuntiandi*» y que será siempre, como dijo Juan Pablo II el que «concluyó y actuó con perseverancia el Concilio Vaticano II, convocado e inaugurado por Juan XXIII».

En su testamento, refiriéndose a la Iglesia, Pablo VI le decía: «toma conciencia de tu naturaleza y de tu misión; descubre el sentido de las necesidades verdaderas y profundas de la humanidad y camina pobre, es decir libre, fuerte y amorosa hacia Cristo».

Fue la obsesión de toda su vida. Recorriendo sus escritos nos encontramos, por ejemplo, con un texto de 1957, año de la gran misión que organizó en su arquidiócesis de Milán, dirigido a los «alejados» y que es digno de figurar en la más exigente antología de textos pastorales de todos los tiempos.

De él selecciono algunos párrafos: «si fuera posible hacer llegar una voz a ustedes, hijos alejados, sería para pedirles perdón amistosamente. ¡Sí, nosotros a ustedes, antes que nosotros a Dios! Cuando uno se acerca a un alejado, no puede menos de sentir remordimiento. ¿Por qué este hermano está alejado? ¡Porque no se lo ha amado bastante! ¡No se lo ha atendido suficientemente! ¡No se lo ha introducido en la alegría de la fe! Ha juzgado la fe por nuestros defectos, por nuestras personas. Ha aprendido a aburrirse, a despreciar, hasta a odiar la religión porque ha escuchado más reproches que invitaciones. Los alejados son, a menudo, gente mal impresionada de nosotros, su anticlericalismo oculta un desdeñoso respeto a las cosas sagradas que considera envilecidas en nosotros».

La pasión por los alejados

Pablo VI tenía «pasión por los alejados». Ésta es una expresión de Jean Guitton, sin duda uno de los hombres que mejor llegó a conocerlo. Leer estas palabras creo que hasta produce estremecimiento y, además, nos hace comprobar cómo las explicitaciones que hará el Concilio Vaticano II han estado latentes en la vida de este hombre de quien, lo mismo que él dijo en su catedral haciendo el elogio fúnebre de Juan XXIII, podemos afirmar que «su tumba no podrá encerrar su herencia».

Fue elegido el mismo día en que, en el hemisferio norte, comenzaba el verano, el tiempo de la plenitud, el momento de la cosecha y son muchas las semillas sembradas por él las que germinaron en los textos conciliares. Pero vivió también su «humilde servicio pastoral» como una etapa abrasadora.

Desde su mirada consumida por la inmensidad de un mundo al cual había que llegar (de hecho fue el primer Papa que recorrió los cinco continentes) hasta sus gestos proféticos muestran una sed devoradora por saberlo todo, por llegar a todas partes, por comprender a todos, a esta tierra «doliente, dramática y magnífica» como también leemos en su testamento.

Cristo vivo, Iglesia viva

Sabemos cómo el poder ensorbece. En el cardenal Giovanni Battista Montini sucedió lo contrario: el pontificado lo empequeñeció, aún físicamente. La Iglesia no era para él «la

mochila firme sobre las anchas espaldas» como el entonces arzobispo de Marsella, monseñor Etchegaray decía de Karol Wojtyła en el momento de su elección sino más bien una corona de espinas, un peso hasta el sufrimiento. Por eso se ha dicho que, en el catálogo de los santos, Pablo VI podrá figurar como «papa y mártir».

Desde que apareció por primera vez en la plaza de San Pedro, investido de la máxima responsabilidad en la Iglesia, comenzó también en él un proceso de anonadamiento. El anhelo de Juan Bautista, cuyo nombre llevaba, se hizo visible en su carne: «es necesario que él crezca y que yo disminuya». Pero sin rastro alguno de actitudes negativas o evasivas. En su testamento, documento pascual, si los hay, que escribió después de un retiro espiritual en el mismo Castel Gandolfo en que dejó el último testimonio de su amor, dice: «¡cuántos dones, cuántas cosas hermosas y elevadas, cuántas esperanzas he recibido yo en este mundo!».

Vale la pena releer el discurso inaugural de la segunda sesión del Concilio, la primera que él presidía. Un himno cristológico profundo, atormentado y gozoso a la vez. Un amor a Cristo, grabado a sangre y fuego en su corazón, una conciencia aguda de la misión y una certeza casi desgarradora de la pequeñez del instrumento: «nos vemos representados en el humildísimo adorador, nuestro predecesor Honorio III, que aparece en el espléndido mosaico del ábside de la basílica de San Pablo extramuros, pequeño y casi aniquilado, besando en tierra el pie de Cristo, de enormes dimensiones, el cual, en actitud de maestro, domina y bendice a la asamblea reunida en la misma basílica, la Iglesia».

Iglesia pobre y servidora

Lo que Pablo VI había asimilado totalmente lo quiso transmitir a toda la Iglesia. No en vano recogió la herencia de Juan XXIII, la de la Iglesia pobre y servidora, que lava los pies a los discípulos, que no repara en sacrificios para llegar a todos y que quiere hacerlo a través de medios pobres, despojada de todo manto real.

Todo el tiempo de su misión giró en torno a una expresión que repitió incansablemente: siempre se definió como «indigno pero legítimo sucesor de Pedro». Una reafirmación no fingida de sus límites humanos pero una no menos clara manifestación de la continuidad apostólica de la que era eslabón. Sugestivamente así como fue elegido en verano, también en verano, el 6 de agosto de 1978, fiesta de la Transfiguración del Señor, el mismo en el cual había firmado su primera encíclica (de la cual alguien ha dicho que difícilmente el teólogo luterano que llamaba al siglo XX el siglo de la Iglesia podía haber imaginado que aquella predicción iba a tener un cumplimiento tan sabroso en el impulso dado por los pontífices romanos y, en un lugar de privilegio «Ecclesiam suam»), sin molestar, casi sin avisar a nadie, como todos los días, vivió la transfiguración no ya a través de la oscuridad de la fe sino como posesión plena, veraniega, «cara a cara».

Como en el examen de conciencia previo al jubileo del año 2000 no puede faltar «una mirada sobre la recepción del Concilio, gran don del Espíritu a la Iglesia al final del segundo milenio» termino con dos citas. Una sacada de la catequesis de Pablo VI en la audiencia del 28 de noviembre de 1973: «después del Concilio que ha tenido a la Iglesia como tema principal de sus estudios y decretos, deberíamos repensar toda esta Iglesia bendita; recordar que ella es signo e instrumento de nuestra unión con Dios y de la unidad del género humano; sentir la suerte y la responsabilidad de pertenecer a ella; la alegría de poder ser sus hijos y testigos, la urgencia de servirla y obedecerla; el humilde orgullo de participar en sus pruebas y sufrimientos; la seguridad de encontrar y amar en ella a aquel Cristo que “la amó y se entregó por ella”. Que esta hora de reflexión, de conversión, de

lucidez pueda ser para nosotros escuela del misterio y de la realidad de la Iglesia de Cristo: revelación de Dios-Amor, salvación para la humanidad».

La segunda, de una carta que el entonces joven obispo de Rafaela, monseñor Zazpe escribía a su diócesis desde Roma en 1965: «estamos marcando una nueva era en la Iglesia; las generaciones futuras vivirán de lo que ahora se decida».

¹ El autor es Cura Párroco en Mar del Plata.

TEOLOGÍA DEL SACERDOCIO EN LA VIDA DE LA IGLESIA SEGÚN EL MAGISTERIO DE PABLO VI¹

Julio A. Ramos Guerreira²

El título de esta ponencia exige que, para comenzar, haga unas precisiones metodológicas que sitúen sus palabras en el ámbito concreto en el que, desde ahora, me quiero colocar. Otros puntos de vista ya han sido tocados en las ponencias anteriores y en la que escucharemos más tarde y, por ello, renuncio a entrar en una visión más amplia para ceñirme solamente con precisión al título que se me ha confiado.

En primer lugar, hablar de la teología de un magisterio pontificio siempre encierra algo de ambigüedad. El magisterio no es teología ni pretende hacerla. Ambos servicios, aunque estén estrechamente ligados en el misterio de la comunión eclesial, tienen distintas finalidades y se desarrollan con diversos métodos. El magisterio en torno al sacerdocio de Pablo VI no es una sistematización de doctrina, ni entra en la discusión de posturas concretas en las que «el pluralismo teológico es un hecho, por no decir que se ha convertido en un derecho»³. Sin embargo, tampoco podemos decir que su magisterio prescinda de una teología subyacente que de una u otra forma aflora en sus palabras. Lógicamente esa teología ha de ser explicitada y, en ese campo, es donde ha de colocarse un trabajo como el presente.

Pero el mismo planteamiento impone sus condiciones. Una doctrina que no pretende ser teología no muestra todos los datos que se precisarían para hacer una elaboración teológica. Por una parte, no encontramos ningún documento que directamente trate el tema del sacerdocio como objeto central desde perspectivas teológicas; sus discursos al clero romano –los que más directamente abordan el tema sacerdotal– son más de tipo exhortativo que teológico. Por otra, cuando el tema es abordado, la situación a la que la palabra pontificia es dirigida hace demasiado concreta una teología que debería moverse más por los caminos de la universalidad.

Podríamos caer en un peligro que quiero evitar: hacer yo esa sistematización y corroborarla con las citas y con las palabras del pontificado. Creo que científicamente no es honesto. Me limitaré, por tanto, a señalar los centros de interés remarcados por su magisterio sin intentar buscar más que aquello que puede encontrarse en sus escritos.

En segundo lugar, una doctrina magisterial impone un lenguaje y una forma de tratamiento de nuestro tema que quizá en algunos momentos pueda distanciarnos de la figura real de Pablo VI. Quien lea las páginas dedicadas al sacerdocio en los *Diálogos con Pablo VI* de Jean Guittou⁴ y las compare con las palabras que voy a ir analizando encontrará diferencias claras, al menos en la forma. Pero es el magisterio lo que he de desentrañar, contando con la base de que hay más de una mano en los escritos, de que no siempre coinciden los lenguajes, de que incluso en las ideas discutibles se toman posturas diferentes. Cuento con ello, aunque indagar en la persona más que en el magisterio pudiera ser más atractivo. Y, por ello, me limito al tema tal y como está enunciado en el título de esta ponencia.

Hechas estas aclaraciones, entro en materia.

El tema del sacerdocio en el magisterio de Pablo VI puede ser situado en dos coordenadas claras que están presentes en la totalidad de su pensamiento: la eclesiología –mucho más elaborada teológicamente en sus escritos que el sacerdocio– y el Concilio Vaticano II. Encuadrado por estos dos ejes, el tema de la identidad sacerdotal será el argumento continuo de su magisterio que voy a abordar desde cinco perspectivas: la situación, la definición de la identidad, el presbiterio, la renovación sacerdotal-renovación de la Iglesia y

la misión. Como digo, la sistematización es mía, pero intentaré mostrar que hay suficientes datos para hacerla así.

1. La situación del sacerdote

a) *El hecho*

Pablo VI muestra continuamente una seria preocupación por la situación sacerdotal en su magisterio. Unas veces dedica a ello discursos enteros⁵ y otras siembra por todas sus intervenciones la constatación del problema abierto de la identidad en los presbíteros puesta en duda con demasiada frecuencia. Problema que se agrava por la atención que suscita en la Iglesia y en la sociedad, haciendo olvidar la fidelidad y la seguridad con que muchos sacerdotes viven su vocación⁶. Problema que, basándose en lo teórico y trascendiéndolo después, repercute en el abatimiento y falta de gozo con que se puede vivir el ministerio⁷.

La cuestión sobre la identidad sacerdotal, la pregunta por quién es el sacerdote se matiza desde planteamientos tanto escriturísticos, como teológicos, sociológicos y existenciales, que terminan acechando la propia realización humana⁸. El paso del tiempo hace que Pablo VI vaya aplicando epítetos cada vez más dramáticos a esta situación para afirmar, al final de su pontificado que es «un problema que se ha desplomado como un peñasco sobre la conciencia sacerdotal contemporánea, abrumándola y aplastándola»⁹. La angustia por la falta de identidad, unida a las secularizaciones, se convertiría en uno de los calvarios de su magisterio.

Unido intrínsecamente a la falta de identidad aparece el hecho de la no distinción. La segregación del sacerdocio para la causa del evangelio, basada en la distinción en la Iglesia de carismas y ministerios, ha encontrado en los años postconciliares una contestación que lleva a la identificación sacerdotal con cualquier otro género de vida¹⁰. Por ello, cuando el Papa habla de la identidad, siempre concluye con caracteres diferenciadores en la vida sacerdotal.

b) *Las razones*

Junto al hecho de la falta de identidad, las causas, señaladas también por su magisterio: por una parte, son causas extraeclesiales: la situación del mundo que, alejado de una visión trascendente, justifica la identidad sacerdotal desde un mero humanismo que no hace distinciones¹¹; por otra, las causas intraeclesiales de un período postconciliar no rectamente asumido. La salida de la Iglesia al mundo o el diálogo propiciado por los documentos conciliares ha podido tener la contrapartida de no encontrar el sacerdote el lugar de situación en una misión que ha sido definida desde nuevos presupuestos. El que la Iglesia deje a un lado derechos y privilegios puede llevar al equívoco de dejar también características de vida diferenciadas¹² e identificarse con el mundo. El espíritu de contestación ante situaciones anteriores desde la renovación operada puede fácilmente degenerar en la novedad de opiniones en boga destructoras de la fidelidad eclesial¹³.

El problema de la identidad, tal y como es presentado, afecta tanto a la teoría como a la práctica, al ser y al obrar sacerdotal. En realidad, no son separables. De ahí que, junto al tema teológico de la falta de identidad, aparezca siempre el tema existencial de las secularizaciones.

c) *La valoración*

Encuadrado como está siempre el tema del sacerdocio en una eclesiología más amplia, no es de extrañar que la crisis de identidad repercuta seriamente en la Iglesia que sufre continuamente por el escándalo producido por los resultados de la falta de identidad¹⁴. Este sufrimiento afecta de un modo especial al propio pontífice que no duda en decir que «ésta

es nuestra corona de espinas»¹⁵ y en ir agravando los calificativos a esa situación en la vida de la Iglesia¹⁶ para la que él mismo había buscado salida¹⁷.

Junto a la situación de crisis de identidad, y también como posible causa de ella, aparece la minusvaloración de la figura del sacerdote por la sociedad actual, que se concreta en un rechazo que afecta al sacerdocio y a su misión más que en otras épocas históricas. La razón de esta postura hostil es la muestra más evidente de la necesidad del sacerdote para este momento histórico¹⁸.

Es claro que, en un ambiente contrario al ministerio sacerdotal, la Iglesia ha de hacer todos los esfuerzos necesarios para contrarrestar sus efectos desde una concienciación en sus fieles de lo que el sacerdocio es y supone en el plan de salvación, desde una distinción precisa entre el sacerdocio común y ministerial para que las enseñanzas del Concilio no lleven a equívocos, desde la necesidad de su presencia para que la Iglesia lleve a cabo su misión¹⁹. La acción del sacerdote en la Iglesia merece la consideración, afecto y ayuda²⁰ de todos los miembros de la Iglesia, al mismo tiempo que una preocupación prioritaria por ellos y por los futuros sacerdotes, por su formación y por su vida²¹. Las palabras de Pablo VI a lo largo de su pontificado muestran una especial predilección y cariño por sus sacerdotes.

Sin embargo hay una descompensación clara entre los textos que valoran al sacerdocio y los que muestran su preocupación por la situación de crisis de identidad en que los sacerdotes viven. Es verdad que no es cualitativa, pero sí claramente cuantitativa. Ciertamente encontramos textos que, para señalar la identidad y sus rasgos específicos, comienzan con una larga alabanza del sacerdocio ministerial²². Pero la gravedad del problema que está viviendo la Iglesia en su pontificado le hace olvidar la insistencia en la valoración desde una repetición casi machacona de una situación eclesial difícil. Su labor de Pastor universal se lo exigía, pero la totalidad de sus textos deja un cierto sabor a amargura y la lectura histórica puede hacer olvidar la presencia de la fidelidad de tantos sacerdotes en la propia vocación y la vida desde una identidad que, puesta a prueba, supo resistir valientemente.

Quizá sus palabras sean la muestra del destino de las primeras generaciones sacerdotales conciliares y postconciliares que, viviendo en una identidad continuamente atacada y al lado de los que abandonaron el sacerdocio por las causas que fueran, no han sido reconocidas y valoradas, e incluso han visto con frecuencia cómo la sospecha ha acompañado lo que claramente ha sido su fidelidad.

2. La definición de la identidad

Urgido por la situación descrita, Pablo VI hace de su magisterio una defensa apasionada de la identidad sacerdotal. Me atrevo a decir sin dudas que el tema de la identidad es el eje en torno al que va a girar su pensamiento. Y además va a ser el foco vertebrador de toda su doctrina en torno al celibato, doctrina tan abundante y que, en una mirada simplemente superficial²³, ha podido ser recordada y evaluada como el centro de su visión sacerdotal. El sacerdote es célibe por su identidad y no es precisamente el celibato quien la constituye.

a) *El telón de fondo*

El tema de la identidad tiene en todos sus escritos un ámbito de discusión que se adivina bajo las diversas circunstancias de sus palabras y bajo la multitud de sus páginas: el problema de la distinción entre el ser y la función. Esto es, ¿el sacerdocio configura como tal a la persona o solamente es capacidad para realizar unos determinados actos? Problema

ya viejo en la historia de la teología, pero que revive en los años conciliares y postconciliares con renovada virulencia.

La respuesta de su magisterio es siempre clara y no deja lugar a dudas. No puede haber distinción entre el ser y el obrar porque, en el sacerdocio, se sustentan mutuamente. El sacerdote actúa porque es²⁴; pero a la vez, el ser está requerido por la misma función. No es posible, por tanto, entender la vocación y la misión desde compartimentos estancos o, lo que es lo mismo, la ontología y la funcionalidad sacerdotal se autoimplican y se autoexplican. La falta de identidad a la que antes me refería suele tener su origen en una separación artificial de estos dos factores a cuya luz podemos entender el sacerdocio.

b) *La descripción de la identidad sacerdotal*

El tema fue abordado mejor que en ninguna otra ocasión en el tradicional discurso a los sacerdotes de Roma al comienzo de la cuaresma del año 1972²⁵. Siguiendo sus mismos pasos, podemos decir que el sacerdote es un llamado, un elegido y un apóstol. Voy a detenerme en estas tres palabras.

1) Llamado. El diálogo Dios-hombre, que está en la base del sacerdocio, también está en el origen de su identidad. De ahí que «lo que más necesita nuestro clero actualmente es volver a tomar conciencia firme y confiada de su propia vocación»²⁶. En efecto, la llamada de Dios ha configurado la propia existencia. No se trata de una llamada dirigida a una acción determinada, sino, antes que nada, sea cual sea la forma como se ha recibido, un diálogo interior que, sentido en la intimidad de la conciencia, llega a todas las manifestaciones de la experiencia²⁷. Y es que, cuando Dios llama, solamente se puede responder con un sí configurador de la propia vida, que es quien, en definitiva, autentifica la verdad del diálogo. En esa llamada se manifiesta la iniciativa preferencial de Dios, el amor a la persona a quien es dirigida y la búsqueda de una respuesta personal, libre y amorosa²⁸. Por ello se constituye en punto de referencia de toda una vida que encuentra en esa llamada la razón última de su ser.

No es de extrañar que el Papa Montini dedique al tema de la vocación sus más bellas palabras: «La famosa cuestión de la vocación afecta a la personalidad y al destino de cada uno de nosotros. Cualquiera que haya sido la circunstancia y la educación de nuestra vocación, ella es lo más interesante que hay en la historia personal de nuestra vida [...]. Ella ha señalado el momento más alto para el uso de nuestra libertad, que ha pensado, reflexionado, querido, decidido. Ella ha provocado la gran elección de nuestra vida [...]. Nuestra respuesta, contra la volubilidad del hombre sin ideales más altos que él, ha comprometido nuestra existencia: la forma, la medida, la duración de nuestra oferta; es, por tanto, la página histórica de nuestro acontecer humano, la más bella, la más ideal: ¡cuidado con devaluarla! Ella ha cualificado con su formidable sí nuestra vida, como la de uno segregado del estilo común con que llevan los demás la propia»²⁹.

El protagonismo de Dios en la llamada se convertirá después en protagonismo de Dios en todo el ser y el actuar sacerdotal. Como en la llamada a los grandes personajes bíblicos, como en la de María, la grandeza de Dios se muestra en la pequeñez humana para que el hombre adivine y presienta de quién es la obra³⁰. Y es en ese protagonismo donde está la raíz de la fuerza y de la confianza para afrontar la misión. Con la mirada fija en ella, es posible empeñarse hasta el final de la propia vida en la tarea confiada³¹. El sacerdocio se muestra así como un misterio de diálogo de gracia que solamente en la iniciativa divina encuentra su consistencia.

De ahí que quien tiene conciencia de su vocación, tiene también la certeza de su identidad sacerdotal y la muestra en su fecundidad apostólica³². Es aquí donde la llamada vocacional

recibida se convierte en posibilidad de vida para otros, en llamada vocacional ofertada. En más de una ocasión, Pablo VI habla de cómo la vida coherente con la propia vocación tiene más valor como llamada que otras voces presentes en nuestro mundo³³. Este tema fue desarrollado frecuentemente en sus mensajes para las jornadas de oración por las vocaciones.

2) Discípulo. Palabra que hace referencia necesaria a la figura del Maestro. El cristocentrismo presente en toda la doctrina montiniana, desde su primer magisterio³⁴ hasta informar la totalidad de su visión eclesial³⁵, se muestra también como uno de los destacados elementos estructuradores de su concepción sacerdotal. Discípulo en el sentido pasivo de quien aprende, pero también en el activo de quien enseña después la doctrina de su maestro. Discípulo que escucha y, a su vez, discípulo que imita³⁶. Solamente desde esta relación sacerdote-Cristo es posible comprender la misión de enseñar. Una vez más el binomio ser-actuar.

El ser discípulo encarna claramente una identidad de vida que se traduce en distinción de otras formas de existencia. Ser discípulo es el presupuesto para ser apóstol. E implica una forma de vida diversa caracterizada por la acción del maestro que «los quiso dedicados a Él, con una donación completa, con un compromiso irreversible, contando sí, con su libre y espontánea respuesta, pero exigiendo de antemano una renuncia total y una inmolación heroica»³⁷. La tarea apostólica sacerdotal proviene de una configuración sacramental con el mismo Cristo, en la que me detendré más tarde, y que ha sido tradicionalmente el origen del apelativo *alter Christus*³⁸ con el que la espiritualidad sacerdotal ha querido expresar esta relación ontológica. Aunque Pablo VI es muy cauto con esta denominación, precisamente porque sus precisiones cristológicas son muy atinadas, emplea en más de una ocasión el apelativo con sus reservas ortográficamente señaladas.

Cristo es el modelo de vida sacerdotal, que identifica y acota tanto las virtudes sacerdotales (pobreza, humildad, sacrificio, generosidad, pureza de costumbres³⁹...) como el campo de acción en el que debe desarrollar su vida⁴⁰. Es en esta relación cristológica y cristocéntrica donde deben ser situadas sus reflexiones y disposiciones en torno al celibato sacerdotal, tanto en los grandes documentos⁴¹ como en sus pequeños discursos en los que lo justifica desde «el amor único, inmolado, incomparable e inextinguible a Cristo Señor»⁴². Aunque razones de dominio de sí mismo y de disponibilidad para el ministerio también estén presentes, nunca hemos de olvidar la relación especial del sacerdocio ministerial con Cristo como fuente de la que brota una vida célibe.

Esta relación, finalmente, se muestra en el campo de la santidad. Porque la santidad es la presencia de lo otro, de lo distinto, precisamente es por ello la prueba más evidente de una identidad y de una distinción en el ser y en el obrar. Y también es la muestra de una identificación con el único que puede llevar con propiedad el nombre de Santo. De ahí que en su vida la santidad sea el ornato que ha de resplandecer por encima de todas las demás cualidades humanas⁴³ y también la luz de una existencia que invita a ser seguida⁴⁴ por quienes ven en ella plenitud de sentido. La distinción sacerdotal del ser discípulos se muestra como origen de la llamada vocacional de otros al seguimiento.

3) Apóstol. Ser llamado y ser discípulo desemboca claramente en la misión, en el apostolado, porque él es la causa última de la vocación. Si el ser discípulo se convertía en una configuración sacramental con Cristo es porque la misión del sacerdote es prolongación de la misión salvífica divino-humana de Jesucristo⁴⁵ por la que la comunión de Dios se hace ofrecimiento para los hombres. Esta misión va a ser la que continuamente caracterice el actuar sacerdotal en medio del mundo.

En unos momentos en los que la discusión sobre la vida sacerdotal giraba en torno a una existencia que fuera sal precisamente por estar confundida y mezclada con las otras vidas, que mostrara la buena noticia del evangelio allí donde los hombres ejercen sus trabajos, Pablo VI apuesta claramente por una vida informada por el ministerio. El estudio sobre el laicado realizado por el Vaticano II le apoyaba en sus convicciones. No es propio de la vida sacerdotal el insertarse en las estructuras sociales y asumir competencias temporales, sino la función del ministerio del evangelio y de la gracia⁴⁶. Esta forma de vida no ha de ser puesta en discusión ni se ha de dudar de la capacidad que ella tiene para llenar el corazón del hombre, para darle la felicidad y para realizarle plenamente⁴⁷. La entrega a Cristo y a la Iglesia en una dedicación total es signo del Reino de Dios en medio del mundo.

Esta vida caracterizada por la misión ni separa de los hombres ni sitúa al sacerdote por encima de ellos. Es precisamente servicio. Las palabras del Papa se sitúan en el interior de una eclesiología que siempre desarrolló y en la que toda la misión de la Iglesia es concebida desde el servicio. La misión envía a los hermanos, no separa de ellos⁴⁸. La caridad de Cristo que funda la misión en la Iglesia se sitúa siempre en una comprensión de la propia existencia como donación de sí mismo.

Es en esta disponibilidad para la misión donde Pablo VI encuentra una razón más para la vida célibe. Y así el celibato no es un estado anacrónico de vida, sino la libertad plena de quien se da al servicio⁴⁹. No es un obstáculo; es un atributo para el diálogo con el mundo y para la realización de la propia misión. Una vez más vemos la interrelación profunda que existe entre la persona y la obra, entre la vocación y la misión.

c) *El fundamento teológico*

Sin embargo, para el teólogo no basta la enumeración descriptiva de las cualidades sacerdotales para explicar su identidad. Y menos en este caso. En primer lugar porque las tres características analizadas, si no tienen una fundamentación que las sustente, pueden quedar en el campo de una exterioridad que solamente compromete; y en segundo, porque después de la teología del laicado surgida de los documentos conciliares y desarrollada en la Iglesia, no se puede afirmar que estas características no sean laicales o no tengan su origen sacramental en el bautismo. La última exhortación apostólica postsinodal *Christifideles laici* es una buena prueba de ello. Todo miembro del Pueblo de Dios, por el hecho de haber recibido el bautismo es un llamado, un discípulo y un apóstol. Su bautismo le ha situado en el ámbito del sacerdocio de Cristo y puede con propiedad llamarse sacerdote.

Pablo VI es consciente del problema y ve en él una de las fuentes de la problemática en torno a la identidad. Haber devuelto la dignidad de los miembros del Pueblo de Dios no implica, sin embargo, una disminución en la del sacerdocio ministerial o un empequeñecimiento de sus funciones. La diferencia esencial y no gradual entre el sacerdocio común y el ministerial, señalada por la doctrina conciliar⁵⁰, encuentra amplio eco en su ministerio. Desde la misma voluntad del Señor Jesús⁵¹, pasando por la diversidad orgánica que es principio constitucional de la Iglesia⁵², hasta desembocar en la celebración eucarística, momento constituyente de la Iglesia y manifestador de la diferencia del sacerdocio⁵³, sus palabras no dejan de mostrar la distinción y el error de quienes han visto en la doctrina conciliar la causa de una pérdida de identidad sacerdotal.

En su magisterio, más o menos explicitado porque es cierto que el tema teológicamente es menos tratado, aparece una identidad sacramental distinta del bautismo que se explica desde Cristo, por la obra del Espíritu y en el interior de la comunidad creyente. Entremos en cada una de estas partes desde las posibilidades que nos dan sus propio textos.

1) Desde Cristo. Hablar de que la razón de la identidad sacerdotal está en Cristo⁵⁴, es decir muy poco. No porque no sea verdad, sino porque no soluciona el dilema de la distinción del sacerdocio común que también encuentra su identidad en Cristo. Hay que dar más pasos.

Si bien es verdad que todo bautizado continúa en la historia la misión de Cristo y, en este sentido, participa de su sacerdocio, el Vaticano II había hablado de la representación de Cristo como Cabeza de su Pueblo y esa representación es don que se da sacramentalmente por la imposición de las manos⁵⁵. La doctrina es claramente heredera de la encíclica *Mystici Corporis* de Pío XII en la que entre Cristo y la Iglesia se establecía una doble relación. Por una parte, toda la Iglesia continúa en el mundo la mediación salvífica ejercida por el cuerpo de Cristo y, desde ahí más que desde otras ideas de carácter misticista, la Iglesia puede llamarse su Cuerpo; por otra, dentro de su Cuerpo eclesial, él ocupa el papel de la Cabeza, de modo que continuamente hace vivir al Cuerpo, le da la gracia y le transmite la comunión en el Espíritu. Estas dos relaciones de la Iglesia con Cristo son el origen de la duplicidad del sacerdocio.

En esta perspectiva se sitúa el Vaticano II al hablar de su actuación *in persona Christi capitis*. El sacerdocio ministerial es sacramento de Cristo en cuanto que convoca, congrega, alimenta y pastorea a su Pueblo. Sin negar para nada la unicidad de su sacerdocio, lo hace presente sacramentalmente en medio del Pueblo constituyéndolo. Ese Pueblo constituido es mediación sacramental para el mundo y representa también el sacerdocio de Cristo para la salvación de los hombres.

Pues bien, las distintas intervenciones en torno al sacerdocio de Pablo VI son una especie de piezas de rompecabezas que solamente en esta visión pueden encontrar unidad. Sin que aparezca un desarrollo sistemático del tema, sí apreciamos en sus escritos retazos de esta teología sacerdotal.

En ellos se nos habla de que el sacerdocio ministerial renueva «en el mundo de forma especial la presencia de Cristo Salvador»⁵⁶, se nos dice también que «a través del sacerdocio ministerial el pueblo cristiano encontrará a su Salvador y será atraído a la comunión con el Padre y el Espíritu Santo»⁵⁷, se refiere a él en términos de asociación a Cristo, «a su ministerio de salvación y de comunión»⁵⁸ y, tras referirse al poder de realizar determinadas funciones como vehículos de la Palabra y de la Gracia, concluye: «Vuestras personas quedarán así transformadas de un modo tal que podréis, no sólo representar a Cristo, sino también actuar en cierta medida igual que Él, en virtud de una delegación que imprimirá un «carácter» indeleble en vuestros espíritus y os hará semejantes a él, cual *alter Christus*»⁵⁹.

Nuevamente encontramos con sus reservas el *alter Christus* en las palabras de su magisterio. Por supuesto, la denominación es analógica, pero ya entendemos un poco mejor qué es lo que quiere decir y cómo puede ser aplicada de un modo distinto al sacerdocio ministerial, aunque todo cristiano sea un *alter Christus*. En el discurso al clero romano de la cuaresma de 1969 y en una de las audiencias generales en los tiempos sinodales de 1971 haría de esta denominación objeto de su catequesis⁶⁰ y la explicaría desde el carácter, esto es, desde el sacramento.

Uniéndola toda esta temática al problema y a la situación de la crisis de identidad, no es de extrañar que en esta configuración sacramental recalcará el Papa Montini con énfasis la dignidad del sacerdocio⁶¹ y pusiera en ella la razón de una espiritualidad sacerdotal fuente de una gran confianza⁶². En realidad, la teología posterior iba a hablar de la espiritualidad propia del Presbiterio haciéndola surgir de esta raíz⁶³. Es uno de los temas que bien merecen ser más desarrollados en la teología del sacerdocio hoy.

2) Por la obra del Espíritu. Hablar de una configuración sacramental, es lo mismo que hacer del Espíritu Santo responsable de esta obra. Afortunadamente la teología contemporánea ha subrayado el protagonismo del Espíritu en todo hecho sacramental y los rituales renovados desde la doctrina conciliar han sabido recalcar mucho más esta acción de la tercera Persona de la Trinidad en el desarrollo de la liturgia sacramental. De este modo, la persona recibe el Espíritu, quien hace de ella una criatura nueva a la vez que la capacita para una misión determinada en la Iglesia y en el mundo.

Así concibe Pablo VI la ordenación sacerdotal en la que «el Espíritu Santo infunde en el discípulo elegido, elevado al grado de ministro de Dios, por Cristo, en la Iglesia, la transmisión de potestades espirituales»⁶⁴. Ministro y poderes; ser y misión íntimamente unidas por la acción sacramental fruto del Espíritu del Señor Resucitado.

La acción del Espíritu es concebida en íntima conexión con Cristo y con la Iglesia, como hemos leído. Con Cristo, porque el Espíritu es fruto de la Pascua del Señor y configura con él en su capitalidad; con la Iglesia, porque su acción en el sacramento del orden no es independiente de toda su actuación en la constitución de la comunidad eclesial, tanto en sus aspectos invisibles de gracia como en los visibles institucionales⁶⁵. El Espíritu es dado en la ordenación sacerdotal en la Iglesia y para la Iglesia.

Dentro de la efusión del Espíritu en la economía sacramental, también el sacramento del orden tiene su identidad. En el sacerdote el Espíritu es dado para que pueda ser transmitido, para hacer de él «vehículo de la acción santificante del Paráclito»⁶⁶. O lo que es lo mismo, gracias al ministerio se construye la Iglesia. De esta forma, la ordenación sacerdotal se entronca en la apostolicidad de la Iglesia. Aunque el tema no esté desarrollado en sus escritos, aquí habría que situar el origen del presbiterio y la participación del presbiterado en el ministerio del obispo. Aunque la fidelidad a sus escritos no nos permite desarrollar el tema, al menos sí es conveniente el sugerirlo por la importancia que tiene tanto en su comprensión como en la relación posterior con las Iglesias locales.

3) En el interior de la comunión de los creyentes. Elemento intrínsecamente unido a los dos ya desarrollados a la hora de explicar teológicamente el ministerio. El origen cristológico y pneumatológico del presbiterado es inseparable del misterio de la comunión eclesial. Aquí sí que podemos decir que esta afirmación está diseminada a lo largo y ancho de todo el magisterio de Pablo VI. Y no podía ser de otra manera porque su rica eclesiología se lo hubiera impedido. El sacerdocio se explica como fruto del ser mismo de la Iglesia, pero también como una de las causas de su eclesialidad. No sólo porque se encuadre dentro de la diversidad de funciones, carismas y ministerios que manifiestan la riqueza de la Iglesia, sino también porque su misión de alguna manera la constituye como desarrollará en el último punto de este trabajo.

El Papa Montini, buen conocedor de la teología contemporánea, encuadra en la sacramentalidad de la Iglesia cada uno de sus hechos sacramentales. Si ha tratado el tema de la identidad sacerdotal desde la configuración sacramental con Cristo Cabeza, es lógico que la visión sea siempre descrita en el ámbito de la comunión eclesial.

Esta comunión es tal en la medida en que en ella se manifieste la diversidad de funciones fruto del Espíritu. Es importante remarcar este protagonismo del Espíritu porque, dado para una misión concreta, es el mismo garante del ministerio. De ahí que no sea la presencia del sacerdote en la Iglesia algo que los mismos miembros se dan para asegurar sus funciones, una especie de democratización eclesial⁶⁷, sino, al ser el resultado de un hecho sacramental, algo que atañe a la misma constitución eclesial y realizado por la donación del mismo Espíritu de Dios presente en el sacramento.

Pero la identidad sacerdotal así entendida convierte inmediatamente el ministerio en un servicio a la comunidad eclesial. La fundamentación sacramental del sacerdocio hace que no sea entendido como una potestad derivada de la comunidad, pero sí que exista solamente al servicio de la comunidad⁶⁸. Con ello, la distinción no es lejanía, sino servicio; no sitúa por encima de la comunidad eclesial, sino en su centro para construirla. La potestad ministerial deriva así en responsabilidad tanto ante Cristo de quien toma su origen, como ante la comunidad para cuyo servicio se ha dado. No puede ser vivido el sacerdocio sin que sea servicio a ambas realidades que lo constituyen.

En el interior de la vida de la comunidad eclesial, a la que contribuye con su palabra, con la significatividad de su unidad, con su servicio y con su administración sacramental –temas repetidos frecuentemente por el magisterio de Pablo VI–, tiene una importancia especial el servicio de la Eucaristía.

No se trata en este caso de la mera administración de la vitalidad sacramental de la Iglesia que «exige un ministerio y un rito preciso»⁶⁹, según sus palabras, sino de que el principal misterio del sacerdocio está en que «acompaña al ministerio eucarístico, compenetrándose y confundiendo con él»⁷⁰. Si es precisamente la Eucaristía el sacramento que constituye a la Iglesia, además de manifestarla, en ella encontraríamos la verdad última de la identidad sacerdotal y el puesto que el sacerdocio ministerial tiene en la comunión eclesial.

Eucaristía y sacerdocio ministerial forman una unidad que sólo se entiende a la luz del sacerdocio de Cristo y del servicio a la comunidad eclesial. Entendida la Eucaristía en toda su plenitud y en su relación con todo el misterio de la Iglesia, podemos ver en ella la razón última del ministerio, de un ministerio específico que brota del sacerdocio de Cristo con el mismo misterio eucarístico⁷¹. El sacerdocio ministerial guarda una estrecha relación con la presencia de la Eucaristía en la Iglesia, él es quien la realiza, su custodia y su fuente⁷². Por eso los dos sacramentos nacen formando una indisoluble unidad. El tema necesitaría una sistematización mucho mayor, pero nos encontramos con palabras de magisterio más que de elaboración teológica; sin embargo, la riqueza de esta relación es sugerentemente apuntada en muchos de sus discursos.

En estos tres ámbitos, Cristo, Espíritu e Iglesia, desde los que se entiende y explica la configuración sacramental del sacerdocio, está la razón de la identidad de la vida sacerdotal y el eje de la temática desarrollada en este trabajo. Pasemos ahora a nuevos temas desde los que el sacerdocio es contemplado en sus escritos.

3. El sacerdocio vivido en un presbiterio

El desarrollo del tema de la identidad sacerdotal que hasta ahora he realizado puede conducir a un error tanto en la teología y espiritualidad sacerdotal como en los escritos de Pablo VI que estoy analizando. Profundizando en la persona del presbítero hemos dejado a un lado la fraternidad sacerdotal del presbiterio. Encuadrando su servicio en la comunión eclesial no hemos entrado todavía en el servicio a una Iglesia local concreta. Y ambos temas son necesarios para una visión global del pensamiento sacerdotal y del de Pablo VI que se muestra también aquí fiel seguidor del Concilio.

En efecto, el tratamiento del sacerdocio que encontramos en los documentos del Vaticano II, tanto en la *Lumen gentium* como en el *Presbyterorum Ordinis*, surgidos a la luz de una teología bastante desarrollada del presbiterio⁷³, conciben el sacramento del presbiterado como una participación en el ministerio episcopal y como una inclusión en un presbiterio para el servicio de una Iglesia local. El tema iba a dar origen en la época postconciliar tanto a una concepción teológico-espiritual en torno al presbiterio que aún hoy se está desarrollando, como a una forma nueva de concebir el trabajo pastoral desde las estructuras

en las que la hermandad presbiteral se hace patente. Lógicamente, aunque no se haga un desarrollo de esta teología, sí encontramos repercusiones aunque no muy frecuentes de ella en el magisterio que analizamos.

a) *El fundamento del presbiterio*

Pocas son las alusiones que encontramos al fundamento teológico del presbiterio y más las que nos hablan de la vida del sacerdote en torno al ministerio de su obispo. Aquí habría que decir también que las necesidades pastorales y la atención a una situación concreta pudieron más que la reflexión sobre un tema íntimamente unido al de la identidad que está mucho más desarrollado. La falta de disciplina sacerdotal en los años postconciliares llevaron a recalcar con fuerza la necesaria unidad al magisterio y la vida en torno al ministerio episcopal. «No dudéis jamás de vuestro sacerdocio, ni lo aisléis nunca de vuestro obispo ni de la función que tiene en la Santa Iglesia»⁷⁴, decía en una ordenación sacerdotal y este sería casi siempre el tono de sus intervenciones.

Se ha dicho con frecuencia que el Vaticano II desarrolló mucho la teología episcopal y poco la presbiteral. De hecho, ha sido necesario un serio avance posterior en torno a la figura del presbítero. Pues bien, Pablo VI, fiel seguidor del Concilio, desarrolla el tema del presbiterio más desde el ministerio episcopal y desde la funcionalidad que desde una teología del presbiterio, que en muchos de sus contornos está aún por hacer. Y así, al comienzo de su ministerio pontificio, habla de la relación espiritual del presbítero con el obispo que está más allá de las relaciones jurídicas y disciplinarias, habla de la colaboración en el plano apostólico diocesano⁷⁵, pero la profundización no es mucho mayor.

Más tarde, encontramos en el discurso de comienzos de la cuaresma de 1970 una clara referencia al presbiterio para entenderlo desde la participación en el ministerio del obispo desde el que se entiende el ministerio presbiteral⁷⁶, para terminar hablando de él como estructura y función⁷⁷. El tema es abordado nuevamente más desde el episcopado y la funcionalidad, aunque en este discurso se habla de razones de comunión para justificar la estructura.

En los últimos años de su magisterio, en la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, hay una breve alusión al presbiterio con palabras nuevas y que han encontrado por fin la fuente del presbiterio, aunque no esté desarrollado el tema: «los sacerdotes y diáconos, unidos a sus obispos, de los que son colaboradores, por una comunión que tiene su origen en el sacramento del orden y en la caridad de la Iglesia»⁷⁸. Un desarrollo de este origen sacramental uniría intrínsecamente el tema del presbiterio al mismo tema del sacerdocio.

No sé si las tres calas históricas son pura coincidencia o si muestran un avance progresivo en la doctrina, pero sí son claramente significativas.

b) *El trabajo común*

Cuando pasamos de la teoría a la pastoral, nos encontramos con la misma realidad. Se habla más de la efectividad de un trabajo realizado en común, de la practicidad de una pastoral conjunta que del presbiterio como sujeto conjunto de la actividad sacerdotal de una Iglesia local, con las exigencias que ello impone a la hora de entender cada sacerdote su propio ministerio. El pensamiento aquí es rigurosamente lógico: a una teoría teológica corresponde una teoría pastoral concreta. Por eso nos enfrentamos con la misma laguna.

Y así la conjunción del presbiterio en la acción es vista desde el ministerio del obispo que une, valora, potencia y estimula las características de los sacerdotes para que formen en torno a él un cuerpo unido que afronte la tarea de la pastoral diocesana⁷⁹; y desde la obediencia que, practicada por el presbítero imitando a Jesucristo, asegura la unión entre el obispo y el sacerdote y entre los sacerdotes entre sí para la fecundidad del trabajo

apostólico⁸⁰. En estos casos, la tarea pastoral presbiteral es vista desde el ministerio del obispo que une a los sacerdotes para la acción.

En otras ocasiones, el tema es abordado desde la efectividad de la acción misma que exige la conjunción de esfuerzos para poder ser realizada. La unión, convergencia de métodos, objetivos, la programación conjunta pastoral exige una unidad que la sustente⁸¹. Esta misma efectividad exige la reunión continua de los sacerdotes para que juntos proyecten sus tareas e impone una forma de trabajo común⁸².

Siendo verdad todo lo dicho, encuentro una descompensación entre el tratamiento de la identidad sacerdotal tanto en su ser como en su obrar y el tratamiento del ser y del obrar del presbiterio. Una doctrina está mucho más desarrollada que la otra.

c) *Las relaciones obispo-presbíteros*

La ausencia de una profundización en el tema teológico no impide el que Pablo VI muestre claramente sus características de pastor a la hora de hablar con sus obispos de las relaciones que habían de tener con los presbíteros de su presbiterio. En este sentido, y haciéndose eco de los textos conciliares⁸³, recuerda a los obispos la atención prioritaria a su presbiterio como parte esencial de su ministerio pastoral⁸⁴. En una situación de problemática sacerdotal como la que en la Iglesia se estaba viviendo, continuamente ese cuidado, diría hasta mismo, del Papa por sus sacerdotes se convierte en exhortación continua para los obispos.

Ese cuidado es, ante todo, amor no basado en consideraciones utilitaristas de eficacia pastoral sino una realidad de comunión del obispo con el presbiterio que le lleve desde la preocupación continua por sus condiciones de vida hasta el compartir con ellos las distintas circunstancias de la vida⁸⁵. Es también amistad, una amistad que no está lejos de la exigencia sino que la favorece y que se traduce después en felicidad y rendimiento apostólico por parte de los presbíteros que ven al obispo acompañándoles⁸⁶. Y es, por último, intimidad con ellos en la que el obispo se muestra, además de como amigo, como padre⁸⁷. Son los momentos de las Visitas ad Limina los más apropiados para que el Papa haga estas consideraciones y exhorte a los obispos al cuidado exquisito de su presbiterio.

En medio de esta preocupación de su magisterio por el presbiterio, encontramos una opción prioritaria: los jóvenes. Opción que se muestra como necesidad en los tiempos de su pontificado⁸⁸ y que estará siempre presente desde el comienzo hasta el final para atender a las dificultades del clero joven⁸⁹. Una vez más la preocupación se convierte en manifestación de una situación difícil para la identidad sacerdotal.

4. Renovación del sacerdote – renovación de la Iglesia

El pontificado de Pablo VI en sus discursos programáticos se había presentado como una opción clara por la renovación eclesial. A lo largo de los años, esta renovación de la Iglesia tanto en su interior como en sus aspectos de diálogo con el mundo ocupó muchas de sus palabras, así como también las posibles desviaciones de una renovación que no viviera la fidelidad a lo que la Iglesia es.

Si hemos visto en las páginas anteriores que, entre el ser de la Iglesia y el ser del sacerdote se establecen relaciones y paralelismos que no responden solamente a la funcionalidad del lugar donde se desarrolla una tarea, sino al ser el sacerdocio uno de los elementos constitutivos del misterio eclesial, nada de extraño tiene el que, dentro de su renovación eclesiológica, tema asiduo de sus discursos, aparezca la renovación sacerdotal como una de las causas que la hará posible.

Esta renovación tendrá caracteres formativos, pero insistirá de un modo especial en la interioridad de la persona para autentificar la misión que realiza.

a) *Necesidad de la renovación sacerdotal*

Leyendo los escritos de Pablo VI, el tema de la renovación y de la formación de los sacerdotes no es un añadido a su tarea, sino que forma parte esencial de ella y se debe a la fidelidad a aquello que los constituye y a lo que se les ha confiado. De hecho, cuando habla a los sacerdotes, no deja de decir que los quiere grandes en todo, tanto en cualidades humanas, como en sabiduría, como en gracia, como en ansias de evangelizar, pero, ante todo, grandes en el amor y en el celo apostólico de su ministerio⁹⁰. Esta grandeza es directamente proporcional al tema de la formación permanente para desempeñar la propia misión.

La formación del sacerdote se apoya en un doble pilar. Por una parte, la formación intelectual que ocupa la doble vertiente de las ciencias sagradas, de la profundización en los contenidos de la fe y en los grandes valores del cristianismo; y del conocimiento del mundo actual con sus ideologías, sus valores morales y hasta su forma de divertirse para conocer con exactitud a los destinatarios del Evangelio⁹¹. Por otra, una profundización en la propia espiritualidad, tanto en sus aspectos personales como comunitarios, desde la que la misión cobra autenticidad y en la que el Pueblo cristiano puede ver la capacidad transformadora del mensaje transmitido por los sacerdotes⁹². Equilibrando ambos tipos de formación, el sacerdote puede dar respuesta a los nuevos retos que la evangelización va presentando a su misión.

Es necesario resaltar que la formación no es comprendida solamente como una puesta a punto del sacerdote ante la nueva situación. No se trata solamente de una fidelidad externa, sino ante todo de un crecimiento interior urgido por la propia identidad. Dentro de una economía sacramental, lo externo y lo interno se relacionan desde las categorías significativas y sacramentales. La formación permanente en el estudio y el conocimiento no es más que el aspecto visible de un crecimiento interior desde la fidelidad a Jesucristo, desde cuyo servicio sacerdotal el presbítero ha entendido su vida.

b) *En paralelismo con el Concilio*

Cuando, en los comienzos de la segunda sesión conciliar, Pablo VI hablaba de una renovación de la Iglesia desde una conciencia mucho más clara de su ser y de su misión, y de una relación con Jesucristo desde la que debería autoentenderse⁹³, no solamente estaba marcando un camino para el Concilio, sino para todo lo que fue su pontificado y el tiempo postconciliar. Sabemos que, a partir de aquel momento, la Iglesia proyectó su renovación desde la concienciación de todos sus miembros en las ideas presentes en la Constitución Dogmática Conciliar sobre la Iglesia. La casi totalidad de los mismos documentos conciliares fue deudora de la elaboración o de la promulgación de la *Lumen gentium*. A partir de entonces, las ideas eclesiológicas brotadas de la Constitución o consagradas en ella se convirtieron en el centro vertebrador de toda formación y de toda nueva actividad eclesial.

No es de extrañar, por tanto, el que, a la hora de hablar el Papa a los sacerdotes sobre su renovación, insista en que uno de los puntos fundamentales ha de ser la renovación eclesiológica a la luz de los documentos del Vaticano II. En su discurso al clero romano del 15 de marzo del 75⁹⁴ hace de esta renovación el objeto de sus palabras, e insiste en tres frentes: el sentido de Iglesia, el sentido comunitario y la iniciativa pastoral. La renovación eclesiológica del clero es uno de los principales pilares para la renovación de la Iglesia en su misión y en sus estructuras: «No queremos ahora hacer apología o entrar en polémica. Sólo queremos decir a todos que debemos construir o reconstruir la Iglesia dentro de nosotros antes de construirla fuera. Debemos reflexionar de nuevo sobre la Iglesia, debemos idealizarla según la eclesiológica auténtica, tal como el Evangelio, la tradición y la

doctrina de la Iglesia la proponen a nuestra mente y sobre todo la presentan a nuestro corazón, a nuestro amor»⁹⁵.

El amor a la Iglesia como fin de la renovación eclesiológica. En el amplísimo magisterio de esta renovación presentada al Pueblo de Dios en las audiencias generales, siempre el amor a la Iglesia es una constante en la que desemboca la doctrina conciliar.

c) *Renovación sacramental*

Dentro de lo que he analizado como teología del sacerdocio en el magisterio de Pablo VI, me he detenido de un modo especial en la celebración sacramental, especialmente la eucarística, como una de las claves para comprender su concepto de sacerdocio. A la hora de hablar de la renovación sacerdotal, no es nada extraño que su magisterio se detuviera en la renovación en la administración de los sacramentos desde los presupuestos que he señalado.

Así lo hizo en el *Discurso al clero romano* del 29 de octubre de 1970 en el que se repiten las ideas expuestas desde la vida sacramental de los sacerdotes. Y lo que ante todo se quiere recalcar es que la acción salvadora de Dios a través de la acción ministerial del hombre es algo que exige la reflexión continua, la admiración renovada, el descubrimiento progresivo⁹⁶. Solamente así la celebración eclesial sacramental tendrá una vitalidad lejana al formalismo externo y casi supersticioso.

Partiendo de la realidad significativa sacramental, Pablo VI insiste en el ministro como parte esencial de sacramento por su mediación salvífica asociada al sacerdocio de Cristo. La renovación sacerdotal en lo que el sacramento es y en la propia vida y espiritualidad al servicio del sacramento hará que la Iglesia pueda celebrar con mayor autenticidad sus misterios, pero hará también que el ministro viva cada vez con mayor intensidad aquello para lo que vive en la Iglesia⁹⁷. No se trata, por tanto, de la necesaria dignidad del signo celebrativo, cosa que, por supuesto, se exige siempre, sino de insertar más seriamente el hecho sacramental en la vida del presbítero para que en él se transparente la fe en la que la celebración se realiza⁹⁸.

Así la misma actualización de una formación permanente entendida desde estos términos será un componente más de la identidad sacerdotal. Ya no se trata de adquisición de nuevos conocimientos, sino de toda una postura existencial vivida desde el ministerio y desde el misterio que actualiza.

5. Sacerdocio y misión

Haberme centrado especialmente en el tema de la identidad del sacerdocio no supone un olvido de la misión. Es más, como ya he dicho, no podemos hacer una separación, teniendo la mentalidad de Pablo VI como base, entre el ser y el hacer sacerdotal.

Todo lo que ha quedado dicho gira ya, por tanto, claramente en torno al tema de la misión. Solamente quiero aportar en este último apartado de mi trabajo algunas consideraciones sobre el tema de la misión en el interior de la Iglesia, teniendo en cuenta que la tarea del sacerdote en el mundo es el argumento de la próxima ponencia.

a) *El presupuesto*

El fundamento de la misión, tal y como hemos visto, es el mismo ser sacerdotal que, al haber encontrado su raíz y su esencia en el sacerdocio de Cristo como Cabeza de la Iglesia, exige la donación total de la propia persona a la causa de la salvación⁹⁹.

Si la vida sacerdotal hace presente en la Iglesia la capitalidad de Cristo, esto solamente puede expresarse desde una identificación de actitudes con él; y la fundamental es concebir toda la vida como don.

De este modo, el ser se convierte en funcional. Lo que se ha recibido tiene valor en cuanto se da. La potestad sacerdotal es beneficio para la Iglesia y, a través de ella, para el mundo. El ministerio es servicio¹⁰⁰. Estar injertado en la apostolicidad de la Iglesia deriva necesariamente en ser apóstol. La autocomprensión sacerdotal nunca puede llevar a considerar el sacerdocio como un fin en sí mismo, sino como un ejercicio de mediación¹⁰¹. El sacerdocio, en sus mismas palabras «es esencialmente social», es expropiación.

De la capitalidad de Cristo la Iglesia recibe la gracia que la constituye. Por eso, antes que toda otra función, la misión del sacerdote en medio de la comunidad de los creyentes se centra en la santificación, en hacer llegar a los hombres la comunión de Dios, la santidad de su gracia. No vivir la vida sacerdotal en torno a la santificación del Pueblo o buscar la propia identidad desde otros presupuestos supone el fracaso del propio sacerdocio¹⁰². Las cualidades y recursos de un sacerdote han de girar en torno a lo que es esta misión y ponerse a su servicio para que la totalidad de la vida muestre unidad.

Vivir al servicio de la santificación, no es estar al margen de los hombres, sino inmersos en medio de los hermanos¹⁰³. La misión tiene unos destinatarios y la propia identidad no separa de ellos, pero los distingue.

b) *La identidad en la misión*

Nuevamente ha aparecido el tema de la identidad. Hablando en repetidas ocasiones, Pablo VI repitió el tema de la identidad en la misión. El Concilio Vaticano II había desarrollado el tema de la misión de la Iglesia desde los presupuestos que las ideas teológicas y pastorales de tiempos del preconcilio habían llevado al aula conciliar¹⁰⁴. Como él mismo confesaba a Jean Guittou¹⁰⁵, ante un mundo descristianizado, la Iglesia ha de hacerse misionera y llevar su palabra allá donde los hombres están sin esperar a que ellos vengan. El sacerdote, pastor y pescador, ha de entrar en los ambientes. Su corazón para la humanidad le descubre continuamente la necesidad del Evangelio por parte de los hombres y la imperiosa urgencia de su tarea en medio de ellos¹⁰⁶. En el interior de la misión la vida sacerdotal tiene que vivir la dialéctica del estar en el mundo sin ser del mundo, de la segregación sin la separación¹⁰⁷. Sin estar, la misión sería imposible; sin distinción no habría nada que llevar. Y según su magisterio, el equilibrio es difícil y ha causado no pocos problemas en los años postconciliares.

La identidad y la distinción se explican desde el tema de la misión misma. Distintos para llevar el Evangelio. Las palabras de Jesús en torno a la sal de la tierra y la luz del mundo son repetidas con frecuencia para iluminar la misión. Y son pronunciadas también para explicar el *unum necessarium* en torno al que tiene que girar la vida del sacerdote¹⁰⁸. Desde ese *unum* hay que relativizar conductas y costumbres, formas de presencia y tipos de actuación. Esa presencia en el mundo no puede impedir nunca el ministerio de gracia y santificación encomendado al sacerdote como fundamento de su identidad. Su servicio sacramental y litúrgico entra a formar parte indisoluble de su misión, de manera que, sin él, la misma misión quedaría desvirtuada¹⁰⁹. El seguimiento conjuga tanto el ir los hombres y estar en medio de ellos con el dejarlo todo por la causa del Evangelio.

Y es que estar en el mundo desde una identidad sacerdotal implica dejar parte de la misión eclesial a la identidad laical. Mientras que el laico ejerce su responsabilidad con una acción directa e inmediata en el orden temporal, el sacerdote en el mismo mundo ejerce el servicio a la fe y a la construcción de la Iglesia¹¹⁰. Su ministerio, no es por eso un servicio menor al mundo y a los hombres.

c) *La construcción de la Iglesia*

La opción obligada del sacerdote en su ministerio y misión es vivir para la construcción de la Iglesia, para la comunión de los hermanos¹¹¹. Hemos visto ya cómo la Iglesia se construye desde la capitalidad de Cristo a través del ministerio sacerdotal, especialmente en sus aspectos de gracia, pero son también frecuentes las alusiones a la construcción de la Iglesia desde una acción pastoral creadora y animadora de la comunidad cristiana; acción creadora en la que él ha de tener una iniciativa clara desde posturas activas y apostólicas¹¹². Sobre la comunidad creada, sus actitudes deben suponer la animación continua de la vida comunitaria. Su servicio se concentra, así, en el crecimiento y desarrollo de la Iglesia.

Esta labor animadora de la comunidad cristiana se especificaba en los primeros años en las tareas pastorales de inculcar los intereses espirituales sobre los intereses humanos¹¹³, o más concretamente, en las tareas educativas de formación de los militantes, formadores de conciencias y educadores cristianos¹¹⁴.

Pero es a partir del Sínodo sobre la evangelización, cuando Pablo VI como Pastor Supremo de la Iglesia inculca en todos la tarea evangelizadora en su significado global y pone a los sacerdotes al servicio de la evangelización. La evangelización que se identifica con toda la tarea de la Iglesia tiene como sujeto a la totalidad del Pueblo de Dios, pero, dentro del Pueblo, es clara la misión del sacerdote.

Los Pastores son los primeros que han de tomar conciencia de la urgencia y la necesidad del anuncio del Evangelio, en cuya respuesta se constituye la Iglesia¹¹⁵. Esta tarea evangelizadora es el sustrato que da unidad e identidad a todo el quehacer pastoral de los sacerdotes. Participando del oficio mediador de Cristo, se colocan en el corazón de la evangelización y se constituyen en sus servidores tanto por el anuncio de la Palabra que convoca a la Iglesia como por el cuidado por la comunidad convocada a la que ellos guían¹¹⁶. La misión sacerdotal está presente en todas las etapas de la evangelización: en la proclamación autorizada de la Palabra, en el reunir y convocar al Pueblo, en su alimento con los sacramentos, en su permanencia en la unidad, en su animación para que viva en medio de los hombres¹¹⁷.

A partir del sínodo del 1974 y de la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* con la que se conmemoraban los diez años posteriores a la clausura del Vaticano II, Pablo VI y la totalidad de la Iglesia harían opción por una pastoral de evangelización en la que aún hoy estamos empeñados. Dentro de esa pastoral, la identidad sacerdotal adquiere nuevos contornos que serían desarrollados tanto doctrinal como pastoralmente en los años posteriores.

d) *En relación con los laicos*

La insistencia puesta por el Vaticano II en la teología del Pueblo de Dios en el protagonismo de todos en la construcción y en la marcha de la Iglesia no impide la diversificación de ministerios, ni hace de ellos compartimentos estancos sin interrelación. La doctrina conciliar había aclarado que el sacerdocio ministerial se ordena al sacerdocio común y encontramos la misma doctrina repetida en lo que es misión del sacerdote en el seno de la comunidad eclesial.

Junto a la misión desarrollada en el número anterior de construcción de la Iglesia y administración sacramental, habría que citar la del acompañamiento de los laicos en el interior de la Iglesia. Este acompañamiento ha de ser de cercanía y escucha¹¹⁸, en unos casos, pero también de aliento que confirme a los miembros del Pueblo de Dios en las exigencias de su fe¹¹⁹; de presencia donde el compromiso laical es esfuerzo por instaurar el Reino¹²⁰.

A la vez, acompañamiento profético para llevar y recordar la palabra del Maestro¹²¹. Y la tarea del acompañamiento y el discernimiento espiritual con ellos para que vayan creciendo en una verdadera espiritualidad¹²².

Sin embargo todas estas tareas de acompañamiento y discernimiento no anulan la misión propia del laicado en el interior de la Iglesia y en su trabajo en el mundo. Desde una teología del laicado desarrollada en los años preconciliares y culminada con su aprobación por los documentos del Vaticano II, el papel del laico no es visto como prolongación de la misión sacerdotal, sino que ambas tareas se autoafirman en el mutuo contacto dentro de la organicidad eclesial. El «clero tiene la obligación de ayudar a los laicos a cumplir su propia función en la Iglesia y en el mundo, con la autonomía que les pertenece»¹²³, pero cada uno interviene en la misión desde su vocación propia y específica.

Esto no quiere decir que la Iglesia deba pasar de un clericalismo a un laicalismo en el que la autonomía laical prescindiera de la misión sacerdotal, sino que una articulación de vocaciones, muestra de que la Iglesia no es un conglomerado de fuerzas sino una comunión, lleve adelante la misión global, evangelizadora de la Iglesia¹²⁴. Ciertamente la nueva teología de los ministerios en la Iglesia no se ha visto exenta de serios problemas pastorales, pero la acción del Espíritu ha ido clarificando la necesidad y el puesto de todos dentro de la unicidad de una misión evangelizadora que la Iglesia ha recibido de su Señor y continúa a lo largo de los siglos.

Conclusión

El tiempo de Pablo VI no ha sido nada fácil para la vida de la Iglesia. Un Concilio es un acontecimiento eclesial de tal orden que normalmente ocupa con su recepción la teología y la acción pastoral de muchos años. Inseparablemente unido a la celebración conciliar y a su recepción está el magisterio del pontificado que he analizado. Pablo VI asumió la tarea del ministerio de Pedro en un momento delicado. La primera sesión conciliar había terminado entre el fracaso y la esperanza, entre la certeza de que las ideas eclesiológicas habían de cambiar y el temor a que la novedad sacudiera de forma violenta la conciencia de la Iglesia. A los trabajos entre las dos sesiones la inauguración de su pontificado aportó la voluntad decidida de abrir la Iglesia a la renovación por la profundización en su misterio y por el diálogo con el mundo, como bien demostró en la apertura de la segunda sesión conciliar.

En ese *Ecclesia, quid dicis de te ipsa?* al que el Concilio intentó responder encuentra su ser y su misión el sacerdocio ministerial. Nunca Pablo VI propuso una visión del sacerdocio separada de una eclesiología global.

La historia del postconcilio en la Iglesia es la misma que en el sacerdocio. El equilibrio entre quienes no aceptaron el Concilio y entre los que lo utilizaron como pretexto para lo que no estaba en él no siempre fue sencillo. En las entrañas de esa historia eclesial, los sacerdotes fueron unas veces motores y otras víctimas de los acontecimientos. Y el Papa al frente de la Iglesia corrió la misma suerte.

Quien apostó fuerte por la renovación tuvo que coger las riendas de una recepción en ocasiones traumática. Y quizá esa situación marcó de forma decisiva su magisterio. El riquísimo magisterio de sus años en la Sede de Roma solamente puede entenderse desde lo que fue todo el acontecer eclesial. Ese magisterio ha sido y es discutido; pero podemos afirmar sin duda que el amor a la Iglesia que confesó de forma tan emocionante en el escrito que conocimos un año después de su muerte¹²⁵ es el mismo amor que profesaba hacia sus sacerdotes.

Cuando el tiempo que va dejando todo en su sitio ha ido pasando, la figura del Papa del Concilio ha crecido y los que en aquel tiempo descubrimos la llamada a ser sacerdotes

dentro de su eclesiología sentiremos siempre hacia su persona y hacia su servicio la enorme gratitud de haber sido discípulos suyos.

Notas

1. Del *Boletín Diocesano*, Diócesis de Río Cuarto, noviembre 1996.

¹ **Giornata di studio (Salamanca 8 novembre 1991). Istituto Paolo VI – Edizioni Studium, Brescia – Roma 1994, «Pubblicazioni dell'Istituto Paolo VI» n. 14, pp. 67-94.**

² El autor es profesor en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad de Salamanca.

³ B. Lauret, Magisterio, en P. EICHER (edit.), *Diccionario de Conceptos teológicos*, II, Herder, Barcelona 1990, p. 12.

⁴ J. Guitton. Diálogos con Pablo VI, Ediciones Cristiandad, Madrid 1967. Especialmente, pp. 367-412.

⁵ Cf. Discursos a los párrocos y sacerdotes de Roma del 21-II-1966, «Ecclesia» 1281, 9-11 y del 17-II-1969, en *Enseñanzas al Pueblo de Dios*, Tipografía Vaticana, 1970, 1, pp. 218-227. La traducción española del magisterio de Pablo VI será citada por las *Enseñanzas al Pueblo de Dios* (EPD) o por la Revista «Ecclesia» (E).

⁶ Cf. Discurso a los Cardenales sobre la situación de la Iglesia del 15-XII-1969: EPD 1, p. 331.

⁷ f. la homilía en la ordenación presbiteral del 6-I-1973: EPD 5, p. 184.

⁸ Cf. Discurso a los sacerdotes y seminaristas de Roma, 20-II-1971: EPD 3, pp. 228-229.

⁹ Discurso al clero romano del 10-II-1978: EPD 10, p. 123.

¹⁰ Cf. Homilía en la canonización de S. Juan de Ávila, 31-V-1970: EPD 2, p. 337.

¹¹ Cf. Discurso a los sacerdotes de Roma, 17-II-1972: EPD 4, p. 257.

¹² Cf. Discursos a los sacerdotes participantes en la semana de aggiornamento del 9-IX-1966: E 1309, 11 y a los párrocos y sacerdotes de Roma 17-II-1969: EPD 1, pp. 223-224.

¹³ C.F. Discurso a los sacerdotes de Roma, 25-II-1974: EPD 6, pp. 222-223.

¹⁴ C.F. Audiencia general del 2-IV-1969: EPD 1, p. 45.

¹⁵ Discurso a los cardenales del 15-XII-1969: EPD 1, p. 332.

¹⁶ Sumamente significativo es el tradicional discurso al clero romano en el último año de su pontificado, en el que podemos leer frases como ésta: «Un proceso de desacralización se ha apoderado de la institución sacerdotal para demoler su consistencia y cubrir sus ruinas» EPD 10, p. 124.

¹⁷ No olvidemos que ya antes de su pontificado, en sus aportaciones a la Secretaría del Concilio sobre posibles temas para ser tratados, el Cardenal Montini pedía arbitrar una solución para los sacerdotes que no quisieran permanecer en su estado. Cf. *Acta et Documenta Concilio Oecumenico Vaticano II apparando. Antepreparatoria*. Ser. I, Vol. II, Pars III, p. 379.

¹⁸ Cf. Discurso al Clero romano del 24-VI-1963: E 1147, 9.

¹⁹ Cf. Discurso al Congreso de Pastoral Vocacional del 21-XI-1973: EPD 5, pp. 373-374.

²⁰ Cf. Discurso al Clero romano del 24-VI-1963: E 1147, 10.

²¹ Cf. Discurso al Cuerpo diplomático del 8-VI-1970: EPD 2, p. 355.

²² Cf. como una de las muestras más significativas el n. 13 de la encíclica *Sacerdotalis coelibatus*.

²³ No es el momento de hacer un recorrido por las páginas de los periódicos en su pontificado, pero en repetidas ocasiones, y claramente en nuestra España, parecía que toda su doctrina sacerdotal giraba en torno al celibato.

²⁴ “El no solo es el presbítero que preside los actos religiosos de la comunidad, sino verdaderamente el ministro indispensable”: EPD 4, p. 263.

²⁵ C.f. EPD 4, pp 254-264.

²⁶ Discurso a los sacerdotes de Roma del 21-II-1966: E 1281, 9 y *Discurso a los sacerdotes y seminaristas de Roma* del 20-II-1971: EPD 3, p. 229.

²⁷ Cf. Homilías en las ordenaciones de presbíteros del 6-I-1966: E 1276, 5 y del 29-VI-1975: EPD 7, pp. 320-321.

²⁸ Cf. Homilía en la misa del Jueves Santo de 1975: EPD 7, p. 230.

²⁹ Discurso a los sacerdotes de Roma del 17-II-1972: EPD 4, p. 259.

³⁰ Cf. Homilía al comienzo del Sínodo de 1974: EPD 6, p. 345.

³¹ Cf. Ibid

³² Cf. Homilía en la canonización de S. Juan de Ávila: EPD 2, p. 337.

- ³³ Cf. Discurso a los párrocos y sacerdotes de Roma el 9-II-1970: EPD 2, p. 249; *Discurso en la Visita ad Limina de los obispos del centro de Francia* el 23-III-1977: EPD 9, p. 229.
- ³⁴ Discurso de apertura de la segunda sesión conciliar, *Acta Synodalia Concilii Vaticani II*, II, 1, pp. 183-200; encíclica *Ecclesiam suam*: «Acta Apostolicae Sedis» (AAS), 56 (1964), pp. 609-659.
- ³⁵ Cf. J. Ramos Guerreira, *El cristocentrismo de la reflexión eclesiológica de Pablo VI*, «Diálogo Ecuménico» 24 (1989), 5-40 y 240-288.
- ³⁶ Cf. Discurso a los sacerdotes de Roma del 17-II-1972: EPD 4, pp. 260-262.
- ³⁷ Discurso a los párrocos y sacerdotes de Roma del 17-II-1969: EPD 1, p. 222.
- ³⁸ Cf. Homilías en las ordenaciones de sacerdotes del 6-I-1966: E 1276, 6 y del 6-I-1973: EPD 5, pp. 182-183.
- ³⁹ Cf. Discurso a los sacerdotes de Roma del 25-II-1974: EPD 6, p. 222.
- ⁴⁰ Cf. Discurso a los Cardenales del 22-VI-1974: EPD 6, pp. 304-305.
- ⁴¹ Encíclica sacerdotalis coelibatus: AAS 59 (1967), 656-697; Carta al Secretario de Estado, Card. Villot, del 2-II-1970: EPD 2, pp. 467-472.
- ⁴² Cf. Discurso a los sacerdotes y seminaristas de Roma del 20-II-1971: EPD 3, p. 234.
- ⁴³ Al tema de la santidad dedica el discurso a los sacerdotes de Roma del 7-II-1967 y parte del discurso del 26-II-1968: E 1381, 7. Cf. también *Homilía en la ordenación de presbíteros* del 3-VII-1966: E 1300,6.
- ⁴⁴ Cf. Discurso a los obispos del este de Francia en Visita ad Limina del 5-XII-1977: EPD 9, p. 548.
- ⁴⁵ Cf. Discurso a los sacerdotes y seminaristas de Roma del 17-II-1972: EPD 4, pp. 262-263.
- ⁴⁶ Cf. Audiencia General del 17-IX-1969: EPD 1, p. 149.
- ⁴⁷ Cf. Discurso a la Conferencia Episcopal Italiana del 11-IV-1970: EPD 2, p. 281.
- ⁴⁸ C. Homilía en la misa del Jueves Santo de 1975: EPD 7, p. 230.
- ⁴⁹ Cf. Discurso a los Cardenales del 23-XII-1971: EPD 3, p. 323.
- ⁵⁰ *Lumen gentium*, 10.
- ⁵¹ Mensaje para jornada de oración por las vocaciones de 1971: EPD 3, p. 238.
- ⁵² Cf. Discurso a los párrocos y sacerdotes de Roma del 17-II-1969: EPD 1, p. 223.
- ⁵³ Cf. Homilía en la misa del Jueves Santo de 1974: EPD 6, p. 266.
- ⁵⁴ Cf. Discurso a los sacerdotes de Roma del 17-II-1972: EPD 4, p. 258.
- ⁵⁵ C.f. *Presbyterorum Ordinis*, 2.
- ⁵⁶ Mensaje para la jornada de oración por las vocaciones del 18-V-1972: EPD 4, p. 272.
- ⁵⁷ Discurso al Pontificio Colegio Escocés del 4-III-1978: EPD 10, p. 137.
- ⁵⁸ Homilía de Pentecostés de 1970: EPD 2, p. 319.
- ⁵⁹ *Ibid*, p. 320.
- ⁶⁰ E. 1381, 7 y EPD 3, p. 163.
- ⁶¹ Cf. Discurso en la ordenación episcopal del 28-VI-1964: E 1200, 5.
- ⁶² Cf. Discurso en la Conferencia Episcopal Italiana 11-IV-1970: EPD 2, pp. 279-280.
- ⁶³ Buena muestra de ello han sido tanto el Simposio como el Congreso sobre espiritualidad sacerdotal realizados en España, con gran asistencia de sacerdotes. Cf. Comisión Episcopal del Clero (ed.), *Espiritualidad del presbítero diocesano secular* (Madrid 1987); *Espiritualidad sacerdotal* (Madrid 1989).
- ⁶⁴ Homilía en la misa de ordenación presbiteral del 29-VI-1975: EPD 7, p. 321.
- ⁶⁵ Cf. Homilía en la fiesta de Pentecostés de 1969: EPD 1, p. 252. Cf. También en la de 1965: E 1249, 5-7.
- ⁶⁶ EPD 1, pp. 252-253
- ⁶⁷ Cf. Discurso a los párrocos y sacerdotes de Roma del 17-II-1969: EPD 1, p. 223.
- ⁶⁸ Cf. Audiencia general del 12-III-1969: EPD 1, pp. 35-36.
- ⁶⁹ Audiencia general 14-IX-1977: EPD 9, p. 97.
- ⁷⁰ Homilía en la misa del Jueves Santo de 1975: EPD 7, p. 230.
- ⁷¹ Cf. Audiencia general del 10-VI-1970: EPD 2, pp. 99-100.
- ⁷² Homilía en la misa del Jueves Santo de 1970: EPD 2, p. 266.
- ⁷³ Cf. Como un ejemplo de esta teología por aquellos años, K. RAHNER, *Sobre el Episcopado*, «Hechos y Dichos», 338 (1964) 13-27.
- ⁷⁴ Homilía en la Ordenación de sacerdotes del 17-V-1970: EPD 2, p. 321. También en el *Discurso al clero romano* del 1-III-1965: E 1235, 7.
- ⁷⁵ Cf. Discurso a la Conferencia Episcopal Italiana del 14-IV-1964: E 1189, 9.
- ⁷⁶ Cf. EPD 2, p. 247
- ⁷⁷ *Ibid* pp. 248-249.
- ⁷⁸ EPD 7, p. 565

- ⁷⁹ Cf. Discurso en la ordenación de presbíteros del 6-I-1966: E 1276, 5 y *Discurso a los obispos de Calabria y de Lucania en la Visita ad Limina* del 26-V-1977: EPD 9, p. 339.
- ⁸⁰ Cf. Discurso a los sacerdotes de Roma del 25-II-1974: EPD 6, pp. 220-221.
- ⁸¹ Cf. Discurso a los participantes en la Semana de estudio del ONARMO del 26-VI-1964: E 1200, 10 y *Audiencia general* del 11-IX-1968: E 1408, 6.
- ⁸² Cf. Discurso a los sacerdotes de asociaciones juveniles del 9-VII-1964: E 1202, 5.
- ⁸³ *Christus Dominus*, 16.
- ⁸⁴ Cf. Discurso a la Conferencia Episcopal Italiana del 14-IV-1964: E 1189, 9.
- ⁸⁵ Cf. Discurso a los obispos italianos de Las Marcas en la Visita ad Limina del 24-III-1977: EPD 9, p. 224.
- ⁸⁶ Cf. Discurso a los obispos del Oeste francés en Visita ad Limina del 17-III-1977: EPD 9, p. 217.
- ⁸⁷ Cf. Discurso a los obispos del Sudoeste alemán en Visita ad Limina del 16-V-1977: EPD 9, p. 327.
- ⁸⁸ Cf. Discurso a la Conferencia Episcopal Italiana del 14-IV-1964: E 1189, 9.
- ⁸⁹ Cf. Discurso a los obispos de Polonia en Visita ad Limina del 12-XI-1977: EPD 9, p. 503.
- ⁹⁰ Cf. Discurso a los participantes en la Semana de estudios del ONARMO del 21-VI-1964: E 1200, 9-10.
- ⁹¹ Cf. *Ibid.*, 10 y cf. *Carta al Cardenal Bueno Monreal en el 75º aniversario del P. Colegio Español* del 1-XII-1967: E 1370, 7.
- ⁹² Cf. Discurso a los párrocos y sacerdotes de Roma del 9-II-1970: EPD 2, p. 251.
- ⁹³ Cf. *Acta Synodalia*, II, I, loc. cit.
- ⁹⁴ EPD 8, pp. 213-220. También en el *Discurso a los Cardenales* del 22 de junio de 1974 (EPD 6, p. 305) habla del continuo crecer sacerdotal desde la formación espiritual, la formación pastoral y la formación doctrinal a la luz de los documentos del Vaticano II. Y ya lo había hecho en el *Discurso a los superiores y alumnos del Seminario de Roma* el 2-XII-1965: «L'Osservatore Romano», 4-XII-1965, p. 1, en el que habla de la renovación teológica desde el Concilio en los seminarios.
- ⁹⁵ *Ibid.*, p. 214
- ⁹⁶ Cf. EPD 2, p. 396
- ⁹⁷ Cf. *Ibid.*
- ⁹⁸ Cf. *Ibid.*, p. 397.
- ⁹⁹ Cf. Discurso en la beatificación de Vicente Romano del 17-XI-1963: E 1171, 15.
- ¹⁰⁰ Cf. Homilía en la ordenación de presbíteros del 17-V-1970: EPD 2, pp. 320-321.
- ¹⁰¹ Cf. Homilía en la ordenación de presbíteros del 29-VI-1975: EPD 7, pp. 322-323.
- ¹⁰² Cf. Audiencia general del 9-IX-1964: E 1211, 5.
- ¹⁰³ Cf. Homilía en la ordenación de presbíteros del 29-VI-1975: EPD 7, p. 323.
- ¹⁰⁴ Especialmente las ideas que rodeaban al movimiento de la «Pastoral de Conjunto» francesa, que supieron renovar la vida de la Iglesia y cuestionar en profundidad a la misma teología.
- ¹⁰⁵ Cf. Nota 2
- ¹⁰⁶ Cf. Homilía en la beatificación de Carlos Steeb del 6-VII-1975: EPD 7, p. 329.
- ¹⁰⁷ Cf. Discurso a los sacerdotes de Roma del 17-II-1972: EPD 4, p. 260.
- ¹⁰⁸ Cf. Discurso a la Conferencia Episcopal Italiana del 11-IV-1970: EPD 2, p. 281.
- ¹⁰⁹ Cf. Cf. Discurso a los párrocos y sacerdotes de Roma del 17-II-1969: EPD 1, pp. 221-222.
- ¹¹⁰ Cf. Discurso a los Institutos Seculares del 2-II-1972: EPD 4, pp. 246-247.
- ¹¹¹ Cf. Audiencia general del 10-VI-1970: EPD 2, p. 98.
- ¹¹² Homilía en la ordenación de presbíteros del 29-VI-1975: EPD 7, pp. 323-324.
- ¹¹³ Cf. Audiencia general del 9-IX-1964: E 1211, 5.
- ¹¹⁴ Cf. Discurso a los sacerdotes de asociaciones juveniles del 9-VII-1964: E 1202, 5.
- ¹¹⁵ Cf. Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 68.
- ¹¹⁶ Mensaje para la jornada de oración por las vocaciones de 1976: EPD 8, p. 182.
- ¹¹⁷ Cf. *Evangelii nuntiandi*, 68.
- ¹¹⁸ Cf. Discurso al CELAM del 10-VII-1963: E 1149, p. 7.
- ¹¹⁹ Audiencia General del 9-IX-1964: E 1211, p. 5.
- ¹²⁰ Cf. Discurso al Capítulo general de la Congregación de la Misión del 30-VIII-1963: E 1159, p. 15.
- ¹²¹ Cf. Homilía en la ordenación episcopal en Bombay del 3-XII-1964: E 1222, p. 13.
- ¹²² Cf. Audiencia general del 11-XII-1963: E 1171, p. 8.
- ¹²³ Audiencia general del 5-III-1969: EPD 1, p. 31.
- ¹²⁴ Discurso a los obispos del Norte de Francia en la Visita ad Limina del 28-III-1977: EPD 9, p. 237.
- ¹²⁵ *Pensiero alla morte*. Libreria Editrice Vaticana, [Città del Vaticano] 1979.

RECENSIONES

María López Vigil

«Piezas para un retrato de Monseñor Romero»

Comité de Solidaridad Oscar Romero

Vigo, España, 1995, 399 páginas.

Lo común es que las vidas de los santos sean escritas por alguien que se puso a seguirles el rastro: documentación, actividades, obras realizadas, escritos, etc.

Un trabajo unipersonal, en la mayoría de los casos.

«Piezas para un retrato de Mons. Romero» es otra cosa.

Se trata, sí, de una vida, la del Obispo Romero. Pero no es el autor el que habla, sino el pueblo.

Y después de haber entrevistado a 200 personas durante casi mil horas, López Vigil entrelaza, con estos testimonios, la vida de «San» Romero de América.

«El hombre que al ascender al más alto de los cargos eclesiásticos de su país fue cuando se acercó de verdad a la vida y a la gente. Y cuando los años le pedían reposo se decidió a entender que no había más ascensión que hacia la tierra. En esa hora undécima decidió abrirse a la compasión hasta poner en juego su vida. Y la perdió. No le ocurre a muchos».

Cada testimonio tiene su riqueza propia, describe una faceta de este obispo que al optar por los más pobres de su pueblo rompe con muchos esquemas eclesiásticos tan llenos de formalismo y de compromiso mundano y tan vacíos de evangelio.

Como «muestra» para el lector va esta anécdota relatada por el P. César Jérez.

«Caminábamos por la Via della Conciliazione. Le pregunté:

- Monseñor, Ud. ha cambiado... Se nota en todo... ¿Qué pasó? ¿Por qué cambió Ud.?

- Veá, Padre Jérez: yo también me hago esta pregunta en la oración.

Es que uno tiene raíces. Yo nací en una familia muy pobre. Yo he aguantado hambre. Sé lo que es trabajar desde cipote. Cuando voy al Seminario y me entrego a mis estudios me mandan a terminarlos aquí en Roma. Paso años y años metido entre libros y me voy olvidando de mis orígenes. Me fui haciendo a otro mundo.

Después regreso al Salvador y me dan la responsabilidad de secretario del Obispo de San Miguel.

Veintitrés años de párroco allá, también muy sumido entre papeles. Y cuando ya me traen a San Salvador de Obispo auxiliar ¡caigo en manos del Opus Dei! Y allí quedo...

Me mandan después a Santiago de María y allí sí me vuelvo a topar con la miseria. Con aquellos niños que se morían nomás con el agua que bebían, con aquellos campesinos mal matados.

Ya sabe, Padre, carbón que ha sido brasa con nada que sople, prende. Y no fue poco lo que nos pasó al llegar al Arzobispado, lo del P. Grande. Ud. sabe que mucho lo apreciaba yo.

Cuando lo miré a Rutilio, muerto, pensé: si lo mataron por hacer lo que hacía, me toca a mí andar por su mismo camino...

Cambié, sí, pero también es cierto que volví de regreso».

Se trata de un libro testimonial, fuera de lo común. Vivo y profundo como lo son las intuiciones y la mirada de los pobres.

De sus páginas surge un Romero con rasgos de mucha humanidad y con su fe de creyente en serio.

Tal vez ni la película ni otros escritos han logrado describir el corazón y la vida de Romero como estos testimonios.

Gracias a María López Vigil por regalarnos un libro maravilloso, que nos ayuda a creer una vez más que «no hay nada imposible para Dios».

(Pbro. Fernando Montes - Neuquén)

PROCESO HUMANO Y GRACIA DE DIOS

Apuntes de espiritualidad cristiana

Javier Garrido. Editorial Sal Terrae. Santander, 1996.

Nos encontramos con un libro complejo y rico como la materia de la cual trata. No es de fácil lectura pero puede ser de gran ayuda para aquellos que en su ministerio se dedican al acompañamiento espiritual, y en definitiva para cultivar el «Don» que todos nosotros hemos recibido en Cristo.

La relación entre la humano-natural y lo sobrenatural-gracia atañe a la teología dogmática. La espiritualidad es la perspectiva propia de este libro. Presupone cuestiones dogmáticas; pero el centro de atención lo ocupa el corazón de la persona, en su condición humana actuada por la Gracia. Concatena aspectos teóricos y pedagógicos. En espiritualidad, no cabe separarlos, ya que la experiencia se realiza en el tiempo, y la persona concreta, con su temperamento y sus actitudes existenciales, su modo de dar sentido a la vida y su situación particular.

«Nuestro intento es lograr una síntesis nueva, más allá de los teólogos de la espiritualidad y más allá, igualmente, de los psicólogos de la maduración integral de la persona. Lo cual presupone la audacia de elaborar un nuevo modelo antropológico».

Una de las tesis centrales aquí tratadas es el carácter esencialmente inobjetivable de la persona humana y de la experiencia cristiana nuclear –la teologal–, el pensamiento ha de aprender a caminar buscando racionalidad sistemática y a la vez, renunciando a ella justamente en lo esencial.

En nuestra cultura occidental, la conciencia cristiana está atravesada por la siguiente cuestión: ¿cómo traducir antropológicamente el don de Dios en Cristo?

La tradición, apoyándose en la antropología metafísica religiosa, había encontrado su respuesta mediante las categorías ascético-místicas y religioso-morales. Estos apuntes de espiritualidad en modo alguno rechazan dichas categorías; al fin y al cabo, se nutren del sentido, tan poderoso en la tradición bíblica y en los místicos, de la trascendencia y soberanía de Dios.

Lo que el autor intenta es integrarlas con las aportaciones de la modernidad, especialmente dos: el giro antropocéntrico (cf. «El valor religioso del Concilio», Pablo VI, 7 de diciembre de 1965, durante la sesión pública con que se clausuró el Concilio ecuménico Vaticano II) y las ciencias humanas.

El resultado es un verdadero «tratado» que viene a llenar un evidente vacío en el panorama de la «teología espiritual» contemporánea.

(Pbro. Manuel Pascual - Buenos Aires)